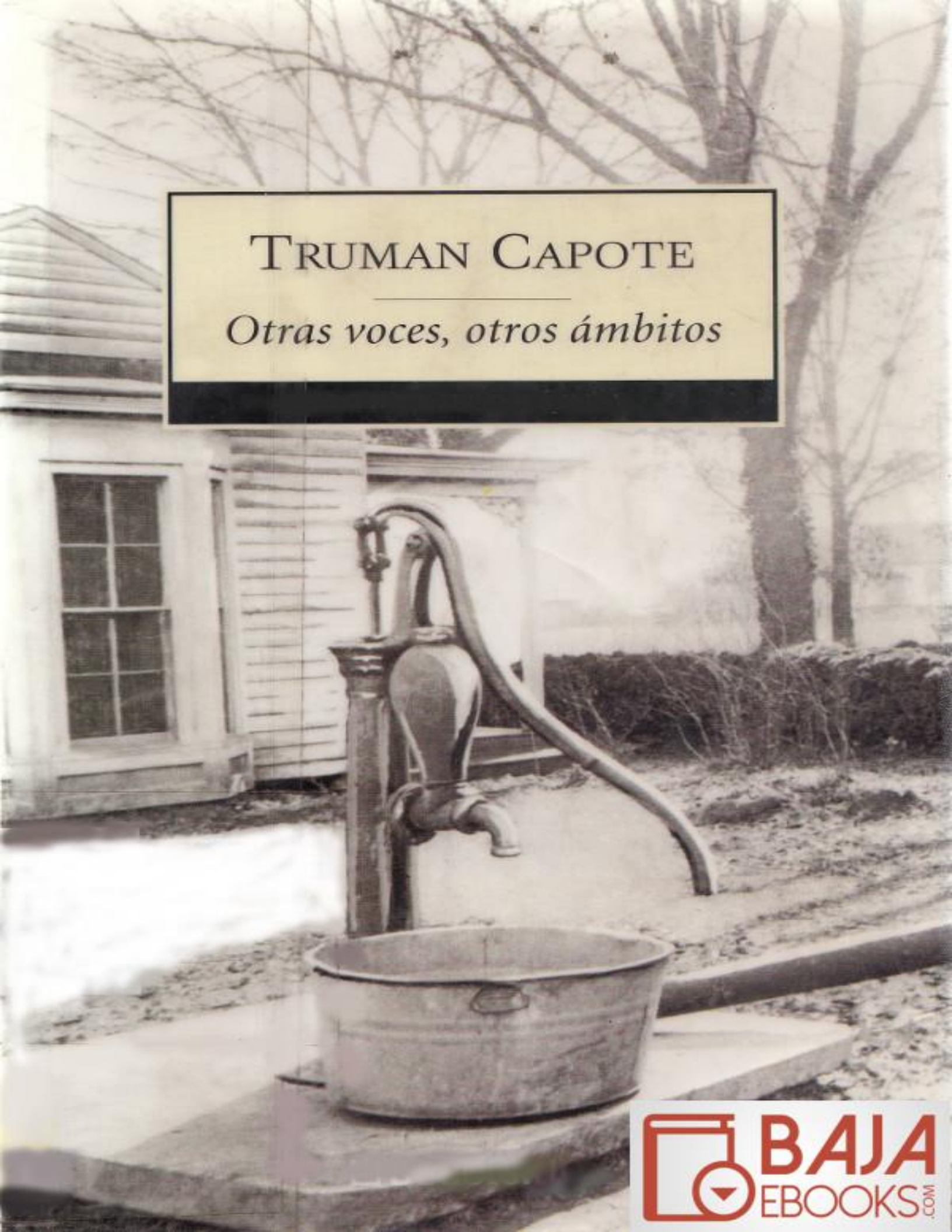

TRUMAN CAPOTE

Otras voces, otros ámbitos

BAJA EBOOKS .COM

Otras voces, otros ámbitos reveló al mundo el genio de Truman Capote. La novela está habitada por personajes inolvidables: Amy, obsesionada con la idea de la caridad y la beneficencia; las mellizas Idabel y Florabel; Randolph, el visionario alucinado y homosexual; Jesús Fiebre y Pequeño Luz de Sol, dos viejos hechiceros negros; Joel, el niño en el umbral del adolescente que vive desvelado por imágenes entrevistas. Todo un mundo misterioso y deslumbrante comparece ante nuestros ojos, toda una historia. Truman Capote, que tenía veintitrés años cuando la novela fue publicada, demuestra en *Otras voces, otros ámbitos* una madurez artística difícilmente equiparable.

Truman Capote

Otras voces, otros ámbitos

ePub r1.0
German25 18.1.15

Título original: *Other Voices, Other Rooms*
Truman Capote, 1950
Traducción: Floreal Mazía
Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en Bajaebooks.com

El corazón es engañoso
por sobre todas las cosas
y desesperadamente malvado.
¿Quién puede conocerlo?

JEREMÍAS 17, 9

Para Newton Arvin

PRIMERA PARTE

1

Pues bien, un viajero debe llegar a Ciudad Mediodía por los mejores medios que encuentre, porque no hay ómnibus ni trenes que vayan en esa dirección, aunque seis días por semana un camión de la Compañía Chuberry de Trementina recoge correspondencia y provisiones en la vecina ciudad de Capilla Paraíso. De tanto en tanto una persona que se dirige a Ciudad Mediodía puede hacer un viaje con el conductor del camión, Sam Radclif. Es un viaje accidentado, venga uno de donde viniere, porque esos caminos, ondulados como una tabla de lavar, dejan destartalados, con suma rapidez, incluso a los coches nuevos. Y los que buscan transporte gratuito en los vehículos que pasan por el camino, descubren que el viaje es penoso. Además, ésta es una región desolada. Y aquí, en las hondonadas pantanosas en que florecen tigridias del tamaño de la cabeza de un hombre, hay luminosos troncos verdes que brillan bajo las oscuras aguas cenagosas como cadáveres de hombres ahogados. A menudo el único movimiento que se distingue en el paisaje es el humo invernal que sale enroscándose de la chimenea de alguna granja de aspecto férrico, o un pájaro de alas rígidas, silencioso y con ojos como flechas, volando en círculo por sobre los desiertos pinares.

Dos caminos pasan por las soledades para entrar en Ciudad Mediodía: uno desde el norte, el otro desde el sur. Este último, conocido como Carretera de Capilla Paraíso, es el mejor de los dos, aunque ambos son muy parecidos: desolados kilómetros de marjal y bosques se tienden a lo largo de las dos rutas, ininterrumpidos a no ser por carteles dispersos que anuncian Cigarros Punto Rojo, de 5 centavos, Dr. Pepper, NEHI, Tónico de Grove para Enfriamientos y 666. Los puentes de madera, que cruzan arroyuelos nauseabundos bautizados con nombres de tribus incitas tiempo ha

desaparecidas, retumban como truenos lejanos bajo los vehículos que pasan. Manadas de cerdos y vacas vagan por los caminos a su entero albedrío. De tanto en tanto una familia granjera hace una pausa en la faena para saludar a un automóvil que pasa zumbando y contemplarlo tristemente hasta que desaparece, envuelto en polvo rojo.

Un achicharrante día de comienzos de junio, el conductor de la Compañía de Trementina, Sam Radclif, un hombrón casi calvo, de un metro ochenta de estatura y rostro tosco, varonil, bebía ávidamente una cerveza en el Café Lucero del Alba, en Capilla Paraíso, cuando el propietario se acercó, rodeando con el brazo a ese chiquillo desconocido.

—Hola, Sam —dijo el propietario, un individuo llamado Sydney Katz —. Aquí hay un chico que te quedaría agradecido si pudieras llevarlo a Ciudad Mediodía. Desde ayer ha estado tratando de llegar allí. ¿Te parece que podrías ayudarlo?

Radclif estudió al muchacho por sobre el borde de su vaso de cerveza y no le gustó mucho su aspecto. Tenía sus ideas en cuanto a cómo debe ser un «verdadero» chico, y ése, en cierto modo, le molestaba. Era demasiado hermoso, demasiado delicado, de piel demasiado blanca. Cada una de sus facciones estaba dibujada con sensible exactitud y una ternura femenina dulcificaba sus ojos, que eran pardos y enormes. Su cabello castaño, corto, estaba estriado de hebras de amarillo oro. Una especie de expresión cansada, implorante, le cubría el rostro delgado, y en sus hombros había una caída poco juvenil. Llevaba pantalones largos, arrugados, de lino blanco, una fláccida camisa azul con el cuello abierto en la garganta, y zapatos de color tostado, más bien maltrechos.

Limpiándose un bigote de espuma del labio superior, Radclif dijo:

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Joel. Jo-el Ha-rri-son Knox. —Separó explícitamente las sílabas, como si creyera que el conductor era sordo, pero su voz sonaba extraordinariamente suave.

—¿Sí? —esbozó Radclif perezosamente, colocando sobre el mostrador su vaso vacío. Un nombre sumamente fantástico, señor Knox.

El chico se ruborizó y se volvió hacia el propietario, quien intervino rápidamente:

—Es un buen muchacho, Sam. Listo como una ardilla. Conoce palabras que ni tú ni yo hemos oído jamás.

Radclif se mostró disgustado.

—Vaya, Katz —ordenó—, llénalo otra vez. —Cuando el propietario se alejó para traer otra cerveza, Sam dijo bondadosamente—: No tenía intenciones de burlarme de ti, hijo. ¿De dónde eres?

—De Nueva Orleáns —respondió—. Salí de allí el jueves y llegué aquí el viernes… y ya no pude seguir. Nadie vino a esperarme.

—Sí, ¿eh? —dijo Radclif—. ¿Vas a visitar a algún pariente en Ciudad Mediodía?

El chico asintió.

—A mi padre. Voy a vivir con él.

Radclif levantó la mirada hacia el cielo raso, masculló «Knox» varias veces y luego meneó la cabeza con expresión de desconcierto.

—No, no creo que conozca a nadie de ese apellido. ¿Estás seguro de que es allí adonde quieres ir?

—Oh, sí —respondió el muchacho sin alarmarse—. Pregúntele a Mr. Katz; él ha oído hablar de mi padre y yo le mostré las cartas y… Espere.

Pasó apresuradamente por entre las mesas del lúgubre café y regresó transportando una voluminosa valija que, a juzgar por su mueca, era extremadamente pesada. La valija presentaba un aspecto alegre con las descoloridas etiquetas, recuerdos de su paso por remotas regiones del globo: París, El Cairo, Venecia, Viena, Nápoles, Hamburgo, Bombay, etc. Era un espectáculo raro para un día caluroso, en una ciudad del tamaño de Capilla Paraíso.

—¿Estuviste en todos esos lugares? —inquirió Radclif.

—Nooo —respondió el joven, forcejeando para desatar una gastada correa de cuero que ceñía la valija—. Perteneció a mi abuelo, el comandante Knox. Supongo que habrá leído de él en los libros de historia. Fue una figura prominente en la Guerra Civil. De todos modos, ésta es la valija que usó en su viaje de bodas alrededor del mundo.

—Alrededor del mundo, ¿eh? —repitió Radclif, impresionado—. Debe de haber sido un hombre muy rico.

—Bueno, eso fue hace mucho tiempo. —Rebuscó entre sus pertenencias ordenadamente dispuestas hasta que encontró un delgado paquete de cartas —. Hela aquí —dijo, escogiendo, un sobre verde pálido.

Radclif palpó la carta un momento antes de abrirla. Pero pronto, con torpes cuidados, extrajo una hoja de papel verde, como de seda, y, moviendo los labios, leyó:

Edw. R. Sansom, Esq.
Desembarcadero de Skully,
18 de mayo de 19…

Mi querida Ellen Kendall:

Le quedo en deuda por responder a mi carta tan rápidamente, a vuelta de correo. Sí, tener noticias de mí después de doce años debe de haberle parecido extraño, pero puedo asegurarle que suficientes motivos respaldan este largo silencio. Empero, al enterarme, leyendo el *Times Picayune*, de cuya edición dominical somos suscriptores, del deceso de mi anterior esposa —Dios Todopoderoso conceda descanso a su bondadosa alma—, comprendí inmediatamente que la actitud honorable debía ser la de volver a asumir mis deberes paternales, olvidados, ¡ay!, durante todos estos años. Tanto la actual Mrs. Sansom como yo nos sentimos dichosos (más, ¡estamos enajenados de dicha!), de saber que usted se halla dispuesta a acceder a nuestro deseo, aunque, como lo indica, su corazón se destroce al hacerlo. ¡Ah!, cuánto simpatizo con la pena que un sacrificio como ése puede producir, ya que he experimentado emociones similares cuando, después de ese espantoso asunto final, me vi obligado a separarme de mi único hijo, a quien idolatraba, cuando no era más que un niño pequeñito. Pero todo esto pertenece al pasado. Pierda cuidado, mi buena señora; aquí, en el Desembarcadero, tenemos un hermoso hogar, comida saludable y un ambiente culto con los que criar a mi hijo.

En cuanto al viaje: tenemos ansiedad por que Joel llegue aquí no más tarde del primero de junio. Y bien; cuando salga de Nueva

Orleáns debe viajar por tren a Biloxi, en donde desembarcará y comprará un billete de ómnibus para Capilla Paraíso, ciudad que está a unos treinta kilómetros al sur de Ciudad Mediodía. En la actualidad no poseemos vehículo mecánico alguno; por lo tanto, sugiero que pase la noche en C. P., donde se alquilan cuartos en el piso de arriba del Café Lucero del Alba, hasta que se puedan tomar medidas más convenientes. Adjunto encontrará usted un cheque cuyo importe cubre los gastos que todo esto pueda ocasionar.

Suyo, respetuosamente,

EDW. R. SANSOM.

El propietario llegó con la cerveza precisamente cuando Radclif, intrigado, frunciendo el entrecejo, lanzaba un suspiro y volvía a poner el papel en el sobre. Había en esa carta dos cosas que lo preocupaban: primero, la letra, dibujada en tinta del color mohoso de la sangre seca, era un laberinto de arabescos y de delicadas íes que llevaban, en lugar de puntos, oes más delicadas aún. ¿Qué clase de hombre podía escribir de ese modo? Y segundo:

—Si tu padre se llama Sansom, ¿cómo es que tú te llamas Knox?

El muchacho contempló el suelo con aire turbado.

—Bien —dijo, y lanzó a Radclif una mirada rápida, acusadora, como si el conductor lo despojara de algo—, se divorciaron; y mamá siempre me llamaba Joel Knox.

—¡Oh, mira, hijo —respondió Radclif—, no deberías haberla dejado que lo hiciera! Acuérdate de esto: tu padre es tu padre, suceda lo que sucediere.

El propietario esquivó una ansiosa mirada de pedido de ayuda que el muchacho ahora le lanzaba y se alejó para atender a otro parroquiano.

—Pero es que yo nunca lo he visto —dijo Joel, dejando caer las cartas en la valija y ciñendo la correa—. ¿Sabe dónde está ese lugar? ¿El Desembarcadero de Skully?

—¿El Desembarcadero? —repitió Radclif—. Es claro, es claro que lo conozco. —Bebió un gran trago de cerveza, lanzó un potente eructo y sonrió—. Sí, señor; si yo fuese tu papá te bajaría los pantalones y te daría

una buena paliza. —Luego, apurando el resto de la cerveza, dio una palmada sobre el mostrador con una moneda de medio dólar y permaneció rascándose, meditativamente, la peluda barbilla, hasta que un reloj de pared dio las cuatro—. Bueno, hijo, vamos andando —dijo, y se dirigió con paso vivo hacia la puerta.

Luego de un instante de vacilación, el joven tomó su valija y lo siguió.

—¡Pasen a vernos otra vez! —gritó el propietario mecánicamente.

El camión era un Ford del tipo de motor de aceleración. Su interior olía intensamente a cuero recalentado por el sol y a vapores de gasolina. El velocímetro roto indicaba un veinte petrificado. Manchas de agua de lluvia y de insectos aplastados borroneaban el parabrisas, un trozo del cual estaba rajado en forma de estrella. Un cráneo de juguete adornaba la palanca de cambios. Las ruedas traqueteaban sobre la ascendente, descendente y curvada Carretera de Capilla Paraíso.

Joel estaba sentado, aplastado, en un ángulo del asiento, el codo apoyado en el marco de la ventanilla, la barbilla sostenida por la mano ahuecada, tratando trabajosamente de no dormirse. No había podido descansar bien ni siquiera una hora desde que había salido de Nueva Orleáns, porque, cuando cerraba los ojos, como ahora, ciertos recuerdos nauseabundos se le deslizaban por la mente. Uno de ellos se destacaba en especial: se encontraba ante el mostrador de una tienda de comestibles, su madre esperando junto a él, y afuera, en la calle, la lluvia de enero dibujaba carámbanos en los desnudos troncos de los árboles. Salieron juntos de la tienda y caminaron silenciosamente por el pavimento mojado, él sosteniendo un paraguas de percal para proteger a su madre, que llevaba una bolsa de mandarinas. Pasaron ante una casa en que alguien tocaba un piano, y la música sonaba triste en la tarde gris, pero su madre la consideró una canción hermosa. Y cuando llegaron a casa ella la tarareaba. Pero sintió frío y se acostó; y vino el médico, y vino todos los días, durante un mes, pero ella siempre tenía frío; y la tía Ellen estaba allí, siempre sonriendo, y el médico, siempre sonriendo, y las mandarinas intactas, arrugadas, en la heladera. Y cuando todo terminó él fue con Ellen a vivir en una sucia casa para dos familias, cerca de Pontchartrain.

Ellen era una mujer afable, más bien bondadosa, y hacía lo mejor que podía. Tenía cinco hijos en edad escolar y su esposo era empleado en una zapatería, de modo que no había mucho dinero. Pero Joel no dependía de ellos, ya que la madre le había dejado un pequeño legado. Ellen y su familia se mostraban benévolos, con él, pero, aun así, él los rechazaba y a menudo se sentía obligado a hacer cosas odiosas, como burlarse de la prima mayor —una muchacha de aspecto tonto, llamada Louise— porque era un poco sorda. Joel se rodeaba la oreja con la mano y gritaba: «¿Cómo? ¿Cómo?», y no podía dejar de hacerlo hasta que ella rompía a llorar. No bromeaba ni participaba en los animados juegos de sobremesa que su tío inauguraba todas las noches, y encontraba un extraño placer en llamar la atención hacia cualquier error gramatical que se cometiera. Pero el que esto fuera así le intrigaba tanto como a los Kendall. Era como si hubiera vivido todos esos meses usando un par de gafas de lentes verdes, rajados, y tuviera tapones de cera en los oídos, porque todo parecía ser algo que no era y los días se fundían en constantes ensueños. A Ellen le gustaba leer obras de *Sir* Walter Scott, Dickens y Andersen a los niños, antes de mandarlos a acostarse, y una helada noche de marzo leyó «La Reina de la Nieve». Escuchando la lectura, se le ocurrió a Joel que tenía muchas cosas en común con el Pequeño Kay, cuya visión fue pervertida cuando un trozo del espejo malo del Hada le infectó el ojo, convirtiéndole el corazón en una masa de hielo amargo. Supongamos, pensaba, oyendo la dulce voz de Ellen y contemplando la luz de la lumbre que calentaba los rostros de sus primos, supongamos que, como el Pequeño Kay, también él fuera arrebatado al palacio helado de la Reina de la Nieve… ¿Qué alma viviente desafiaría entonces a los barones piratas para salvarlo? Y no había nadie en verdad, nadie.

Durante las últimas semanas, antes de la llegada de la carta, hacía novillos tres de cada cinco días para haraganear por los diques de la calle Canal. Se tomó la costumbre de compartir la caja del almuerzo que Ellen le preparaba con un gigantesco estibador negro que, mientras conversaban, inventaba exóticas leyendas de la vida en el mar, que Joel sabía falsas. Pero este hombre era una persona mayor y, de pronto, las personas mayores eran las únicas amistades que quería. Y pasaba horas solitarias contemplando la

carga y descarga de barcos bananeros que viajaban a América Central, planeando, por supuesto, un paseo como polizón, porque estaba seguro de poder encontrar un trabajo con buena paga en alguna ciudad extranjera. Empero ocurrió que, en su decimotercer cumpleaños, llegó la primera carta del Desembarcadero de Skully.

Ellen no le mostró la carta hasta varios días después. La forma en que se comportó era extraña. Y cada vez que sus ojos se encontraban con los de él había en ellos una expresión que Joel no había visto nunca: una expresión asustada, culpable. Cuando respondió a la carta, ella pidió que se le asegurara que, si Joel se sentía descontento, se le permitiría volver sin demora; que se le garantizara que su educación sería atendida; que se le prometiera que pasaría las vacaciones de Navidad con ella. Pero Joel pudo sentir cuán aliviada estaba cuando, después de una larga correspondencia, la vieja valija de la luna de miel del comandante Knox fue sacada del desván.

Se alegró de irse. No se le ocurría por qué, ni se molestó en preguntárselo, pero la aparición más o menos increíble de su padre en una escena extrañamente abandonada doce años antes no se le ocurrió nada extraordinaria, tanto más cuanto que durante todo ese tiempo esperaba que sucediera algo así. Empero, el milagro que él planeó se relacionaba con una anciana adinerada que, habiéndolo entrevisto en una esquina, le enviaba inmediatamente un sobre repleto de billetes de mil dólares, o con una similar acción divina de parte de algún bondadoso desconocido. Y ese desconocido resultó ser su padre, cosa que, para él, representaba sencillamente una maravillosa buena suerte.

Pero más tarde, mientras yacía en la descascarada cama de hierro del piso de arriba del Café Lucero del Alba, mareado de calor, de congoja y de desesperación, se le presentó una distinta imagen de su padre y de su situación. No sabía qué debía esperar y sentía miedo, porque ya había pasado por tantas desilusiones… Un sombrero panamá, comprado nuevo en Nueva Orleáns y usado con arrogancia, le fue robado en la estación ferroviaria de Biloxi. Luego el ómnibus de Capilla Paraíso corrió con tres calurosas, sudorosas horas de atraso. Y finalmente, para remate de todo ello, en el café no lo esperaba ninguna noticia del Desembarcadero de Skully. Durante toda la noche del jueves dejó encendida la luz eléctrica en

el cuarto extraño y leyó una revista de cinematografía hasta que se supo de memoria todas las últimas actividades de las estrellas de Hollywood. Porque, si permitía que su atención se volviera hacia sus adentros siquiera por un solo segundo, comenzaba a temblar y las despreciables lágrimas no querían contenerse. Hacia el alba tomó la revista, la rasgó en pedazos y quemó los trozos, uno a uno, en un cenicero, hasta que llegó el momento de bajar al café.

—Ahí atrás hay fósforos. ¿Quieres alcanzármelos, chico? —dijo Radclif —. En el estante, ¿los ves?

Joel abrió los ojos y miró en torno, aturdido. Una perfecta lágrima de sudor se le balanceaba en la punta de la nariz.

—Buen montón de basura tiene aquí —dijo, hurgando en el estante, que estaba atestado con una colección de periódicos amarillentos, un neumático resquebrajado, herramientas grasientas, una bomba de aire, una linterna y… una pistola. Junto a la pistola había una caja abierta de municiones, balas con el reluciente cobre de peniques nuevos. Sintió la tentación de tomar un puñado, pero terminó dejando caer diestramente una en el bolsillo del pecho.

—Tenga.

Radclif se puso un cigarrillo entre los labios y Joel, sin que se lo pidiera, le encendió un fósforo.

—Gracias —dijo Radclif, mientras lanzaba lentamente, por la nariz, dos gruesas columnas de humo—. Oye, ¿alguna vez has estado por esta parte del país?

—No exactamente, pero mi madre me llevó una vez a Gulport, y me gustó mucho por el mar. Ayer, en el tren, pasamos por allí.

—¿Te gusta esto?

Joel imaginó un tono extraño en la voz del conductor. Estudió el perfil romo de Radclif, preguntándose si el robo habría sido advertido. Al menos Radclif no lo demostraba.

—Bueno, es… ¿sabe?, distinto.

—Es claro, yo no noto ninguna diferencia. He vivido por estos alrededores toda una vida, y a mí me parece como cualquier otra parte, ¡ja, ja!

El camión entró de pronto en un tramo de carretera ancha, dura, no flanqueada por la sombra de los árboles, aunque una camisa negra de pinos distantes oscurecía el borde del gran campo que yacía a la izquierda. Una figura lejana —no se podía decir si era de hombre o de mujer— dejó de azadonar para saludar con la mano y Joel respondió al saludo. Más adelante dos chiquillos peliblancos, montados a horcajadas en una mula huesuda, gritaron alborozados cuando pasó el camión sepultándolos en una cortina de polvo. Radclif trompeteó una y otra vez la bocina a una tribu de cerdos que se apartaba calmosamente del camino. Podía maldecir como ninguna otra persona a quien Joel había conocido, excepción hecha quizá del estibador negro.

Un poco más tarde, ceñudo y pensativo, Joel dijo:

—Me agradaría preguntarle algo; ¿está bien? —Esperó hasta que Radclif asintió—. Bueno, lo que quería preguntar es… ¿Conoce a mi… al señor Sansom?

—Sí, sé quién es, claro —respondió Radclif, y se secó la frente con un pañuelo mugriento—. Me hiciste perder la pista con esos dos apellidos, Sansom y Knox. Por supuesto, es el tipo que se casó con Amy Skully. —Hubo una pausa fugaz antes de que añadiera—: Pero la verdad es que nunca lo vi.

Joel se mordió el labio y guardó silencio por un momento. Desbordaba de preguntas que necesitaba que le contestaran, pero la idea de formularlas lo turbaba, porque parecería vergonzoso ser tan ignorante en cuanto a sus propios familiares. Por lo tanto dijo con voz sumamente audaz lo que quería decir:

—¿Y qué hay de este Desembarcadero de Skully? Quiero decir, ¿quién vive allí?

Radclif entrecerró los ojos mientras pensaba.

—Bien —dijo finalmente—, tienen allí un par de negros, y yo los conozco. Después está la esposa de tu papá; la conozco. Mi madre le hace alguno que otro vestido de tanto en tanto; o se los hacía, por lo menos. —Inhaló humo de cigarrillo y lanzó la colilla, con un capirotazo, por la ventanilla—. Y el primo… ¡Sí, por Dios, el primo!

—¿Sí? —dijo Joel negligentemente, aunque tal persona no fue mencionada jamás, ni siquiera una vez, en las cartas. Su mirada rogó al conductor que proporcionara más detalles. Pero Radclif no hizo más que lanzar una curiosa sonrisa, como si se sintiera divertido por una broma personal, demasiado secreta como para ser compartida con nadie.

Y hasta ahí llegó el asunto, no más.

—Pon atención ahora —recomendó Radclif de pronto—, estamos entrando en el pueblo.

Una casa. Un racimo gris de cabañas de negros.

Una iglesia sin pintar, de tablas de chilla, con un campanario de aguja y tres hojas sagradas de vidrio color rubí, un chiquillo negro que llevaba un enorme sombrero pajizo y apretaba con fuerza un cubo de moras. Y, sobre todo ello, el brillo cegador del sol. Pronto apareció una calleja corta, sin pavimentar, sin nombre, flanqueada de casas de un piso, parecidas, algunas de mejor aspecto que otras. Cada una de ellas tenía una galería delantera y un jardín, y en algunos de los jardines crecían esmirriados rosales, mirtos y acederaques, de una rama de los cuales casi siempre pendía una mecedora de niños, hecha de cuerdas, y un viejo neumático de caucho. Había membrillos japoneses, de hojas cerosas, verdinegras, pulidas. Y vio a una rechoncha niñita rosada saltando a la comba, y a una dama anciana, acomodada en una galería pandeada, abanicándose con un abanico de hoja de palma. Luego una cochería de alquiler; en un granero rojo: caballos, carros, calesines, mulas, hombres. Y un brusco recodo en el camino: Ciudad Mediodía.

Radclif frenó el camión. Tendió el brazo y abrió la portezuela próxima a Joel.

—Lástima que no pueda llevarte al Desembarcadero, hijo —dijo apresuradamente—. La compañía haría un escándalo. Pero llegarás perfectamente. Estamos en sábado y los sábados vienen al pueblo muchas personas que viven por ese lado.

Joel se encontraba solo ahora, y su camisa azul, húmeda de sudor, estaba pegada a sus espaldas. Transportando su valija cubierta de etiquetas, comenzó cautelosamente su primera caminata en el pueblo.

Ciudad Mediodía no constituye un gran espectáculo. Tiene una sola calle, en la que hay una tienda de Ramos Generales, un taller de reparaciones, un pequeño edificio que contiene dos oficinas —una de un abogado, la otra de un médico—, una combinación de salón de belleza y barbería —dirigida por un manco y su esposa— y un curioso e indefinible establecimiento conocido con el nombre de Lugar Principesco de R. V. Lacey, en el soportal del cual hay una bomba de gasolina Texaco. Estos edificios están apiñados tan apretadamente que parecen formar un palacio ruinoso, montado al azar, de la noche a la mañana, por un carpintero imbécil. Al otro lado del camino, aisladas, hay otras dos estructuras: una cárcel y una rara y tambaleante casa de color jengibre. La cárcel no aloja a un delincuente blanco desde hace cuatro años y pocas veces hay en ella algún otro prisionero, ya que el *sheriff* es un haragán inútil, siempre dispuesto a holgazanear con una botella de bebida alcohólica y a permitir que los malhechores y los ladrones —y aun los asesinos más peligrosos— permanezcan a sus anchas, en libertad. En cuanto a la rara casa vieja, Dios sabe cuánto hace que nadie vive en ella. Y se dice que en una ocasión tres exquisitas hermanas fueron violadas y asesinadas allí, en forma espantosa, por un perverso bandido yanqui que montaba un caballo gris-plata y usaba una capa de terciopelo teñida de escarlata con la sangre de las mujeres sureñas. Cuando es relatada por anticuadas damas que pretenden haber tenido otrora relaciones con las hermosas víctimas, es una narración de esplendor gótico. Las ventanas de la casa están rajadas, rotas, vacías como órbitas sin ojos. Un balcón podrido se inclina peligrosamente hacia adelante y amarillos pájaros de tornasol ocultan sus nidos en sus lugares secretos. Las desconchadas paredes exteriores están cubiertas de harapos de carteles descoloridos por el tiempo, que aletean cuando hay viento. Entre los chicos del pueblo se considera como signo de gran valor entrar en esos cuartos negros al caer la noche y hacer señales con la lumbre de un fósforo desde una ventana del piso superior. Sin embargo, la galería de esta casa se encuentra en condiciones bastante buenas, y los sábados las familias de granjeros que bajan al pueblo la convierten en su cuartel general.

Muy pocas personas extrañas se establecen en Ciudad Mediodía o sus vecindades; después de todo, el trabajo es escaso allí. Por otra parte, es poco frecuente que un poblador se vaya, a menos que sea para encaminarse, solitario, hacia el saliente de más arriba de la iglesia bautista, donde las lápidas olvidadas relucen entre las malezas como flores de piedra.

El sábado, por supuesto, es el gran día. Poco después del alba una procesión de carros tirados por mulas, de desvencijados automóviles baratos y calesines comienzan a llegar desde la campiña y ya a mitad de la mañana se ha reunido una considerable congregación. Los hombres ostentan sus mejores camisas y pantalones de confección. Las mujeres se perfuman con vainilla o con perfumes de tienda de todo por diez centavos, de los cuales la marca más popular se llama Amor Divino. Las jovencitas llevan baratijas en sus cabellos cortos, inflaman sus mejillas con una buena cantidad de colorete y usan abanicos de papel, de cinco centavos, con hermosas escenas pintadas. Aunque descalzo, y probablemente semidesnudo, cada chiquillo está limpio, lavado, y tiene algunas monedas para gastar en algo como rosetas de maíz con melaza, que vienen en cajas con premios. Después de haber hurgado en las distintas tiendas, las mujeres se reúnen en la galería de la casa vieja, en tanto que sus hombres se encaminan hacia la cochería de alquiler. Rápidas y ansiosas, repitiendo las mismas cosas una y otra vez, sus voces zumban y revolotean durante todo el largo día. Enfermedades y bodas, galanteos y funerales y Dios son los tópicos favoritos en la galería. En la cochería los hombres bromean y beben whisky, hablan de cosechas y juegan a arrojar las navajas. De tanto en tanto hay terribles riñas, porque muchos de esos hombres tienen el genio vivo, y si sienten rencor hacia alguien les agrada disiparlo en una pelea.

Cuando el ocaso sombrea el cielo, parece como si una suave campana tocara a despedida, porque un tétrico silencio lo acalla todo y las atareadas voces enmudecen como pájaros a la puesta del sol. Las familias salen de la ciudad en sus vehículos, como una triste caravana funeraria, y el único rastro que dejan es la calma feroz que desciende. Los propietarios de los distintos establecimientos de Ciudad Mediodía dejan abiertas sus tiendas una hora más, antes de echar el cerrojo a las puertas e irse a sus casas a dormir. Pero después de las ocho no se ve a una sola persona decente

vagando por el pueblo, aparte de un lastimoso borracho o un joven zagal paseándose con su enamorada.

—¡Eh, tú, el de la valija!

Joel giró en redondo para descubrir a un hombrecito estevado, manco, mirándolo con furia desde la puerta de una barbería. Parecía demasiado enfermizo para ser el dueño de una voz tan potente y dura.

—Ven aquí, chico -—ordenó, apuntándose con el pulgar el pecho cubierto por un delantal.

Cuando Joel llegó junto a él, el hombre extendió la mano y en la palma abierta brillaba una moneda de cinco centavos.

—¿Ves esto? —preguntó. Joel asintió torpemente—. Muy bien —prosiguió el hombre—, ahora mira por la carretera, hacia allá. ¿Ves a esa chiquilla de cabello rojo?

Joel vio perfectamente a la persona indicada. Era una muchacha de llameante cabello de holandesito. Tendría su estatura y llevaba un par de pantaloncitos cortos, castaños, y una camisa amarilla de polo. Se paseaba por delante de la elevada y curiosa casa vieja, haciendo muecas al barbero, contorsionando el rostro en visajes malignos.

—Escucha —dijo el barbero—, vé a traerme a esa chica y esta moneda será tuya para siempre. ¡Oooh…! ¡Cuidado, aquí viene otra vez…!

Aullando como un indio del salvaje oeste, la pelirroja echó a correr carretera abajo, mientras una multitud de jóvenes admiradores gritaba y corría tras ella. La chica arrojó un gran puñado de pedruscos cuando llegó frente al lugar en que estaba Joel. Las piedras cayeron con enloquecedor repiqueteo sobre el techo de hojalata de la barbería, y el manco, con el rostro de color apoplético, bramó:

—¡Ya te atraparé, Idabel! ¡Espera, ya te agarraré, puedes estar segura!

Un floreo de carcajadas femeninas flotó a través de la puerta de tejido de alambre, detrás de él, y una mujer de voz irascible chilló:

—Querido, deja de hacer el tonto y ven aquí en seguida; sal de ese calor. —Luego, aparentemente hablando a un tercero—: Le aseguro que no es mejor que Idabel. Ninguno de los dos tiene la sensatez que Dios les dio. ¡Oh, caray!, le digo a la señora Potter (vino a hacerse un *shampú* hace una semana, y yo pagaría cualquier cosa por saber cómo hace para ensuciarse

tan asquerosamente esa greña), bueno, le digo: «Señora Potter, usted enseña a Idabel en la escuela», le digo. «Pues bien; ¿por qué es ella tan remalditamente mala?». Le digo: «Por cierto que me parece un misterio, y eso que tiene esa hermana tan dulce (hablando de Florabel) y esos dos mellizos y no se parece en nada a ellos». Bueno, pues la señora Potter me contesta: «Oh, señora Caulfield, le aseguro que esa Idabel me causa bastantes dolores de cabeza y, en mi opinión, debería estar en la penitenciaría». ¡Ahá, eso mismo me dijo! Bien, para mí no fue ninguna revelación, porque siempre supe que esa chica era una monstruosidad. No, señor, nunca vi a esa Idabel Thompkins con un vestido. ¡*Querido, sal del calor; ven aquí…*!

El hombre hizo una horqueta con sus dedos y lanzó un grueso escupitajo a través de ellos. Lanzó una furibunda mirada a Joel y dijo secamente:

—Te estás ahí parado, esperando mi dinero por no hacer absolutamente nada, ¿no es cierto?

—*Querido, ¿me oyes*?

—Cállate la boca, mujer —y la puerta de tejido de alambre se cerró con un gemido.

Joel meneó la cabeza y siguió su camino. La chiquilla pelirroja y su pandilla alborotadora habían desaparecido de la vista, y la tarde blanca maduraba, avanzando hacia la tranquila hora del día en que el cielo estival derrama dulces colores sobre la tierra reseca. Sonrió con helada insolencia a las interesadas miradas de los transeúntes y cuando llegó al establecimiento conocido con el nombre de Lugar Principesco de R. V. Lacey se detuvo para leer la lista de comidas que había sido escrita con tiza en un pequeño y maltrecho encerado, junto a la puerta: «*Miss* Roberta V. Lacey Invita a Usted a Entrar y Probar Nuestro Delicioso Pescado y Pollo Frito; Helado Dixie; Magnífico, Delicioso Asado a la Parrilla; Bebidas sin Alcohol y Cerveza Fría».

—Bebidas sin alcohol —leyó casi en voz alta, y le pareció que una helada Coca-Cola le corría por la garganta seca—. Cerveza fría. —Sí, una cerveza fría. Sintió el duro contorno de las monedas que le abultaban el bolsillo, empujó la puerta de vaivén y entró.

En el cuarto en forma de caja que era el Lugar Principesco de R. V. Lacey había más o menos una docena de personas, principalmente muchachos de mono, de rostros huesudos y atezados, y unas cuantas jovencitas. Un tumulto de conversaciones disminuyó hasta convertirse en silencio cuando Joel entró y tímidamente se sentó ante el mostrador de madera que cruzaba el cuarto.

—¡Vaya, hola, chiquito! —rugió una mujer musculosa que inmediatamente se adelantó y apoyó el codo en el mostrador, ante él. Tenía largos brazos simiescos, cubiertos de un vello oscuro; en su barbilla se veía una verruga y, decorando la verruga, un solo pelo parecido a una antena. Una blusa color melocotón se abombaba bajo el peso de sus enormes pechos. Una luz burlona chisporroteó en los ojos bordeados de rojo con que lo miró—. Bienvenido a lo de *Miss* Roberta. —Dos de sus dedos de uñas sucias se extendieron para dar a su mejilla un pellizco doloroso—. Vaya, ¿qué puede hacer *Miss* Roberta por este hermoso hombrecito?

Joel se sintió anonadado.

—Una cerveza fría —barbotó, pasando por alto el estallido de risitas contenidas y risotadas que resonó en el fondo.

—No puedo servir cerveza a menores, tesoro, aunque eres un hermosísimo hombrecito. Lo que tú necesitas es una buena gaseosa de uvas NEHI —dijo la mujer, alejándose pesadamente.

Las risitas se convirtieron en francas carcajadas y las orejas de Joel tomaron un humillado tono rosado. Se preguntó si la mujer sería una lunática. Y su mirada recorrió el cuarto de olor rancio como si se tratase de un manicomio. En los muros había grabados de almanaques, de sabrosas beldades en traje de baño, y un certificado, en un marco que rezaba: «El presente certifica que Roberta Velma Lacey ganó el Primer Premio de Mentiras de la Fiesta Anual de Verano celebrada en Ramas Dobles». Del techo bajo pendían varios venenosos gallardetes de papel cazamoscas estratégicamente dispuestos y un par de bombillas eléctricas desnudas, adornadas de cintas de papel crepé, hecho jirones, de color verde y rojo. Una jarra de agua llena de elevadas ramas de sanapudio rosado estaba entronizada en el mostrador.

—Aquí tienes —dijo la mujer, depositando con un golpe una chorreante botella de gaseosa purpúrea—. Por cierto, chiquito, que tienes un aspecto acalorado y polvoriento. —Le dio un alegre golpecito en la cabeza—. ¿Sabes una cosa? Tú debes ser el chico que Sam Radclif trajo al pueblo, ¿eh?

Joel lo admitió con un asentimiento de cabeza. Tomó un trago de la bebida y estaba tibia.

—Quiero… es decir, ¿sabe qué distancia hay de aquí al Desembarcadero de Skully? —preguntó, advirtiendo que todos los oídos del lugar estaban sintonizados para escucharlo.

—Hmmmm. —La mujer se manoseó la verruga y amuralló los ojos en la cabeza hasta que casi desaparecieron—. ¡Eh, Romeo! ¿Qué distancia te parece que hay a Los Cráneos? —preguntó, y sonrió tontamente—. Lo llamo Los Cráneos porque… —pero no terminó la frase porque en ese momento el muchacho negro a quien había pedido la información respondió:

—Tres kilómetros; no, un poco menos de cinco, quizá, señora.

—Un poco menos de cinco —repitió ella como un loro—. Pero, si yo fuera tú, tesoro, no iría caminando hasta allá.

—Yo tampoco —gimió una muchacha de cabellos amarillos.

—¿Hay alguna forma de conseguir que alguien me lleve gratuitamente?

Alguien dijo: —¿No está Jesús Fiebre en el pueblo?

—Sí, lo vi a Jesús… Jesús estacionó junto a la Cochería…

—¿Qué? ¿Se refieren al viejo Jesús Fiebre? ¡Dios Todopoderoso, me pareció que ya lo habían enterrado!…

—¡No, hombre! Tiene más de cien años de edad, pero está tan vivo como tú…

—Seguro, yo lo vi a Jesús…

—Sí, Jesús está aquí…

La mujer tomó un espantamoscas y lo golpeó con fuerza salvaje.

—Dejen de parlotear. No puedo oír lo que dice este joven.

Joel sintió una pequeña oleada de orgullo, cruzada de temor, por el hecho de ser el centro de tal conmoción. La mujer fijó sus ojos truhanescos en algún punto situado por encima de la cabeza de él y preguntó:

—¿Qué tienes que hacer tú en Los Cráneos, tesoro?

¡Otra vez eso! Esbozó brevemente la cuestión, omitiendo todo lo que no fueran los acontecimientos más sencillos, excluyendo incluso una mención de las cartas. Estaba tratando de encontrar a su padre, eso era todo. ¿Podría ella ayudarlo?

Bueno, ella no sabía. Guardó silencio por un tiempo, jugando con su verruga y mirando fijamente al espacio.

—¡Eh, Romeo! —dijo finalmente—, ¿dices que Jesús Fiebre está en el pueblo?

—Sí, señora. —El muchacho a quien ella llamó Romeo era negro y llevaba un esponjado y manchado gorro de *chef*. Apilaba platos en una pileta, detrás del mostrador.

—Ven aquí, Romeo —ordenó—. Tengo algo que discutir contigo.

Romeo se le unió inmediatamente en un rincón del fondo. Ella comenzó a susurrar excitadamente mirando, de tanto en tanto, por sobre el hombro, a Joel, quien no podía oír lo que decían. Había silencio en el cuarto y todos lo miraban. Sacó la bala que le había robado a Sam Radclif y la hizo rodar nerviosamente entre sus manos.

De pronto se abrió la puerta. La muchacha delgada, de llameante y corto cabello rojo entró con aire fanfarrón y se detuvo, completamente inmóvil, con las manos en las caderas. Su rostro era chato y más bien impertinente. Una red de enormes y feas pecas le cruzaba la nariz. Sus ojos, bizqueantes y de intenso color verde, se movieron velozmente de rostro a rostro, pero no ofrecieron a ninguno señales de reconocimiento. Se detuvieron durante un helado instante en Joel y luego siguieron su viaje.

—¡Eh, Idabel!… ¿Qué cuentas, Idabel?

—Estoy buscando a mi hermana —respondió—. ¿Alguien la vio? —Su voz era ronca como la de un muchacho y sonaba como si se filtrara a través de un material tosco. Obligó a Joel a carraspear.

—La vi hace un rato, sentada en la galería -—dijo un joven de barbilla casi invisible.

La pelirroja se recostó contra la pared y cruzó sus piernas delgadas como lápices, de rodillas huesudas. Un andrajoso vendaje, manchado de mercurio-cromo, le cubría la rodilla izquierda. Extrajo un yo-yo azul y lo

dejó desenrollarse con lentitud hasta llegar al suelo y enrollarse nuevamente.

—¿Quién es ése? -—preguntó, haciendo un brusco movimiento de cabeza hacia Joel. Como nadie respondió, hizo describir un rizo al yo-yo, se encogió de hombros y dijo—: ¿A quién le importa, díganme, por favor? — Pero continuó observándolo desconfiadamente con el rabillo del ojo—. ¡Eh! ¿Qué hay de fiarme un poco de narcótico, Roberta? —gritó.

—*Miss* Roberta —corrigió la mujer, interrumpiendo momentáneamente su conferencia con Romeo—. No necesito decirte que tienes una lengua demasiado viva, Idabel Thompkins, y que siempre la has tenido. Y hasta que aprendas algunos modales de señorita te agradecería que no pises mi establecimiento, ¿me oyes? Además, ¿desde cuándo tienes tanto crédito aquí? ¡Ja! Véte ya… y no vuelvas hasta que te pongas algunas decentes prendas femeninas.

—-Ya sabe lo que puede hacer —replicó insolentemente la chica, dirigiéndose ruidosamente hacia la puerta—. Puede estar segura de que este cafetín va a tener que esperar bastante hasta que yo vuelva a visitarlo.

Una vez afuera, su silueta oscureció la puerta de tejido de alambre, mientras se detenía a observar nuevamente a Joel.

Y ahora llegaba el ocaso. Un mar de verde cada vez más oscuro se tendía en el cielo como algún extraño vino, y por ese vasto verde unas nubes sombreadas eran empujadas perezosamente por una suave brisa. Pronto comenzaría la emigración del pueblo y más tarde el silencio de Ciudad Mediodía sería casi un sonido en sí mismo: el ruido que una pisada podría producir entre las musgosas tumbas del oscuro saliente. *Miss* Roberta había prestado a Romeo como guía de Joel. Los dos caminaban a pasos iguales. El muchacho negro llevaba la valija de Joel. Sin hablar dieron vuelta a la esquina de la cárcel y allí estaba la cochería, una estructura parecida a un granero, de rojo descolorido, que Joel ya había visto antes, ese mismo día. Un grupo de hombres que se asemejaban a una pandilla de bandidos de una película del Oeste estaba congregado cerca del poste de amarre de los caballos, pasando una botella de whisky de mano en mano. Un segundo grupo, menos ruidoso, jugaba arrojando una navaja bajo

la zona oscura de un roble. Enjambres de libélulas temblaban sobre el abrevadero cubierto de limo. Y un sabueso sarnoso caminaba de aquí para allá, olfateando los vientres de las mulas amarradas. Uno de los bebedores de whisky, un anciano de largo cabello blanco y una larga barba blanca se sentía en apariencia sumamente alegre, porque golpeaba las manos y bailaba arrastrando los pies, al compás de alguna melodía que probablemente le resonaba en la cabeza.

El muchacho de color escoltó a Joel, por el costado de la caballeriza, hasta un terreno trasero en que los carros y los caballos ensillados estaban tan apiñados que una cola que se agitara debía, con toda seguridad, rozar algo.

—Ése es él —dijo Romeo señalando con el dedo—; ahí está Jesús Fiebre.

Pero Joel ya había distinguido la figura de pigmeo acurrucada sobre la tabla del asiento de un carro gris, estacionado en el borde más lejano del terreno; una especie de negrito enano, cuyo rostro primitivo se dibujaba netamente contra la inundación verde del cielo.

—No nos asustemos —dijo Romeo, conduciendo a Joel con tímida cautela a través del laberinto de carros y animales—. Será mejor que me agarres fuerte la mano, chico blanco. Jesús Fiebre es el gallinazo más viejo que jamás hayas visto.

—Pero yo no tengo miedo —respondió Joel. Y era cierto.

—¡Shhh!

Cuando los chicos se aproximaron, el pigmeo inclinó la cabeza en cauto ángulo. Luego, lentamente, con los movimientos de *staccato* de una muñeca mecánica, se volvió de costado hasta que sus ojos, débiles ojos amarillos moteados de puntos lechosos, los contemplaron con soñadora indiferencia. Tenía un gracioso sombrero hongo encaramado licenciosamente en la cabeza y en la cinta color caramelo del mismo había una pluma de pavo pintada.

Romeo aguardó vacilantemente, como esperando que Joel tomara la iniciativa. Pero cuando el chico blanco continuó guardando silencio, dijo:

—Tiene suerte de haber venido al pueblo, señor Fiebre. Este caballerito es familiar de Skully y quiere ir al Desembarcadero, para quedarse allí a

vivir.

—Soy el hijo del señor Sansom —dijo Joel, aunque de pronto, al contemplar el negro rostro frágil, esto no le pareció gran cosa. El señor Sansom. ¿Quién era el señor Sansom? Nadie, nada. Un apellido que ni siquiera parecía tener un significado especial para el anciano, cuyos ojos hundidos, carentes de expresión, lo estudiaban inmutablemente.

Luego Jesús Fiebre levantó el sombrero unos respetuosos centímetros.

—Dijo que lo encontraría aquí; *Miss* Amy lo dijo —musitó roncamente. Su rostro era como una negra manzana arrugada, casi destruida. Su pulida frente brillaba como si una luz purpúrea ardiera bajó la piel. Su postura encorvada, en forma de hoz, daba la impresión de que tuviera el espinazo quebrado. Un enanito triste y jiboso, tullido por la vejez. Sí, y esto asaltó la imaginación de Joel: había un rastro de hechicería en sus ojos amarillos moteados, una cualidad engañosa que sugería… bueno, magia y cosas leídas en los libros—. Estoy aquí desde ayer, un día antes, porque *Miss* Amy dijo que esperara —y se estremeció bajo el impacto de una profunda inspiración de aire—. Pero no puedo hablar mucho; no tengo fuerzas. Así que vamos, chico. Ya está anocheciendo y la noche es una tortura para mis huesos.

—Ya estoy con usted, señor Jesús —dijo Joel sin entusiasmo. Romeo lo izó hasta el carro y le entregó la valija. Era un carro viejo, bamboleante, más bien parecido a un enorme carrito de buhonero. El piso estaba sembrado de hojas secas de maíz y costales de olor agridulce.

—¡Arre, John Brown! —ordenó Jesús Fiebre, haciendo chasquear suavemente las riendas contra el lomo de un mulo tostado—. Levanta esas patas, John Brown; levanta esas patas…

El carro salió lentamente del terreno y trepó gruñendo por un sendero, hasta el camino. Romeo corría adelante; dio un fuerte golpe a las ancas del mulo y desapareció. Joel sintió un repentino impulso de llamarlo, porque de pronto se le ocurrió que no quería llegar solo al Desembarcadero de Skully. Pero ya no había remedio. Frente a la caballeriza el borracho barbudo había dejado de bailar y el sabueso se acurrucaba bajo el abrevadero, rascándose las pulgas. Las desvencijadas ruedas del carro levantaban nubes de tierra

que se quedaban colgando del aire verde como bronce en polvo. Un recodo en el camino; Ciudad Mediodía desapareció.

Era de noche y el carro se arrastraba por una abandonada carretera campesina en que las ruedas mordían suavemente una honda capa de arena fina, acallando los desolados rumores de las pisadas de John Brown. Jesús Fiebre había hablado solamente dos veces, y únicamente para amenazar al mulo con alguna tortura desconocida.

Lo despellejaría vivo o le partiría la cabeza con un hacha; posiblemente ambas cosas juntas. Finalmente se rindió y, siempre acurrucado sobre el asiento, se quedó dormido.

—¿Falta mucho? —preguntó Joel una vez y no obtuvo respuesta. Las riendas estaban flojamente arrolladas a las muñecas del viejo, pero el mulo guiaba hábilmente el carro sin ayuda alguna.

Laxo, como una muñeca de trapo, Joel estaba tendido sobre un colchón de costales, con las piernas bamboleándose fuera de la parte trasera del carro. Un enrejado de estrellas, como un emparrado, congelaba el cielo del sur, y con los ojos entretejió esas viñas tachonadas de estrellas hasta que pudo formar muchas figuras heladas, blancas: un campanario, flores fantásticas, un gato en actitud de saltar, el contorno de una cabeza humana y otros curiosos diseños como los producidos por los copos de nieve. Había una vivida luna de tres cuartos, levemente rojiza. El viento nocturno agitaba aterradores chales de musgo negro que envolvían las ramas de los árboles que pasaban. Aquí y allá, en la blanda oscuridad, las luciérnagas se hacían señales, como transmitiendo en código. Escuchó, satisfecho y sosegado, el remoto ruido de los insectos nocturnos, como de una sierra cantarína.

Luego, de súbito, la música de un dúo infantil le llegó por sobre los sonidos de la solitaria campiña: «¿Qué hace entonces el petirrojo, pobrecito…?». Como espectros las vio corriendo a la luz dé la luna, a lo largo del borde cubierto de malezas del camino. Dos niñas. Una caminaba con gracia desenvuelta, pero la otra se movía con la rapidez y brusquedad de un chico, y Joel la reconoció.

—Hola —saludó él audazmente cuando el vehículo las alcanzó.

Ambas chicas habían contemplado el carro que se aproximaba y aminoraron perceptiblemente la velocidad del paso. Pero la desconocida,

como sobresaltada, gritó:

—¡Caramba! —Tenía un cabello largo, largo, que le caía más abajo de las caderas, y su rostro, lo poco que Joel pudo ver de él, borroneado como estaba por la sombra, parecía muy amistoso, muy bello—. ¡Cuán bondadoso de tu parte venir por aquí y ofrecerte a llevarnos en el carro!

—Suban —dijo, y se apartó para dejar lugar.

—Yo soy *Miss* Florabel Thompkins —anunció ella, después de haber saltado ágilmente a su lado y bajado el ruedo de su vestido por sobre las rodillas—. ¿Éste es el carro de Skully? Es claro, ése es Jesús Fiebre… ¿Está dormido? Bueno, esto es el colmo. —Hablaba rápidamente, en forma inconstante, demasiado parecida al parloteo de un pájaro, como imitando a cierto tipo de anciana—. Ven, hermana, hay lugar de sobra.

La hermana caminaba pesadamente detrás del carro.

—Tengo dos pies y creo que no soy tan blanducha que no pueda encontrar la suficiente voluntad como para ir poniendo uno delante del otro; gracias, de todos modos —dijo, y dio a sus pantaloncitos cortos un enfático tirón.

—Puede subir, si quiere —dijo Joel débilmente, no sabiendo qué otra cosa hacer. Porque era una chiquilla rara, de eso no cabía duda alguna.

—Oh, tonterías —dijo Florabel Thompkins—, no le hagas caso. Mamá la llama Idabel Tonterías. Déjala que camine, la patituerta, por lo que le pueda importar al grande y ancho mundo. Es inútil tratar de razonar con ella; es una terca Idabel. Cualquiera te lo dirá.

—¡Ja…! —fue todo lo que Idabel dijo en su defensa.

Joel miró a una y a otra y terminó pensando que Florabel le gustaba más. Era tan hermosa… al menos así le parecía, aunque no podía verle bien la cara como para formarse una opinión correcta. De todos modos, su hermana era una golfilla y él sentía un odio especial hacia las golfillas desde la época de Eileen Otis. Esta Eileen Otis era una musculosa y pequeña perdonavidas que vivía en la misma calle que él, en Nueva Orleáns, y tenía la costumbre de atacarlo, quitarle los pantalones y arrojarlos a la rama más alta de cualquier árbol. Eso era hacía ya muchos años, pero el recuerdo de la chiquilla todavía lograba enfurecerlo. Se

imaginó a la hermana pelirroja de Florabel como una perfecta copia de Eileen Otis.

—Tenemos un hermoso automóvil, ¿sabes? —dijo Florabel—. Es un Chevrolet verde en el que pueden viajar seis personas sin que nadie tenga que sentarse en las faldas de nadie, y tiene verdaderas cortinillas que se pueden bajar o subir, con encantadores muñequitos de juguete. Papá le ganó este estupendo Chevrolet a un hombre en una riña de gallos, cosa que, según me parece, fue bastante inteligente de su parte, pero mamá opina lo contrario. Mamá es tan honesta como largo es el día, y no le gustan las riñas de gallos. Pero lo que quiero decir es esto: generalmente no tenemos que pedir que nos lleven otras personas, y menos desconocidos… Es claro que conocemos a Jesús Fiebre… más o menos. Pero ¿cómo te llamas? ¿Joel? ¿Joel qué? Knox… bueno, Joel Knox, lo que quería decir es que papá generalmente nos lleva al pueblo en nuestro hermoso auto… —Siguió parloteando y él continuó escuchando, satisfecho, hasta que, volviendo la cabeza, vio a la hermana y le pareció que lo miraba en una forma especial. Mientras este intercambio de ojeadas se prolongaba, una mirada Sin sonrisa, pero divertida, que se cruzó entre ambos, fue iluminada por la luna. Era como si ambos se dijeran: *Tampoco yo tengo gran opinión de ti*.—… pero una vez, por casualidad, pegué un portazo y le apretó la mano a Idabel. —Florabel seguía hablando del automóvil— y ahora la uña del pulgar no le crece ni un poquito; está toda amazacotada y negra. Pero ella no gritó ni se quejó; se portó como una valiente. Pero yo, yo no podría aguantar un golpe tan feo y… Muéstrale la mano, hermana.

—Déjame tranquila o te la mostraré, por cierto, en un lugar que no te esperas.

Florabel hizo una mueca de desagrado y miró con enojo a Joel porque éste se reía.

—Tratar a Idabel como si fuese un ser humano no da resultados —dijo ominosamente—. Pregúntaselo a cualquiera. Por la forma grosera que tiene de comportarse nadie diría que proviene de una familia acomodada como la mía, ¿no es cierto?

Joel guardó silencio, sabiendo que, dijera lo que dijese, metería la pata.

—Eso es precisamente lo que yo digo —prosiguió Florabel, aprovechando el silencio—; nadie lo diría. Naturalmente, es como si fuéramos mellizas. Nacimos el mismo día, yo diez minutos antes, de modo que soy mayor. Tenemos doce años, para los trece. Florabel e Idabel. ¿No es horrible la forma en que riman estos nombres? Solamente mamá cree que son realmente bonitos, pero…

Joel no escuchó el resto, porque de pronto advirtió que Idabel había dejado de seguir el carro. Estaba lejos y corría, corría como un pálido animal a través del lago de malezas de los costados de la carretera, hacia una florecida isla de sanguiñuelo que resaltaba vividamente, a cierta distancia, como espuma costera en una playa negra. Pero antes de que pudiera hablarle de eso a Florabel, su melliza había desaparecido entre los relucientes árboles.

—¿No tiene miedo ella de estar allí, sola, en la oscuridad? —interrumpió él, y con un ademán indicó hacia donde Idabel había desaparecido.

—Esa chica no tiene miedo de nada —declaró Fiorabel rotundamente —. No te preocupes por ella. Ya nos alcanzará cuando se le ocurra.

—Pero en esos bosques…

—Oh, mi hermana tiene caprichos y es inútil averiguar por qué. Hemos nacido mellizas, como te dije, pero mamá dice que el Señor siempre envía algo malo con lo bueno. —Florabel bostezó y se echó hacia atrás, con el largo cabello cayéndole sobre los hombros—. Idabel acepta cualquier clase de desafío. Incluso cuando éramos muy chicas iba hasta lo de Skully y atisbaba por las ventanas. Una vez, incluso pudo ver claramente al primo Randolph. —Levantó una mano con pereza y atrapó una luciérnaga que palpitaba doradamente en el aire, sobre su cabeza. Luego—: ¿Te agrada vivir en ese lugar?

—¿Qué lugar?

—El Desembarcadero, tonto.

—Es posible —respondió Joel—, pero todavía no lo he visto. —El rostro de ella estaba junto al suyo y se dio cuenta de que la chica se sintió desilusionada por la respuesta—. ¿Y tú? ¿Dónde está tu casa?

Ella agitó una mano aérea.

—Un poco más allá. No lejos del Desembarcadero, de modo que alguna vez podrías venir a visitarnos. —Lanzó la luciérnaga al aire, donde se quedó suspendida como una lunita—. Naturalmente, no sabía si pensar que vivías en el Desembarcadero o no. Nadie ve jamás a ninguno de los Skully. ¡Vaya, si el propio Señor podría vivir allí sin que nadie estuviese enterado de ello! ¿Eres pariente de…? —Pero esto fue interrumpido por un terrible, paralizador aullido y un salvaje estrépito en la oscuridad circundante.

Idabel saltó a la carretera desde la maleza. Agitaba los brazos y gritaba estentórea y locamente.

—¡Maldita idiota! —gritó su hermana. Pero Joel no hizo nada, porque tenía alojado el corazón en alguna parte de la garganta. Luego se volvió para contener la reacción de Jesús Fiebre, pero el viejo seguía cabeceando. Y, cosa extraña, el mulo no se había desbocado de terror.

—Fue algo bueno, ¿eh? —preguntó Idabel—. Apuesto a que pensaron que el diablo les pisaba los talones.

—El diablo no, hermana —replicó Florabel—. Lo tienes adentro. —Y a Joel—: Ya recibirá una buena cuando se lo diga a papá, porque no podría haber llegado hasta aquí sin que la viéramos, a menos que cruzara por la hondonada, y papá le dijo una y mil veces que no lo hiciera Se pasa el tiempo allá, husmeando y buscando ocozol. Algún día una mocasín vieja y grande le comerá la pierna hasta la cadera, acuérdate de lo que te digo.

Idabel había regresado llevando un manojo de sanapudio y ahora olía los capullos, alborozada.

—Ya he sido mordida por una serpiente —dijo.

—Sí, es cierto —admitió su hermana—. Tendrías que haberle visto la pierna, Joel Knox. Se le hinchó como un melón. Se le cayó el cabello. ¡Oh!, estuvo terriblemente enferma durante dos meses y mamá y yo tuvimos que cuidarla continuamente.

—Es una suerte que no haya muerto —comentó Joel.

—Pero me habría muerto si fuera tú y no supiera cómo cuidarme —dijo Idabel.

—Fue lista, es verdad —concedió Florabel—. Se dirigió directamente al gallinero y tomó al gallo y lo abrió en canal. Nunca oí tanto alboroto. La sangre caliente de gallina saca el veneno.

—¿Alguna vez fuiste mordido por una serpiente, chico? —quiso saber Idabel.

—No —dijo él, sintiéndose en cierto modo en desventaja—, pero en una ocasión estuve a punto de ser arrollado por un auto.

Idabel pareció analizar eso.

—Arrollado por un auto —repitió, con la voz algo donosa invadida de envidia.

—-No deberías habérselo dicho —reprochó secamente Florabel—. Ahora es capaz de correr a echarse en mitad del camino.

Entre la carretera y los bosquecillos la corriente deslizante de un arroyo, de guijarros tintineantes, subrayaba los comentarios vociferados de ramas escondidas. El carro de lento avance subió un repecho y comenzó a descender nuevamente. Idabel arrancó los pétalos de su ramillete de sanapudio, dejándolos caer a su zaga, y arrojó a un costado las ramas desnudas. Inclinó la cabeza, miró el cielo y comenzó a canturrear. Luego cantó: «Cuando sople el aquilón y caiga la nieve, ¿qué hará el petirrojo, pobrecito?». Florabel se apoderó de la melodía: «Se fue al granero para calentarse y cobijarse bajo el alero, ¡pobrecito!». Era una canción animada y la cantaron una y otra vez hasta que Joel se les unió para componer un trío. Sus voces resonaban claras y dulces, porque los tres tenían voz de soprano.

Y Florabel pulsaba vivazmente un banjo mítico. Luego una nube cruzó la luna y, en la oscuridad, el canto terminó.

Florabel se bajó del carro de un salto.

—Nuestra casa está allí —dijo, señalando hacia lo que para Joel era una soledad vacía—. No te olvides… ven a visitarnos.

—Lo haré —gritó él, pero ya la marejada de la oscuridad había alejado a las mellizas de la vista.

Un poco más tarde un pensamiento relacionado con ellas se convirtió en un eco y se retiró, dejándolo en la sospecha de que las chicas eran quizá lo que él imaginó al principio: apariciones. Se tocó la mejilla, rozó las hojas de maíz, lanzó una mirada al dormido Jesús —el anciano habría parecido sumido en trance, a no ser por la elástica respuesta de su cuerpo al traqueteo

del carro— y se tranquilizó. Las riendas restallaban, las pisadas del mulo producían un sonido tan soñoliento como el zumbido de una mosca en una tarde de verano. Una selva de estrellas llovía sobre él para cubrirlo de llamaradas, para cegarlo y hacerle cerrar los ojos. Los brazos en jarras, las piernas encogidas, los labios vagamente entreabiertos… parecía como si el sueño le hubiese descargado un golpe.

De pronto surgieron las estacas de una verja. El mulo se despertó, comenzó a trotar casi a galopar por una senda enarenada en la cual las ruedas escupían piedrecillas. Y Jesús Fiebre, sacudido, vuelto en sí, tironeó de las riendas.

—¡So, John Brown, sooo!

Y el carro se detuvo muy pronto, desanimado.

Una mujer se deslizó por los escalones que bajaban de una gran galería. Delirantes alas blancas revolotearon en torno del farol de querosén que llevaba en alto, sorbiendo su luz amarillenta. Pero Joel, mirando con ceño al demonio del sueño, no se dio cuenta cuando la mujer se inclinó con atención hacia él y le escudriñó el rostro a la humosa luz del farol.

2

Cayendo… CAYENDO… ¡CAYENDO! un dardo como un cuchillo, un corredor subterráneo. Y él giraba como la pala de un ventilador a través de espirales de metal. En el fondo un cocodrilo de mandíbulas enormemente abiertas como en un bostezo seguía su revoloteo descendente con ojos encaperuzados. Como siempre, la salvación vino con el despertar. El cocodrilo estalló en luz de sol. Joel parpadeó, sintió el gusto amargo de su lengua y no se movió. La cama, un inmenso artefacto de cuatro postes verticales con distintas frutas de palo rosa talladas toscamente en la alta cabecera, era asfixiantemente blanda y su cuerpo se había hundido muy hondo en su plumoso centro. Aunque durmió desnudo, la sábana liviana que lo cubría parecía una manta de lana.

El siseo de un vestido le advirtió que había alguien en el cuarto. Y otro sonido, seco y removido por el viento, muy semejante al golpe de las alas de un pájaro. Fue este sonido, se dio cuenta mientras se daba vuelta, el que lo había despertado.

Una extensión de muro amarillo pálido separaba dos ventanas violentamente iluminadas por el sol, ubicadas frente a la cama. La mujer estaba entre esas ventanas. No advirtió a Joel, porque se encontraba mirando un escritorio antiguo, ubicado al otro lado del cuarto. Allí, sobre una caja laqueada, había un pájaro, un azulejo posado, tan inmóvil que parecía un trofeo. La mujer se volvió y cerró la única ventana abierta. Luego, con pequeños pasitos laterales, se adelantó.

Joel estaba completamente despierto, pero por un instante fue como si el azulejo y su perseguidora constituyeran un curioso fragmento de su sueño. Los músculos del estómago se le endurecieron mientras la contemplaba acercándose al escritorio y veía la inocente agitación del ave. Ésta brincaba

en torno, balanceando su cabeza azul, brillante. De pronto, precisamente en el momento en que la mujer estaba a punto de atraparlo, el pájaro batió las alas, voló por sobre la cama y se posó en la silla en que Joel había arrojado sus ropas la noche anterior. Y el recuerdo de la noche lo invadió: el carro, las mellizas y el pequeño negro del sombrero hongo. Y la mujer, la esposa de su padre: *Miss* Amy, se llamaba. Recordó haber entrado en la casa y atravesado, tropezando, un extraño vestíbulo como una alcoba, en el que las paredes cobraban vida con las sombras bailoteantes producidas por las llamas de las velas. Y *Miss* Amy, con el dedo sobre los labios, conduciéndolo con sigilo de ladrón por una escalera curva, alfombrada, a lo largo de un segundo corredor, hasta la puerta de ese cuarto. Todo ello en incidentes entrecortados, de sonámbulo. Y así, mientras *Miss* Amy permanecía junto al escritorio, observando al azulejo en su nuevo refugio, parecía como si la viera por primera vez. Su vestido era de una tela gris casi transparente. En la mano izquierda, sin ningún motivo aparente, llevaba un guante de seda gris, haciendo juego, y mantenía la mano delicadamente entrecerrada, como si estuviese tullida. Un mechón de cabellos blancos zigzagueaba a través de las descuidadas trenzas de su cabello castaño, casi incoloro. Era delgada, de huesos frágiles, y sus ojos semejaban dos uvas pasas incrustadas en la blandura de su cara estrecha.

En lugar de seguir al pájaro directamente, como antes, se dirigió en puntillas de pies hacia el hogar, ubicado en el extremo opuesto de la vasta estancia, y, girando hábilmente la mano, tomó un atizador de hierro. El azulejo bailoteó por el brazo de la silla, picoteando la camisa abandonada de Joel. *Miss* Amy frunció los labios y dio cinco pasos rápidos, cantarinos, femeninos…

El atizador le dio al ave en el lomo y la inmovilizó por un instante. Soltándose, voló alocadamente hacia la ventana y graznó y aleteó contra el vidrio, cayendo finalmente al suelo, donde se removió, aturdida, rascando la alfombra con sus alas extendidas.

Miss Amy la atrapó finalmente en un rincón y la apretó contra su pecho.

Joel oprimió el rostro contra la almohada, sabiendo que ahora ella miraría en su dirección, aunque sólo fuese para saber si el ruido lo había

despertado. Escuchó las pisadas que cruzaban el cuarto y el suave cerrarse de la puerta.

Se vistió con las mismas ropas que había usado el día anterior: una camisa azul y un par de sucios pantalones de lino. No pudo encontrar su valija por ninguna parte, y se preguntó si la habría dejado en el carro. Se peinó y se remojó la cara con agua de una jofaina que había sobre una mesa de tabla de mármol, junto a la cama de palo rosa. La alfombra, pelada en algunas partes y de un intrincado diseño oriental, ofrecía un tacto sucio y tosco bajo sus pies descalzos. El asfixiante cuarto estaba rancio. Olía a muebles viejos y a los fuegos apagados del invierno. Motas de polvo, semejantes a mosquitos, circulaban en el aire soleado, y Joel dejaba una huella polvorienta en todo lo que tocaba: el escritorio, el *chiffonier*, la palangana. Era seguro que ese cuarto no se usaba desde hacía muchos años. Las únicas cosas frescas allí eran las sábanas, e incluso éstas tenían un aspecto amarillento.

Se estaba atando los zapatos cuando vio la pluma del azulejo. Flotaba por sobre su cabeza, como sostenida por un hilo de tela de araña. La arrancó del aire, la llevó al escritorio y la depositó en la caja laqueada, que estaba forrada de felpa roja. Se le ocurrió al mismo tiempo que ése sería un buen lugar para depositar la bala de Sam Radclif. A Joel le encantaba cualquier clase de recuerdo, y tenía por costumbre guardar y catalogar chucherías. Había tenido muchas voluminosas colecciones, y le dolía intensamente que Ellen lo hubiera convencido de que las dejara en Nueva Orleáns. Había fotografías de revistas, monedas extranjeras, libros, piedras —ninguna de ellas parecida a la otra— y un magnífico conglomerado que él rotuló, sencillamente, Miscelánea. La pluma y la piedra habrían sido magníficos artículos para esa serie. Pero quizás Ellen le enviaría sus cosas por correo, o quizá podría empezar nuevas colecciones, quizá…

Se oyó un golpe en la puerta.

Era su padre, de eso estaba seguro. Debía de ser. ¿Y qué debía decir él? ¿Hola, papá, padre, Mr. Sansom? ¿Cómo te va, hola? ¿Abrazarlo, darle un apretón de manos, besarlo? Oh, ¿por qué no se había cepillado los dientes, por qué no podía encontrar la valija del comandante para sacar de ella una

camisa limpia? Se hizo un lazo en el cordón del zapato, dijo «¿Sí?» y se enderezó, erguido, preparado para producir la mejor impresión posible, la más viril.

La puerta se abrió. *Miss* Amy, con la mano enguantada encorvada, esperaba en el umbral; hizo un dulce asentimiento de cabeza y, mientras avanzaba, Joel advirtió la vaga sugestión de un bigote cubriéndole de pelusa el labio superior.

—Buenos días —dijo y, sonriendo, extendió la mano. Naturalmente, estaba desilusionado, pero también un tanto aliviado.

Ella le miró la mano extendida, mientras una sonrisa intrigada le contraía el pequeño rostro. Meneó la cabeza y pasó junto a él, llegó hasta una ventana y se quedó ante ella, de espaldas a la habitación.

—Son las doce pasadas dijo.

La sonrisa de Joel pareció repentinamente rígida y torpe. Ocultó las manos en los bolsillos.

—¡Qué lástima que hayas llegado anoche a hora tan tardía! Randolph había planeado una recepción más alegre. —Su voz tenía un tono cansado, afectado. Hería el oído como el silbido desinflado de un globo de juguete —. Pero es mejor así. El pobre chico sufre de asma, ¿sabes? Ayer tuvo un terrible ataque. Se enojará de que no le haya dicho que tú estás aquí, pero creo que es mejor que se quede en su cuarto, por lo menos hasta la hora de la cena.

Joel buscó algo que decir. Recordó que Sam Radclif había hablado de un primo, y que una de las mellizas, Florabel, había mencionado a un primo Randolph. Al menos, por la forma en que hablaba la mujer, supuso que esa persona sería un muchacho de su edad, aproximadamente.

—Randolph es nuestro primo, un gran admirador tuyo —dijo, volviéndose para mirarlo. La dura luz del sol realzaba la palidez de su piel, y sus ojitos, que ahora lo contemplaban astutamente, estaban alerta. Había en su rostro una falta de foco, como si, por debajo de la poco simpática capa de fatuo refinamiento, otra personalidad, completamente distinta, exigiera atención. La falta de foco le confería, en sus momentos de descuido, una expresión de pánico, de angustia.

Y cuando hablaba era como si nunca estuviese segura del significado de cada palabra. —¿Te queda algún dinero del cheque que mi esposo envió a Mrs. Kendall?

—Creo que un dólar, más o menos —respondió él, y desganadamente tendió su monedero—. Me salió bastante cara la estadía en ese café.

—Por favor, es tuyo —dijo ella—. Simplemente tenía interés en saber si eres un chico prudente, ahorrativo. —Se mostró repentinamente irritada—. ¿Por qué estás tan nervioso? ¿Necesitas usar el cuarto de baño?

—¡Oh, no! —Él se sintió inmediatamente como si se hubiera mojado los pantalones en público—. ¡Oh, no!

—Desdichadamente, no disponemos de modernas comodidades cloacales. Randolph es enemigo de esa clase de instalaciones. Empero —y señaló la jofaina con la cabeza—, encontrarás un bacín allí, en el compartimiento de abajo.

—Sí, señora —contestó Joel, mortificado.

—Y naturalmente, nunca hemos puesto cables de electricidad en la casa. Tenemos velas y lámparas; ambas atraen los bichos, pero ¿cuáles prefieres?

—Las que tengan en mayor cantidad —dijo, deseando realmente velas, porque le recordaban el Secretos Nueve de la calle St. Deval, un club de detectives de la vecindad, del cual él había sido tesorero e historiador oficial. Y recordaba las reuniones del círculo, en que altos velones, robados de la tienda de cinco y diez, ardían en botellas de Coca-Cola, y en que el Excelso Funcionario Número Uno, Sammy Silverstein, usaba en lugar de mazo un viejo hueso de vaca.

Ella miró el atizador que había rodado a medias bajo una silla.

—¿Te molestaría levantar eso y ponerlo junto al hogar? Estuve aquí más temprano —explicó mientras él ejecutaba la orden—, y un pájaro entró volando por la ventana. ¡Qué molestia…! ¿No te incomodó?

Joel vaciló.

—Me pareció haber oído algo —dijo—. Me despertó.

—Bueno, doce horas de sueño deben de ser suficientes. —Se sentó en una silla y cruzó sus piernas de escarbadiente. Sus zapatos eran de taco

bajo, blancos, como los que usan las enfermeras—. Sí, la mañana ya pasó y vuelve a hacer calor. ¡El verano es tan desagradable…!

Pues bien, a pesar de los modales impersonales de la mujer, Joel no se sentía contrariado, sino apenas un poco incómodo. Las mujeres de la edad de *Miss* Amy, entre los cuarenta y cinco años y los cincuenta, generalmente demostraban una cierta ternura hacia él, y él tomaba la simpatía de ellas por sentada. Y si, como pocas veces sucedía, esa afección era contenida, sabía que resultaba sumamente fácil provocarla: una sonrisa, una mirada ansiosa, una alabanza cortés.

—Quiero decirle cuán hermoso me parece su cabello: tiene un color encantador.

El soborno no recibió una apreciación nítida. Por lo tanto:

—Y cuánto me agrada mi cuarto…

Y esta vez dio en el blanco.

—Siempre lo he considerado el cuarto más hermoso de la casa. Aquí nació el primo Randolph, en esa misma cama. Y Angela Lee, la madre de Randolph, una bellísima mujer, originaria de Memphis, murió aquí… Oh, no muchos años ha. Desde entonces nunca lo hemos usado. —Inclinó de pronto la cabeza, como para escuchar algún sonido distante. Sus ojos bizquearon y luego se cerraron del todo. Pero pronto desapareció la tensión en ella y adoptó una posición descansada en la silla—. ¿Supongo que ya habrás mirado el paisaje?

Joel confesó que no, no lo había mirado, y se dirigió obsequiosamente a una ventana. Abajo, bajo una flamígera superficie de olas de sol, un jardín, un confuso revoltillo de palo de cebra y lilas, begonias y sauces llorones cuyas flojas ramas, de hojas como encaje, se movían blandamente; y cerezos enanos, como los de los grabados orientales, agachados, desnudos y verdes en el calor del mediodía. Ese enmarañado trozo de terreno rectangular no era el resultado del simple descuido, sino más bien el producto —aparentemente— de la ocurrencia que le asaltó a alguien, en un momento de arrebato, de esparcir un loco surtido de semillas por todas partes. Pastos y arbustos, enredaderas y flores estaban todos apretujados juntos. Macizos acederaques y laureles acuáticos formaban una sólida pared. En el extremo lejano, frente a la casa, había un espectáculo poco

corriente. Como dedos, una hilera de cinco columnas blancas, acanaladas, conferían al jardín el aspecto primitivo, obsesionante, de una ruina solitaria. Enredaderas de Judas trepaban por su bamboleante esbeltez y un gato amarillo moteado se afilaba las uñas contra las columnas del centro.

Miss Amy, habiéndose puesto de pie, estaba ahora junto a él. Era aproximadamente tres centímetros más baja que Joel.

—En la clase de historia antigua, en la escuela, tuvimos que dibujar algunas columnas como ésas. *Miss* Kadinsky decía que las mías eran las mejores, y las puso en el tablero del boletín —se jactó Joel.

—Las columnas… Randolph también las adora. Antes formaban parte de la vieja galería lateral —le dijo ella con tono de reminiscencia. Angela Lee era una joven desposada, recién llegada de Memphis, y yo era una niña más joven que tú. Por las noches nos sentábamos en esa galería, bebíamos licor de cerezas, escuchábamos a los grillos y esperábamos que saliera la luna. Angela Lee me tejía un chal al ganchillo. Alguna vez lo verás; Randolph lo usa en su cuarto, como centro de mesa; una lástima…

Hablaba en tono tan bajo que era como si sólo ella quisiera escucharse.

—¿Y el viento derribó la galería? —preguntó Joel.

—Se quemó —dijo ella limpiando un círculo en el vidrio polvoriento con su mano enguantada—. Fue en diciembre, la semana antes de Navidad, en un momento en que no había en la casa otro hombre que Jesús Fiebre, y él ya era viejo para ese entonces. Nadie sabe cómo empezó o terminó el fuego. Simplemente surgió de la nada, quemó el comedor, el salón de música, la biblioteca… y se extinguió. Nadie sabe nada.

—¿Y en ese jardín estaba la parte que se quemó? —preguntó Joel—. ¡Caray, debe de haber sido una casa enorme!

—Allí, junto a los sauces y varas de oro… allí estaba el salón de música, donde se hacían los bailes; de pocas personas, es cierto, porque había pocas aquí a quienes Angela Lee quisiera invitar… Y todos ellos están muertos ahora, los que venían a sus veladas. Tengo entendido que Mr. Casey falleció el año pasado, y él era el último.

Joel miró hacia abajo, el revoltillo verde, tratando de imaginarse el salón de música y los bailarines («Angela Lee tocaba el arpa —decía *Miss* Amy— y Mr. Casey el piano y Jesús Fiebre, aunque nunca estudió, el

violín; y Randolph el Mayor, cantaba. Tenía la más hermosa voz masculina del estado; todos lo decían.»), pero los sauces eran sauces, las varas de oro, varas de oro, y los bailarines estaban muertos y desaparecidos. El gato amarillo se escabulló por entre las lilas y se metió entre las altas hierbas, que lo ocultaron; y el jardín quedó silencioso, secreto y esmaltado.

Miss Amy suspiró mientras se retiraba hacia la sombra del cuarto.

—Tu valija está en la cocina —dijo—. Si quieres bajar podrás enterarte qué te ofrece Missouri en materia de alimentación.

Una lumbrera de vidrio esmerilado iluminaba el largo corredor del piso superior con esa especie de luz perlina que inunda un cuarto cuando llueve. Se podía ver que el empapelado había tenido otrora un color rojo sangre, pero ahora se había descolorido hasta convertirse en una pintura mural de ampollas de tono carmesí y de manchas parecidas a mapas. Con la de Joel había cuatro puertas en el corredor, impresionantes puertas de roble, con macizos picaportes de bronce. Y Joel se preguntó cuál de ellas, cuando la abriera, lo llevaría a su padre.

—*Miss* Amy —dijo mientras bajaban la escalera—, ¿dónde está mi papá? Es decir, ¿no podría verlo, por favor, señora?

Ella no contestó. Caminaba a unos pasos por debajo de él, con la mano enguantada deslizándose por la negra y curva balaustrada, y cada peldaño de la escalera ponía de relieve la delicadeza de sus pisadas. El mechón gris que serpenteaba en su cabello color ratón era como la luz de un relámpago.

—*Miss* Amy, en cuanto a mi padre…

¿Qué demonios le sucedía a ella? ¿Sería un poco sorda, como la prima Louise? La escalera descendía hasta la cámara circular que él recordaba de la noche anterior, y allí un espejo de cuerpo entero reflejó, azulada, su imagen. Era como los espejos cómicos de los parques de diversiones. Él se bamboleó, informe, en su contorsionada profundidad. Aparte de un cofre de cedro que sostenía un farol de querosén, la cámara estaba desierta y sin muebles. A la izquierda había una arcada y una amplia sala atestada bostezaba vagamente detrás. A la derecha pendía una cortina de terciopelo color espliego que relucía, en varios lugares rozados, con las luces del rocío helado sobre las hierbas, en invierno. Ella pasó por entre los pliegues apartados. Otro vestíbulo, otro corredor.

La cocina estaba vacía. Joel se sentó en una silla de asiento de cañas, ante una gran mesa cubierta de hule a cuadros, mientras *Miss* Amy salía a los escalones traseros, se detenía allí y llamaba:

—¡Oye, Missouri, oyeee! —como una lechuza vieja.

Un oxidado despertador, cara abajo sobre la mesa, marcaba su tictac, tictac. La cocina era de proporciones vastas, pero sombría, porque había una sola ventana, al otro lado de la cual las hojas peludas de una higuera se unían, oscuras. Las paredes de tablas tenían el oscuro tono gris azulado de un cielo nublado, y el fogón, una reliquia que quemaba madera y en el que ahora palpitaba un fuego, era negro y una chimenea negra salía de él y llegaba hasta el bajo cielo raso. Un gastado linóleo cubría el piso, como en la cocina de Ellen, pero eso era lo único que le recordaba a Joel el hogar.

Y entonces, sentado en la cocina silenciosa, solo, fue asaltado por una terrible idea: ¿Y si su padre ya lo hubiera visto? Es cierto, ¿no habría estado espiándolo desde que llegó?; ¿no estaría, en rigor, observándolo en este mismo momento? Era muy posible que una casa tan vieja como ésa estuviera acribillada de pasajes secretos y llena de retratos con ojos que no fuesen tales sino mirillas. Y su padre pensaría: este chico es un impostor. Mi hijo debe de ser más alto y más fuerte, más hermoso y de aspecto más listo. ¿Y si hubiera dicho a *Miss* Amy: «Dale algo de comer al pequeño falsario y hazlo irse»? Y, Señor de los Cielos, ¿adónde iría? A tierras extrañas, donde se establecería como organillero, con un monito vestido como una muñeca, o como un muchacho ciego, cantor callejero, o como un mendigo, vendiendo lápices.

—¡Maldición, Missouri! ¿Por qué no puedes aprender a no demorarte en un lugar más de cinco segundos?

—Tengo que cortar leña. ¿No tengo que cortarla?

—No te insolentes.

—No me insolento con nadie, *Miss* Amy.

—Si eso no es insolencia, ¿qué es, entonces?

—¡Puf!

Subieron los peldaños y pasaron por la puerta trasera, de tejido de alambre; *Miss* Amy, con el disgusto agriándole el rostro blanco, y una graciosa muchacha negra transportando una carga de leña que dejó caer en

un cajón, cerca de la estufa. Joel vio que la valija del comandante estaba embutida detrás de ese cajón.

Alisando los dedos de su guante de seda, *Miss* Amy dijo:

—Missouri es de Jesús Fiebre; es su nieta.

—Encantado de conocerla —dijo Joel con sus mejores modales de clase de danzas.

—Lo mismo digo yo —respondió la joven de color, atareada—. Bienvenido al Desembarcadero —y dejó caer una sartén.

—Si no somos más cuidadosas —dijo *Miss* Amy en un susurro de aparte teatral—, nos encontraremos en serias dificultades. Todo este ruido… A Randolph le dará un soponcio.

—A veces me canso tanto… —masculló Missouri.

—Es una buena cocinera… cuando está de talante para ello —explicó *Miss* Amy—. Se te cuidará. Pero no te hartes; los domingos cenamos temprano.

—¿Asistirá al Servicio, señora? —preguntó Missouri.

—Hoy no —respondió *Miss* Amy acongojada—. Está peor, mucho peor.

Missouri puso la sartén en el soporte y asintió, enterada. Luego, mirando rectamente a Joel:

—Contamos con usted, joven.

Era como el desesperante diálogo en código que, para beneficio y asombro de los extraños, se hablaba a menudo entre los miembros de los Secretos Nueve de la calle St. Deval.

—Missouri y Jesús tienen sus propias reuniones de oración los domingos por la tarde —explicó *Miss* Amy.

—Yo toco el acordeón y cantamos —dijo Missouri—. Es muy divertido.

Pero Joel, viendo que *Miss* Amy estaba a punto de salir, hizo caso omiso de la muchacha de color, porque había ciertos asuntos urgentes que quería dejar solucionados.

—En cuanto a mi padre…

—¿Sí? —*Miss* Amy se detuvo en la puerta.

Joel se sintió enmudecido.

—Bueno, me agradaría… verlo —terminó tímidamente.

Ella jugueteó con el tirador de la puerta.

—No se siente bien, ¿sabes? —repuso—. No creo aconsejable que te vea por ahora. Le resulta penoso hablar. —Hizo un gesto de impotencia—. Pero, si tú lo quieres, preguntaré.

Con una rebanada de pan de maíz, Joel dejó seco como un hueso el humeante plato de huevos fritos con sémola, nadando en abundante salsa de salchicha, que Missouri le había puesto delante.

—Por cierto que me causa placer ver a un muchacho gozar con su comida —dijo—. Sólo que no esperes repeticiones, porque tengo un dolor en la espalda que me va a matar. No dormí ni un bendito segundo ayer por la noche. Vengo sufriendo de este dolor, de tanto en tanto, desde muy chiquita, y he tomado suficientes medicinas como para poner a flote a toda la Armada de los Estados Unidos. De todos modos no me ha hecho nada de bien. Había una bruja que vivía un poco más abajo (Mrs. Gus Hulie), que solía hacerme un espléndido brebaje mágico; me mejoraba mucho. Pobre señora blanca, Mrs. Gus Hulie. Tuvo un terrible accidente. Se cayó en una antigua tumba india y estaba demasiado débil como para salir de ella. —Alta, potente, descalza, graciosa, silenciosa al caminar, Missouri Fiebre semejaba un elástico gato negro mientras se movía serenamente por la cocina; y el negligente fluir de su paso era bellamente sensual y altanero. Tenía ojos rasgados, más negros que el fogón lleno de hollín; sus cabellos erizados estaban de punta, como si hubiera visto un fantasma; sus labios eran gruesos y purpúreos. El largo de su cuello era algo que invitaba a la meditación, porque era casi un monstruo, una jirafa humana; y Joel recordó fotos, que en una ocasión recortó de las páginas dé una *National Geographic*, de curiosas damas africanas con innumerables argollas de plata alargando sus cuellos a alturas improbables. Aunque Missouri no usaba argollas de plata, naturalmente, llevaba sin embargo un pañuelo manchado de sudor, de pintas azules, enrollado en el centro de su elevado cuello—. Papabuelo y yo contamos contigo para nuestro Servicio —dijo después de llenar dos tazas de café y sentándose a la mesa, virilmente, a horcajadas de una silla—. Tenemos nuestro lugarcito, detrás del jardín, de modo que puedes ir más tarde y nos divertiremos a lo grande.

—Iré, si puedo. Pero, como éste es mi primer día, y además, lo más probable es que papá espere que en primer lugar lo visite… —dijo Joel, esperanzado.

Missouri vació su café en un platillo, lo sopló, volvió a echarlo en la taza, tomó un sorbo y chasqueó los labios.

—Éste es el día del Señor —anunció—. ¿Crees en Él? ¿Tienes fe en Su poder curativo?

—Voy a la iglesia —replicó Joel.

—No, no hablo de eso. Por ejemplo, cuando piensas en el Señor, ¿qué te pasa por la mente?

—¡Oh, cosas! —respondió, aunque, en verdad, cada vez que tenía ocasión de recordar que se suponía que un Dios, en el cielo, registraba todas sus acciones, una de las cosas en que pensaba era el dinero, las monedas de veinticinco centavos que le daba su madre por cada versículo de la Biblia que memorizaba, las monedas de diez centavos apartadas del cepillo de la Escuela Dominical y gastadas en la heladería de Gabaldoni, la tintineante lluvia de monedas cuando los cajeros de la iglesia pedían contribuciones entre la congregación. Pero a Joel no le gustaba mucho Dios, porque Él lo había traicionado muchas veces—. Nada más que cosas, como decir mis oraciones.

—Cuando yo pienso en Él, pienso en lo que haré cuando mi papabuelo se vaya —dijo Missouri, y se enjuagó la boca con un gran trago de café—. Bueno, tenderé las alas y volaré a alguna hermosa ciudad del norte, como Washington, D. C.

—¿No eres feliz aquí?

—Querido, hay cosas que no puedes entender porque eres demasiado joven.

—Tengo trece años —declaró él—. Y te sorprenderías si te enteraras de lo que sé.

—Vamos, chico, el país está lleno de gente que lo sabe todo y no entiende nada; lleno… —replicó, y comenzó a hurgarse los dientes de arriba. Tenía un llamativo diente de oro, y a Joel se le ocurrió que el hurgoneo estaba destinado a atraer su atención hacia el mismo—. Pues bien; uno de los motivos es que me siento muy sola. Siempre digo que no es

posible darse una idea de lo que es la soledad hasta que se ha pasado un tiempo en el Desembarcadero. Y no hay ningún hombre por aquí en quien yo tenga interés, al menos no los hay por ahora. En una época estaba ese sucio gallinazo llamado Keg, pero me hizo una mala pasada y fue a dar con los huesos en la cuadrilla de trabajos forzados, cosa que viene a ser una justicia demasiado blanda si se tiene en cuenta la clase de tipo bajo y mezquino que él era. Yo tenía apenas catorce años cuando él me hizo esa maldad. —Un racimo de moscas, del tamaño de un puño, que revoloteaban sobre un azucarero, se dispersó hacia todos lados cuando ella agitó una mano airada—. Sí, señor; Keg Brown, así se hacía llamar. —Con la yema de un dedo se lustró el diente de oro para hacerle adquirir mayor brillo, mientras sus ojos rasgados escudriñaban a Joel. Esos ojos eran como uvas silvestres, o como dos discos de porcelana negra, y miraban inteligentemente desde sus ranuras almendradas—. Tengo un ansia de vivir en una ciudad, que me está envenenando la sangre, porque fui criada en St. Louis hasta que papabuelo me trajo aquí para cuidarlo en sus últimos días. Papabuelo tenía entonces más de noventa años, y dicen que no va a durar mucho en este mundo, de modo que me vine. Eso fue hace trece años, y ahora me parece que papabuelo le va a ganar en edad a Matusalén. No pienses mal; quiero mucho a papabuelo, pero cuando él muera puedes estar seguro de que me iré a Washington, D. C., o Boston, Connecticut. Y eso es lo que pienso cuando pienso en Dios.

—¿Por qué no a Nueva Orleáns? —inquirió Joel—. En Nueva Orleáns hay toda clase de individuos bien parecidos.

—Oh, no me interesa Nueva Orleáns. No se trata solamente de los hombres, querido. Quiero estar donde haya nieve y no todo este sol. Quiero caminar con la nieve hasta la cintura. Quiero verla caer del cielo en grandes copos. ¡Oh, hermoso… hermoso! ¿Alguna vez viste nieve?

Casi sin aliento, Joel mintió y afirmó que, efectivamente, la había visto. Era un engaño perdonable, porque tenía un gran anhelo de ver la verdadera nieve. Aparte de entrar en posesión del diamante Koh-i-noor, ése era su último deseo secreto. A veces, en las chatas tardes aburridas, se sentaba en la orilla de la acera de la calle St. Deval y, en sus ensueños, veía silenciosas nubes nacaradas filtrándose fríamente por entre las ramas de los árboles

secos, polvorientos. Nieve cayendo en agosto y plateando el pavimento vidrioso; los copos fantasmales helándole el cabello cubriendo los tejados, convirtiendo el sucio y viejo vecindario en un callado, gélido y blanco erial, desierto, sólo habitado por él mismo y una colección de fieras sorprendentes: antílopes albinos y pinzones de pecho marfileño. Y en ocasiones había seres humanos, gente tan fantástica como Mr. Misterio, el hipnotizador de teatros de variedades, y Lucky Rogers, la estrella cinematográfica, y *Madame* Verónica, que adivinaba la suerte en el salón de té del Vieux Carré.

—La nieve la vi una tempestuosa noche, en Canadá —dijo, aunque nunca había pisado más al norte de Richmond, Virginia—. Estábamos perdidos en las montañas, mi madre y yo, y nieve, toneladas de nieve, caían en torno de nosotros. Y vivimos en una cueva helada durante toda una semana y nos cacheteábamos para mantenernos despiertos. Si te duermes en la nieve, lo más probable es que no vuelvas a ver la luz del día.

—¿Y entonces qué ocurrió? —preguntó Missouri, mientras la incredulidad le entrecerraba repentinamente los ojos.

—Bueno, las cosas fueron empeorando. Mamá lloró y las lágrimas se le helaban en la cara como balas BB, y siempre tenía frío. —Nada podía calentarla, ni las buenas mantas de lana, ni las jarras de ponche caliente que Ellen le preparaba—. Todas las noches los lobos hambrientos aullaban en las montañas; y yo rezaba… —Había rezado en la oscuridad del garaje y en el lavatorio de la escuela y en la primera fila del Cine Nemo, mientras en la pantalla mágica el combate entre pandilleros pasaba inadvertido para él—. La nieve seguía cayendo y monstruosos aludes bloqueaban la entrada de la caverna, pero… éste… —Atascado. Era el fin del episodio del sábado de la película en serie, que deja al héroe encerrado en una cámara que se va llenando lentamente de gas.

—¿Y?

—Y un hombre de chaquetilla roja, de la Montada del Canadá, nos salvó… Es decir, a mí solamente. Mamá ya se había muerto de frío.

Missouri lo acusó con considerable disgusto.

—Un gran embuste.

—En serio, te lo juro —y se hizo una cruz sobre el corazón.

—¡Ahá! Tu mamá murió en su lecho de enferma. Así lo dijo Mr. Randolph.

En cierto modo, mientras inventaba el cuento, Joel había creído cada una de sus palabras: la caverna, los lobos aulladores… Todo eso le pareció más real que Missouri y su largo cuello, o que *Miss* Amy, o que la sombría cocina.

—¿No es cierto que no le contarás a nadie, Missouri, que soy un embustero?

Ella le palmeó suavemente el brazo.

—Es claro que no, querido. Ahora que lo pienso, ojalá tuviera una moneda por cada mentira que conté. Además, tú las cuentas bien, como a mí me gusta escucharlas. Nos entenderemos a la perfección. Yo tengo apenas ocho años más que tú, y tú has ido a la escuela. —Su voz, como chocolate derretido, era cálida y tierna—. Seamos amigos.

—Muy bien —dijo Joel, brindando con su taza de café—, amigos.

—Y algo más: llámame Zoo. Zoo es mi verdadero nombre y siempre me llamaron por él, hasta que papabuelo permitió que lo consideraran una abreviatura de Missouri, que es el estado donde está ubicada la ciudad de St. Louis. Ellos. *Miss* Amy y *Mr*. Randolph, son tan correctos… Missouri esto y Missouri lo otro, hoy y mañana y todos los días. ¡Bah! Tú llámame Zoo.

Joel vio una oportunidad.

—¿Mi padre también te llama Zoo?

Ella hundió la mano en la blusa de su vestido de guinga y extrajo una cajita de plata. La abrió, tomó una pulgarada de rapé y la sorbió con las anchas fosas nasales.

—Happy Dip, la mejor marca.

—¿Está muy enfermo… Mr. Sansom? —insistió Joel.

—Toma una pulgarada —ofreció ella tendiéndole la cajita.

Y él aceptó, deseoso de no ofenderla. El polvo color jengibre tenía un gusto quemante, despreciable, como pimienta del diablo. Estornudó y se cubrió el rostro con las manos, avergonzado, cuando las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¿Estás riéndote o llorando, chico?

—Llorando —gimoteó él, y eso se acercaba mucho a la verdad—. Todos en la casa son sordos como tapias.

—Yo no soy sorda, querido —respondió Zoo, con acento sinceramente preocupado—. Tengo dolor de espalda y retortijones de estómago, pero no soy sorda.

—Y entonces, ¿por qué todos se portan de modo tan extraño? Caramba, cada vez que menciono a Mr. Sansom uno creería que… creería que… Y en el pueblo… —Se frotó los ojos y atisbo a Zoo—. Como ahora, cuando pregunté si estaba realmente enfermo…

Zoo lanzó una mirada preocupada hacia la ventana, donde las hojas de la higuera se apretaban contra el vidrio como verdes orejas fisgonas.

—*Miss* Amy ya te ha dicho que no es el hombre más sano del mundo.

Las moscas retornaron zumbando al azucarero, y el tictac del reloj de funcionamiento deficiente resonaba con fuerza.

—¿Se morirá? —quiso saber Joel.

El frotar de una silla contra el suelo. Zoo estaba de pie y lavaba cacerolas en una tina, con agua sacada de un cubo de pozo.

—Nosotros somos amigos, eso está bien —respondió, hablando por sobre el hombro—. Pero no me preguntes nunca nada acerca de Mr. Sansom. *Miss* Amy es quien lo cuida. Pregúntale a ella. Pregúntale a Mr. Randolph. Yo no tengo nada que ver con él. Ni siquiera le preparo la comida. Yo y papabuelo tenemos nuestros propios problemas.

Joel cerró con un chasquido la cajita de rapé y la hizo girar entre sus manos, examinando el extraordinario diseño. Era redonda, y la plata estaba labrada en forma de caparazón de tortuga. Una mariposa verdadera, colocada bajo una película de cristal de calcio, hacía de tapa. Las alas de la mariposa tenían el luminoso tono anaranjado, vaporoso, de una luna llena. Una cajita tan elegante, razonó él, no estuvo nunca destinada a contener rapé ordinario, sino raros polvos dorados, preciosos bebedizos mágicos, arenas de amor.

—Sí, señor, tenemos nuestros propios problemas.

—Zoo, ¿de dónde sacaste esto?

Ella estaba arrodillada en el piso, maldiciendo en voz baja mientras sacaba cenizas de la estufa, con una pala. La luz del fuego onduló sobre su

cara negra y bailoteó con reflejos amarillos en sus ojos, que ahora se movían de costado, interrogando.

—¿Mi cajita? —preguntó—. Mr. Randolph me la dio una Navidad, hace mucho tiempo. La hizo él mismo. Hace muchas chucherías hermosas de ese estilo.

Joel estudió la cajita con respeto temeroso. Habría jurado que era comprada en una tienda. Con disgusto recordó sus propios intentos de hacer regalos fabricados por él mismo: soportes para corbatas, sacos para herramientas… Eran lastimosos en comparación. Se consoló con el pensamiento de que el primo Randolph debía de ser mayor de lo que suponía.

—Solía usarlo para guardar colorete para las mejillas —dijo Zoo, avanzando para recuperar su tesoro. Tomó otro poco de rapé antes de volver a depositar la cajita en su escondite—. Pero como ya no voy más a Ciudad Mediodía (hace ya dos años que no voy), pensé que serviría para conservar seco mi Happy Dip. Además, es inútil pintarse si no hay cerca hombres en los cuales una dama esté interesada… que no los hay. —Una maligna expresión le arrugó el rostro, mientras contemplaba las manchas de sol que moteaban el linóleo—. Ese Keg Brown, el que está en la cuadrilla de trabajos forzados por el daño que me hizo… Espero que en este momento lo tengan al sol, manejando un pico de cuarenta kilos. —Y, como si le doliera, se tocó levemente el cuello.—

Bueno —suspiró—, supongo que será mejor que vaya a atender a papabuelo. Le llevaré un poco de hogazas de maíz y melaza. Debe de estar muerto de hambre.

Joel miró con apatía mientras ella rompía un pan frío de maíz y vertía un jarro de conservas semi lleno de melaza espesa.

—¿Por qué no te haces una honda y sales a cazar pájaros? —sugirió ella.

—Probablemente papá querrá verme dentro de un minuto —le dijo él—. *Miss* Amy dijo que iría a ver, de modo que creo que será mejor que me quede por aquí.

—A Mr. Randolph le agradan los pájaros muertos, los de plumas bonitas. No te servirá de nada quedarte metido en esta cocina oscura. —Sus

pies desnudos no produjeron ningún ruido mientras salía—. Ven al Servicio, ¿me oyes?

El fuego se había convertido en cenizas y, mientras el viejo reloj marcaba su tictac como un corazón inválido, las manchas de sol del piso se extendieron y se oscurecieron. Las sombras de las hojas de higueras que enrejaban las paredes se hincharon hasta cobrar una enorme forma estremecida, como la carne cristalina de una medusa. Las moscas se deslizaban sobre la mesa frotándose incansablemente sus patas peludas, zumbando y cantando en los oídos de Joel. Cuando, dos horas más tarde, dos horas que parecían cinco, levantó el reloj para ver su cascado cuadrante, el mecanismo dejó de funcionar inmediatamente y toda sensación de vida desapareció de la cocina. Sus manecillas dobladas marcaban las tres y veinte. Las tres, la hora vacía de mitad de una tarde interminable. Ella no venía. Joel se rastrilló el cabello con los dedos. Ella no venía, y todo era alguna jugarreta alocada.

La pierna se le había entumecido de dejarla durante tanto tiempo en una posición y le cosquilleó, exangüe, cuando se puso de pie y salió cojeando de la cocina y llegó al vestíbulo, llamando quejumbrosamente:

—¡*Miss* Amy! ¡*Miss* Amy!

Apartó las cortinas color espliego, haciéndolas sisear, y entró en la desnuda luz que llenaba la cámara desierta, reluciente; se dirigió hacia su imagen, que flotaba en el espejo de superficie acuosa. Su rostro reflejado, informe, tenía labios anchos y un solo ojo, como si fuese una efigie de cera ablandada por el calor. Los labios eran una línea tenue, los ojos una burbuja de expresión furiosa.

—*Miss* Amy… ¡Alguien…!

En alguna parte de un manual escolar de Joel había una declaración en el sentido de que la tierra fue en una época, probablemente, una esfera al rojo-blanco, como el sol. Ahora, de pie en el jardín requemado, la recordó. Había llegado al jardín siguiendo una vereda que daba la vuelta por el frente de la casa y atravesando la muralla de árboles entrelazados. Y allí, en la exuberante confusión, había algunas plantas más altas que su cabeza, y otras de espinas filosas como navajas. Quebradizas hojas, enroscadas por el

sol, crujían bajo sus cautelosas pisadas. Las secas malezas enmarañadas le llegaban hasta la cintura. Los sofocantes olores del verano, de las dulces cizañas y de la negra tierra, resultaban pesados. Y el picante chirrido de los abejorros hería el silencio. Casi no podía levantar la mirada, porque el cielo era un puro fuego azul. La pared de la casa, elevándose por sobre el jardín, era como un gran risco amarillo, y retazos de enredadera de Virginia enmarcaban de verde las ocho ventanas que daban hacia ese lado.

Joel caminó pesadamente por entre las duras malezas hasta que llegó junto a la casa. Estaba aburrido, y pensaba que quizá podría jugar a la Extorsión, una especie de juego de espionaje con el que los miembros de los Secretos Nueve pasaban el tiempo cuando no tenían absolutamente nada que hacer. El juego de la Extorsión se practicaba en Nueva Orleáns después de la puesta del sol, tanto más cuanto que la luz del día sería fatal para un jugador. La idea consistía en aproximarse a una casa extraña y fisgonear, oculto, en sus ventanas.

En esas peligrosas patrullas nocturnas Joel había presenciado muchos espectáculos peculiares, como la noche que vio a una muchacha bailando, completamente desnuda, con el acompañamiento de la música de una victrola. Y otra vez vio a una anciana que caía muerta en el preciso instante en que soplaba sobre un bosque de velitas que ardían en una torta de cumpleaños. Y, lo más intrigante de todo, dos hombres mayores, de pie en un feo cuartito, besándose.

La sala de Desembarcadero de Skully tenía el largo de toda la planta baja. Cortinados dorados, atados con borlas de raso, oscurecían la mayor parte de su umbrío y desierto interior. Pero Joel, con la nariz aplastada contra un vidrio, pudo distinguir un grupo de pesadas sillas agrupadas como viudas obesas en torno de una masita de té. Una otomana dorada, de terciopelo lila, un sofá Imperio, junto a un hogar de mármol, y una vitrina —entre tres, las otras dos indiscernibles—, resplandeciente de estatuillas de porcelana, abanicos de marfil y antigüedades. Sobre una mesa, justamente enfrente de Joel, había una pagoda japonesa y un ornamentado farol de pastor, con prismas de candelabro pendiendo, como carámbanos enjoyados, de su globo color geranio.

Se escurrió de la ventana y cruzó el jardín hasta la sombra sesgada de un sauce. El relumbrón diamantino de la tarde le lastimaba los ojos y tenía todo el cuerpo resbaladizo de sudor, como un luchador engrasado. Un gallo cantó más allá y fue para el chico el mismo sonido triste, angustiado, del silbato de un tren gimiendo en la alta noche. Un tren. Deseó estar a bordo de uno que se dirigiera a algún lugar muy lejano de allí. ¡Si consiguiera ver a su padre! *Miss* Amy era una malvada perra vieja. Las madrastras siempre lo eran. Bueno, que intentara ponerle una mano encima. ¡Se desprendería de ella en un santiamén, por Dios! Él era muy valiente. ¿Quién fue el que le dio una soberana tunda a Sammy Silverstein, una paliza de la que en octubre próximo se cumpliría un año? Pero, caray, Sammy era un buen muchacho, más o menos. Y se preguntó qué travesuras estaría haciendo Sammy en ese mismo momento. Probablemente estaría en el cine Nemo, rellenándose la panza de rosetas de maíz; seguramente podría encontrárselo allí, porque ese día, por la tarde, pasarían esa película de misterio en que un hombre de ciencia demente convierte a Lucky Rogers en un gorila asesino. ¡Y él justamente tenía que perderse esa película de entre todas! ¡Infierno! ¿Y si de pronto se le ocurría salir corriendo por la carretera? Quizá sería divertido tener un organillo y un mono. Y siempre estaba el negocio de atender el mostrador de un comercio de helados. Cualquiera que gustara tanto de los helados como él podía servir uno. ¡Infierno!

«Ra-ta-ta-ta» hizo su ametralladora, mientras se lanzaba hacia las cinco columnas de la galería rota. Y entonces, a mitad de camino, entre las columnas y un macizo de varas de oro, descubrió la campana. Era como esas que se usaban en la época de la esclavitud para llamar a los peones del trabajo. El metal se había convertido en un verde mohoso y la plataforma en que descansaba estaba podrida. Fascinado, Joel se acuclilló al estilo indio y metió la cabeza debajo de la boca de la campana. El plumón de arrugadas telas de araña pendía por todas partes y un delicado lagarto verde, que corría líquidamente dentro del oxidado hueco, giró, sacó la lengua y clavó las puntas de alfileres de sus ojos en Joel, quien se retiró con desordenada prisa.

Poniéndose de pie, miró hacia la pared amarilla de la casa y se preguntó cuáles de las ventanas del piso de arriba le pertenecerían a él, a su padre, al

primo Randolph. Fue en este momento cuando vio a la extraña dama. Tenía apartadas las cortinas de la ventana del ángulo izquierdo y le sonreía y le hacía señales de cabeza, como si lo saludara o aprobara. Pero Joel no la conocía. La brumosa sustancia de su rostro, las vagas facciones de malvavisco le recordaron su propia imagen vaporosa, reflejada en el ondulado espejo de la cámara. Y el cabello blanco de la mujer era como la peluca de un personaje salido de la historia. Fuera quien fuese, y Joel no podía imaginar quién sería, su súbita aparición pareció poner al jardín en arrobamiento. Una mariposa, posada sobre el tallo de una dalia, dejó de guiñar sus alas y la estridente F de los abejorros bordoneó y se apagó.

Cuando la cortina se cerró bruscamente y la ventana quedó nuevamente vacía, Joel, despertando, dio un paso hacia atrás y tropezó contra la campana. Una ronca nota cascada resonó, quebrando el caluroso silencio.

3

—¡Eh, Señor! —GOLPE CON EL PIE—. ¡Eh, Señor! —GOLPE CON EL PIE—. No queremos cabalgar junto al diablo… ¡queremos cabalgar junto a Ti!

Zoo exprimía la música de un acordeón como de juguete y golpeaba con sus pies planos sobre el resquebrajado piso de la galería de la cabaña.

—Oh, el diablo ha llorado, el diablo ha gimoteado, porque me echará de menos en mi última cabalgata solitaria. —Un grito prolongado. La corona de oro brilló en el aterrador volcán de su boca y el pequeño acordeón comprado por correo, cerrado, abierto, era como un pulmón de papel plegado y nácar—. Me echará de menos…

Durante un tiempo el pájaro de la lluvia había chillado su fresca promesa desde su escondrijo, un saúco, y el sol estaba encerrado en una tumba de nubes, nubes tropicales que avanzaban por el cielo bajo, acumulándose para formar una gigantesca montaña gris.

Jesús Fiebre estaba sentado, rodeado por un montículo de hermosos cojines forrados de retazos de colchas, en una mecedora construida con viejas duelas de barril. Su reverente voz de falsete temblaba como una nota quebrada de ocarina; de tanto en tanto levantaba las manos para dar un débil golpe silencioso.

—¡… en mi cabalgata!

Encaramado sobre un raigón cubierto de hongos que crecía al mismo nivel que el piso de la galería, Joel alternaba su interés entre las pataletas de Zoo y el tiempo cambiante. El instante de violencia petrificada que a veces anuncia una tormenta estival saturaba el patio sumido en el silencio; y, a la ultraterrena luz lentejuelera, varios cubos oxidados, con helechos colgantes, que estaban suspendidos de la galería como farolillos de fiesta, aparecían

iluminados por una leve llama verde interior. Una brisa húmeda, jugueteando en los troncos de los laureles, traía el fresco aroma, mezcla de lluvia, de pino y de flores de junio floreciendo en campos lejanos. La puerta de la cabaña se abrió, se cerró de un golpe y después se oyó el repiqueteo apagado de los postigos del Desembarcadero, que eran cerrados.

Zoo amasó un llamativo acorde final y dejó a un lado el acordeón. Se había barnizado con brillantina el cabello erizado y cambiado el pañuelo de pintas por una deshilachada cinta roja. Hilos de distintos colores le cruzaban el vestido blanco, en remiendos, en una docena de lugares, y se había enjoyado las orejas con un par de aretes de piedra de pasta.

—Si tienes sed y no hay agua, REZA al Señor, reza y reza. —Extendiendo los brazos, en equilibrio, como un volatinero, salió al patio y se pavoneó en torno del tocón de Joel—. Si tienes un amor, y el amor se ha ido, REZA al Señor, reza y reza.

En lo alto, en torres de acederaques, el viento se movía veloz como un río y las hojas, frenéticas, cogidas por la correntada, espumajeaban como marea en las playas del cielo. Y poco a poco la tierra fue pareciendo sumergida en una honda agua negra. Los helechos ondulaban como plantas submarinas, la cabaña se erguía, misteriosa como el casco de un galeón hundido, y Zoo, con su gracia fluida, insinuante, sólo podía ser —pensó Joel— la sirena-novia de un viejo pirata ahogado.

—Si tienes hambre, y no hay comida, REZA al Señor, reza y reza.

Un gato amarillo saltó a través del patio y se trepó ágilmente al regazo de Jesús Fiebre. Era el gato que Joel había visto vagando junto a la lila del jardín. Subiéndose al hombro del anciano, se frotó la carita astuta junto a la arrugada mejilla, en tanto que sus leonados ojos asombrados miraban, llameantes, a Joel. Ronroneó cuando el negrito le acarició el vientre rayado. Despojado de su sombrero hongo, el cráneo de Jesús Fiebre, aparte de unos escasos mechones de lanas comidas por la polilla, era como una bola de metal bruñido. Un traje negro, del doble de su tamaño, se abolsaba ruinosamente sobre su delicado esqueleto. Usaba, además, minúsculos botines con botones, de cuero anaranjado. El espíritu del servicio religioso lo animaba poderosamente y, de tanto en tanto, se trompeteaba la nariz con los dedos, lanzando el líquido hacia los helechos. La rítmica cadena de las

frases semicantadas, semigritadas de Zoo se elevaba y caía como sus pies, y sus aretes, bamboleándose con el movimiento de su cabeza, lanzaban chispas.

—¡Escúchanos, oh, Señor, cuando rezamos; ten la bondad de escuchar lo que tenemos que decirte…!

Un relámpago silencioso zigzagueó a kilómetros de distancia, y luego otro, esta vez un dragón de blancura restallante, ya no tan lejano, seguido de un trueno que reptaba. Un gallito pigmeo corrió hacia la seguridad del cobertizo de un pozo y la sombra triangular de una bandada de cuervos cortó el cielo.

—Tengo frío —se quejó Jesús, enojadizo—. La pierna está toda hinchada de lluvia. Tengo frío…

El gato se acurrucó en su regazo, con la cabeza colgando sobre la rodilla del anciano como una dalia marchita.

El centelleo del diente de oro de Zoo, que se apagaba y se encendía, hizo que de pronto el corazón de Joel fuese como una roca que le golpeara el pecho, porque le recordaba cierto parpadeante letrero de neón: *Estab. Funeral R. R. Oliver*. Oscuridad. *Estab. Funeral R. R. Oliver*. «Francamente sucio, pero no cobran precios exagerados», había dicho Ellen, de pie ante el escaparate, donde un abanico de gladiolos se ruborizaba, lívido, bajo las letras eléctricas que anunciaban un descanso barato pero decente en la ruta que llevaba al reino y a la gloria. Entonces, una vez más, él cerró la puerta y arrojó la llave. Se tramaba una conspiración, incluso su padre tenía un resentimiento contra él, incluso Dios. En algún momento, no sabía cuándo, se le había jugado una mala pasada. Pero no sabía a qué o a quién culpar. Se sentía separado, sin identidad, un chico de piedra montado sobre el raigón podrido. No había conexión alguna que lo ligara con la cascada de hojas de saúco que caían al suelo ni con la empinada e intrincada techumbre del Desembarcadero, que se erguía más allá.

—Tengo frío. Quiero acostarme en la cama y envolverme. Habrá tormenta.

—Cállate la boca, papabuelo.

Y en ese momento ocurrió una cosa insólita. Como si siguiera las indicaciones del mapa de algún tesoro, Zoo dio tres pasos medidos hacia un deslucido arbolillo de rosas y, mirando al cielo con ceño, se quitó la cinta roja que le ceñía el cuello. Una cicatriz angosta le circuía el cuello como una cinta de alambre púrpura. Se pasó levemente un dedo por ella.

—Cuando le llegue el momento de morir a Keg Brown, Señor, mándalo en la repugnante forma de un sabueso, de un viejo sabueso con quien nadie quiere jugar, de un sabueso encantado.

Fue como si un halcón bestial hubiera caído sobre Joel para arrancarle los párpados, obligándolo a clavar los ojos en la garganta de la joven. Zoo. Quizás ella era como él y el mundo también tenía un resentimiento contra ella. Pero ¡por Dios!, él no quería terminar con una cicatriz como ésa. Pero ¿qué probabilidades tiene uno, cuando siempre hay estratagemas por un lado y peligro por el otro? Ninguna. Absolutamente ninguna.

Un ramalazo de frío le recorrió la columna vertebral. El trueno rugió arriba. La tierra se estremeció. Se levantó de un salto y corrió hacia la casa, con los faldones sueltos de la camisa flotando detrás. Corre, corre, corre, le decía su corazón… Y, ¡plaf!, cayó de bruces en un grupo de espinos. Éste era un accidente caprichoso. Había visto los espinos, se dio cuenta de que eran un obstáculo, y, sin embargo, como deliberadamente, se había arrojado sobre ellos. Pero los quemantes arañazos parecieron limpiarlo de confusión y desdicha, tal como en los cultos fanáticos se cree que el demonio es expulsado del alma por medio del dolor voluntariamente sufrido. Advirtiendo la tierna preocupación que se pintaba en el rostro de Zoo mientras ésta lo ayudaba a ponerse de pie, se sintió como un tonto. Ella, en fin de cuentas, era su amiga y no había necesidad de sentir miedo.

—Vamos, chiquillo malo —dijo ella bondadosamente, arrancándole espinas de los pantalones—, ¿por qué te portas de ese modo tan feo? Me ofendes, me ofendes a mí y hieres los sentimientos de papabuelo.

Lo tomó de la mano y lo condujo a la galería.

—¡Ji, ji, ji! —cacareó Jesús—. Si yo me caigo de ese modo, me reviento todos los huesos.

Zoo tomó su acordeón y, reclinándose contra un poste de la galería, entonó de pronto, con descuidado esfuerzo, una melodía vacilante,

discordante. Y su abuelo, con el sonsonete quejumbroso de un chiquillo desilusionado, reiteró sus quejas: estaba a punto de perecer de frío, pero ¿qué importaba? ¿A quién le interesaba un comino que viviera o muriera? ¿Y por qué, ya que él había cumplido con su deber dominical, no lo acostaba Zoo en su abrigada cama, lo envolvía y lo dejaba en paz? ¡Oh, había gente cruel en este mundo, y costumbres inhumanas!

—Cállate e inclina esa cabeza, papabuelo —ordenó Zoo—. Terminaremos esta reunión como se debe.

Vamos a decirle a Él nuestras oraciones. Joel, querido, inclina esa cabeza.

El trío de la galería estaba compuesto de figuras de un grabado en madera: el anciano en su trono de espléndidos almohadones, un animalito amarillo descansando en su regazo y contemplando gravemente, en la luz sofocante, al pequeño sirviente de cabeza humillada, a sus pies; y los brazos de la hija negra, como flechas, levantados sobre ellos, como en una bendición.

Pero no había una oración en la mente de Joel. Más bien había algo que no podía ser capturado por una red de palabras, porque, con una sola excepción, todas sus oraciones del pasado fueron simples pedidos concretos: Dios, dame una bicicleta, un cortaplumas con siete hojas, una caja de pinturas al óleo. Pero cómo, cómo podía uno decir algo tan indefinido, tan carente de significado como esto: Dios, permite que me amen.

—Amén —susurró Zoo.

Y en ese momento, como una veloz inspiración de aire, llegó la lluvia.

4

—¿No podemos ser un poco más específicos? —dijo Randolph, escanciando lánguidamente una copa de jerez—. ¿Era gorda, alta, delgada?

—No pude darme cuenta —respondió Joel.

Afuera, en la noche, la lluvia lavaba el techo con apretados sonidos sesgados, pero adentro las lámparas de querosene tejían redes de luz suave hasta en el rincón más oscuro y la ventana de la cocina reflejaba la escena como un espejo dorado. Hasta ese momento la primera cena de Joel en el Desembarcadero había transcurrido bastante bien. Se sentía relativamente a sus anchas con Randolph, quien, en cada laguna de la conversación, presentaba tópicos que podían interesar y halagar a un chico de trece años. Joel se sorprendió disertando maravillosamente (así le pareció) acerca de temas tales como: «¿Hay Seres Humanos en Marte?», «¿Cómo te Parece que los Egipcios Momificaban a la Gente?», «¿Todavía hay Cazadores de Cabezas?», y otros de carácter polémico. Se debió en cierto modo a una dosis excesiva de jerez (que le desagradaba, pero que bebió acicateado por la esperanza de emborracharse de veras… ¡Y entonces sí que tendría algo que escribirle a Sammy Silverstein!), el que Joel mencionara a la Dama.

—El calor —dijo Randolph—. La exposición de la cabeza desnuda al sol provoca a veces alucinaciones inofensivas. Caramba, ya lo creo. En una ocasión, hace varios años, mientras tomaba aire en el jardín, me pareció ver con toda claridad que un girasol se transformaba en el rostro de un hombre, el rostro de un pequeño pugilista que yo admiré en una época, un mexicano llamado Pepe Álvarez. —Se acarició reflexivamente la barbilla y frunció la nariz, como para expresar que ese nombre tenía para él recuerdos especiales —. Experiencia trastornante; me causó tanta impresión que corté la flor y la

prensé en un libro… pero esto no hace al caso. Fue el sol, de eso estoy seguro. Amy, queridísima, ¿qué opinas tú?

Amy, que cavilaba contemplando su comida, levantó la mirada, un tanto sobresaltada.

—No tengo ganas de más, gracias —repuso.

Randolph frunció el entrecejo con un expresivo gesto de enojo fingido.

—Como de costumbre estás lejos, recogiendo la florecilla azul del olvido.

El rostro estrecho de ella se dulcificó de placer.

—Demonio de lengua de plata —dijo, mientras una adoración franca le iluminaba los penetrantes ojillos, tornándolos, por un instante, casi hermosos.

—Comencemos entonces por el comienzo —prosiguió él, y eructó—. *Excusez-moi, s'il vous plait*. Guisantes de pintas negras, ¿verdad?; sumamente indigestos. —Se palmeó los labios—. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí…! Joel se niega a dejarse convencer de que no tenemos fantasmas en el Desembarcadero.

—No es eso lo que dije —protestó Joel.

—Algo de la cháchara de Missouri —fue la serena opinión de Amy—. Esa chica es un vivero de locas ideas de negros. ¿Recuerdas cuando les retorció el cuello a todos los pollos que teníamos? Oh, no es gracioso, no te rías. A veces me pregunto qué sucedería si se le ocurriera que el alma de él se aloja en alguno de nosotros.

—¿Keg? —preguntó Joel—. ¿Se refiere al alma de Keg?

—¡No me digas! —exclamó Randolph, y lanzó una risita ahogada, con los modales pulcros y contenidos de una solterona—. ¿Ya?

—No me pareció nada cómico —dijo Joel, resentido—. Él le hizo algo malo.

—Lo que pasa es que Randolph está tratando de arruinar una reputación —explicó Amy.

—Me calumnias, ángel.

—No fue cómico —repitió Joel.

Entrecerrando un ojo, Randolph estudió los rayos de luz ambarina que giraban alrededor del jerez, mientras levantaba y movía circularmente la

copa.

—No es cómico, caramba, no. Pero la historia tiene cierto interés grotesco. ¿Te agradaría escucharla?

—¡Cuán innecesario! —dijo Amy—. El chico ya es bastante enfermizo.

—Todos los niños son enfermizos; es la única gracia salvadora que tienen —afirmó Randolph, y continuó—: Esto ocurrió hace ya más de una década, en un noviembre frío, muy frío. En ese entonces trabajaba para mí un robusto joven negro, espléndidamente proporcionado, con una piel del color de la miel de pantano. —Desde el comienzo una curiosa cualidad de la voz de Randolph preocupaba a Joel, pero sólo en ese momento pudo darse cuenta de qué se trataba. Randolph hablaba sin acento alguno; su cansada voz estaba libre de defectos regionales, pero teñida de una corriente emocional subyacente, de una cáustica carcajada de sarcasmo que le confería una personalidad más bien enfática—. Pero era un poco estúpido. Los estúpidos, los neuróticos, los criminales, y quizá también los artistas, tienen en común la imprevisibilidad y la inocencia pervertida. —Su expresión se tornó afectadamente remota, como si, habiendo hecho una observación que creía superior, debiera interrumpirse para escucharla, admirado, mientras repercutía todavía en su cabeza—. Comparémoslos con un cofre chinesco, de ésos, recuerdas, que tienen adentro una segunda caja, y otra y otra y otra más, hasta que finalmente llegas a la última… tocas el cerrojo, la tapa se abre y revela… ¿qué tesoro oculto?

Sonrió descoloridamente y probó el jerez. Luego, del bolsillo del pecho de la casaca del pijama de seda color melcocha que llevaba, extrajo un cigarrillo y encendió un fósforo. El cigarrillo tenía un extraño olor medicinal, como si el tabaco hubiera sido humedecido durante mucho tiempo con el jugo de hierbas ácidas. Era el olor que identifica a una casa en la que reina el asma. Mientras fruncía los labios para lanzar un anillo de humo, el diseño de su cara entalcada fue repentinamente completo: ahora parecía compuesta únicamente de círculos. Aunque no era gorda, era redonda como una moneda, lisa e imberbe; dos discos de tosco color rosado le coloreaban las mejillas y su nariz tenía un aspecto quebrado, como si alguna vez hubiera sido golpeada por un fuerte puño airado. Ensortijado, intensamente rubio, el hermoso cabello le caía sobre la frente en infantiles

rizos amarillos. Y sus ojos femeninos, apartados, eran como canicas azul-cielo.

—De modo que se enamoraron, Keg y Missouri, y celebramos la boda aquí, la novia toda vestida con encajes de la familia…

—Hermosa como cualquier muchacha blanca, te lo aseguro —dijo Amy —. Bonita como un cuadro.

—Pero si él estaba loco… —comenzó Joel.

—Ella nunca fue buena para los razonamientos —suspiró Randolph—. Sólo tenía catorce años, es claro; era una chiquilla, pero decididamente empecinada. Quería casarse y se casó. Les prestamos un cuarto aquí, en la casa, para que pasaran la semana de la luna de miel y les permitimos que usaran el patio para hacer una fritada de pescado para sus amigos.

—Y mi padre… ¿Estuvo él en la boda?

Randolph, inexpresivo, dejó caer un poco de ceniza al suelo.

—Pero entonces, una noche, muy tarde… —Bajando los párpados, adormilado, pasó un dedo por el borde de su copa—. Amy, ¿por casualidad recuerdas la cosa verdaderamente *original* que hice cuando oímos gritar a Missouri?

Amy no pudo decidir si recordaba o no. Después de todo, diez años eran mucho tiempo.

—Estábamos sentados como ahora en la sala; ¿no te acuerdas? Y yo dije: es el viento. Por supuesto que sabía que no era así. —Se interrumpió y se chupó las mejillas, como si el recuerdo le resultara demasiado exquisitamente humorístico como para permitirle mantener una expresión seria. Apuntó hacia Joel un dedo, como un revólver, y amartilló el pulgar—. De modo que coloqué un rollo en la pianola («Llamada de amor indio») y la hice funcionar.

—¡Una canción tan dulce…! —dijo Amy—. ¡Tan triste…! No sé por qué nunca me dejas volver a tocar la pianola.

—Keg le cortó la garganta —dijo Joel, mientras una sensación de pánico burbujeaba en su interior y pugnaba por salir, porque no podía seguir el sesgo peculiar que había tomado la conversación de Randolph. Era como tratar de descifrar algún relato narrado en un idioma extranjero carente de sentido. Y el chico despreció ese sentimiento exteriorizado, precisamente

cuando comenzaba a sentirse muy próximo a Randolph—. Yo le vi la cicatriz —dijo, casi gritando para pedir atención—, eso es lo que hizo Keg.

—Ah, sí, en efecto.

—Era así —dijo Amy, y canturreó—: «Cuando te llamo, oye, di-da-dum-di-da…».

—… de oreja a oreja; arruinó una colcha color pétalo de rosa que mi tía-bisabuela de Tennessee tejió quemándose los ojos.

—Zoo dice que él está en la cuadrilla de trabajos forzados y que espera que nunca salga de allí. Le pidió al Señor que lo convirtiera en un perro viejo.

—«¿Contestarás da-di-di-da…?». Ésa no es la melodía, ¿no es cierto, Randolph?

—Un poco desafinada.

—Pero ¿cómo es?

—No tengo la más mínima idea, ángel.

—Pobre Zoo —dijo Joel.

—Pobres todos —corrigió Randolph, sirviéndose lánguidamente otro jerez.

Ávidas mariposas aplastaban sus alas contra los tubos de las lámparas. Cerca del fogón la lluvia se filtraba a través de una hendija del techo, goteando con lúgubre irregularidad en un cubo de carbón vacío.

—Eso es lo que ocurre cuando tratas de abrir la cajita más pequeña —observó Randolph, en tanto que el agrio humo de su cigarrillo llegaba en espiral hasta Joel, quien, con discretos movimientos de la mano, lo dirigía hacia otro lado.

—Me gustaría que me dejaras tocar la pianola —dijo Amy ansiosamente—. Pero no creo que te des cuenta de cuánto gozo con ella, de qué consuelo es para mí.

Randolph se aclaró la garganta y sonrió; aparecieron algunos hoyuelos en sus mejillas. Su rostro era como un redondo durazno maduro. Era mucho más joven que su prima; estaba aproximadamente en la mitad de su cuarta década de edad.

—Pero todavía no hemos exorcizado al fantasma del señorito Knox.

—No era un fantasma —masculló Joel—. No hay tal cosa. Era una verdadera dama, y yo la vi.

—¿Y qué aspecto tenía, querido? —preguntó Amy; y su tono indicaba que sus pensamientos estaban fijos en asuntos menos traídos por los cabellos. Le recordó a Joel a Ellen y a su madre. También ellas usaban esa voz cuando Sospechaban de la veracidad de sus historias y sólo le permitían que continuara hablando para no quebrar la paz. La vieja e instantánea sensación de culpabilidad lo invadió. Mentiroso, eso es lo que los dos, Amy y Randolph, estaban pensando; un embustero nato. Y, creyéndolo, comenzó a elaborar embarazosamente su descripción. La mujer tenía los ojos de una malvada, locos ojos de bruja, fríos y verdes como el fondo del mar del Polo Norte; melliza de la Reina de la Nieve, su cara era pálida, invernal, tallada en hielo, y su cabello blanco se erguía en su cabeza como una torta de bodas. Lo había llamado con un dedo encorvado, lo llamó…

—¡Cielos! —exclamó Amy, mordisqueando un cubo de sandía encurtida—. ¿De veras viste a tal persona?

Mientras hablaba, Joel advirtió con incomodidad la expresión divertida del primo de ella. Antes, cuando él hizo su primer relato seco, Randolph lo escuchó en la forma descolorida con que uno escucha una broma rancia, porque, en cierto extraño modo, parecía tener un conocimiento previo de los hechos.

—¿Sabes? —dijo Amy lentamente, y suspendió el encurtido de sandía a mitad de camino entre el plato y la boca— Randolph, ¿has estado…? —Se interrumpió, los ojos deslizándose de costado para observar la lisa y divertida cara de durazno—. Bueno, eso suena a algo así como…

Randolph le dio un puntapié por debajo de la mesa. Llevó a cabo la maniobra tan hábilmente que se le habría escapado a Joel si la reacción de Amy no hubiese sido tan extremada. Se echó espasmódicamente hacia atrás como si un relámpago le hubiera movido la silla y, tapándose los ojos con la mano enguantada, lanzó un lastimero gemido:

—Serpiente una serpiente me pareció que una serpiente me había mordido que se había deslizado por debajo de la mesa que me mordió el pie idiota jamás te lo perdonaré me mordió mi corazón una serpiente —y repitió una y otra vez las palabras hasta que comenzaron a rimar, a

canturrear de pared a pared, donde se agitaban las gigantescas sombras de las mariposas.

Joel se sintió completamente vacío por dentro. Pensó que estaba a punto de hacerse pis en los pantalones y tuvo deseos de ponerse de pie de un salto y correr, tal como le sucedió en la galería de Jesús Fiebre. Pero esta vez no le fue posible. De modo que miró intensamente hacia la ventana, donde las hojas de la higuera tamborileaban un húmedo mensaje ventoso, y trató, con todas sus fuerzas, de encontrar el cuarto lejano.

—Cállate ahora mismo —ordenó Randolph, sin ocultar su disgusto. Pero, como ella parecía no poder recobrar el dominio de sí misma, se levantó y le dio una bofetada en plena boca. Entonces, gradualmente, Amy se fue callando hasta emitir solamente una especie de sollozo hipado.

Randolph le tocó solícitamente el brazo.

—¿Estás mejor, ángel? —preguntó—. ¡Caramba, nos asustaste! —Lanzando una mirada a Joel, añadió—: Amy es tan nerviosa…

—Tanto… —convino ella—. Es que pensé… Espero no haber trastornado al chico.

Pero las paredes del cuarto de Joel eran demasiado gruesas como para ser atravesadas por la voz de Amy. Hacía mucho tiempo que le era imposible encontrar la habitación lejana; siempre le había sido difícil, pero nunca como el año anterior. De modo que era magnífico volver a ver a sus amigos. Estaban todos allí, incluso Mr. Misterio, que llevaba una capa carmesí, un emplumado sombrero español, un reluciente monóculo, y tenía todos los dientes de oro sólido; un caballero elegante, aunque con tendencia a hablar por un costado de la boca, un artista, un gran mago. Hacía representaciones de vodevil en el centro de Nueva Orleáns, dos veces al año, y toda clase de fantásticos trucos. Así fue como llegaron a ser amigos tan íntimos. En una oportunidad eligió a Joel de entre el público, lo hizo subir al escenario y le sacó de las orejas una espuerta de azúcar hilado. En adelante, después de la pequeña Annie Rose Kupermann, Mr. Misterio fue el visitante más bienvenido del otro cuarto. Annie Rose era la cosita más encantadora que jamás se haya visto. Tenía cabello negro color azabache y una verdadera ondulación permanente. Los domingos su madre la vestía de blanco níveo y la mantenía toda limpia de pies a cabeza. En la vida real

Annie Rose era demasiado engreída e insolente como para hablarle siquiera una palabra. Pero aquí, en el cuarto lejano, su vocecita encantadora tintineaba musicalmente: «Te amo, Joel. Te adoro hasta el cielo y te beso y te abrazo». Y también había otra persona que pocas veces dejaba de aparecer, aunque en muy contadas oportunidades se mostraba con la misma figura. Es decir, llegaba con distintos trajes y disfraces, a veces como un hércules de circo, otras como un gran millonario, pero siempre se llamaba Edward Q. Sansom.

—Ella quiere vengarse —dijo Randolph—. Solamente por la bondad de mi corazón soportaré unos cuantos minutos infernales de pianola. ¿Te molestaría, querido Joel, ayudarme con las lámparas?

Como la cocina, Mr. Misterio y la pequeña Annie Rose Kupermann se deslizaron hacia la oscuridad cuando las lámparas en alto pasaron por el vestíbulo a la sala.

Dedos de música sincopada bailaron espectrales sobre los erguidos marfiles amarillentos y las frases carnavalescas de «Sobre las olas» hicieron vibrar dulcemente el prisma de cristal de la araña. Amy estaba sentada en el taburete del piano, refrescándose la carita blanca con un abanico de encaje azul que había tomado de la vitrina de antigüedades, y contemplaba rígidamente el golpeteo mecánico de las teclas de la pianola.

—Ésa es una canción de desfile —comentó Joel—. Una vez paseé en un carromato, un martes de carnaval, disfrazado de chino, con coleta negra y todo; pero un borracho me la arrancó y se puso a flagelar a su amiga con ella, allí mismo, en la calle.

Randolph se acercó a Joel, en la otomana. Sobre su pijama llevaba un quimono de sirsaca con mangas mariposa y sus pies regordetes estaban embutidos en un par de sandalias de cuero labrado; las uñas de los pies, descubiertas, tenían un brillo manicurado. De cerca olía a delicado perfume de limón y su rostro imberbe no parecía más viejo que el de Joel. Mirando rectamente hacia adelante, tomó a tientas la mano de Joel y entrelazó sus dedos con los de él.

Amy cerró el abanico con un chasquido de reproche.

—Jamás me agradeciste —dijo.

—¿Por qué, querida?

Tener la mano en la de Randolph resultaba oscuramente desagradable y los dedos de Joel se tendieron en un impulso de clavar las uñas en la seca palma caliente. Además Randolph usaba un anillo que se apretaba dolorosamente entre los nudillos de Joel. Era un anillo de mujer, un humoso ópalo irisado sostenido por agudos dientes de plata.

—Pues por las plumas —le recordó Amy—. Las hermosas plumas de azulejo.

—Encantadoras —respondió Randolph, y le tiró un beso con las puntas de los dedos.

Satisfecha, ella abrió el abanico y lo agitó furiosamente. Detrás de ella la araña se estremeció y pétalos de lila, soltados por el vigoroso golpeteo de la pianola, se desparramaron sobre una mesa. Una lámpara había sido colocada junto al hogar vacío, de modo que resplandecía como un tembloroso fuego ceniciento.

—Éste es el primer año que no nos visita un grillo —dijo ella—. Todos los años se oculta uno en la chimenea y canta hasta el otoño. ¿Recuerdas, Randolph, que Angela Lee nunca nos dejaba matarlo?

—«Escuchad los grillos llorando en la hierba; oídlos cantar su serenata en el sasafrás» —citó Joel.

Randolph se inclinó hacia adelante.

—Un muchacho encantador, el pequeño Joel, el querido Joel —musitó —. Trata de ser feliz aquí, trata de quererme un poco, ¿sí?

Joel estaba acostumbrado a las lisonjas, y algunas, imaginarias, se originaban en su mente. Pero que se le dirigieran algunas verbalmente, con tanta claridad, le dejaba con una sensación de inquietud. ¿Se estaban burlando de él, divirtiéndose con él? Interrogó a los inocentes ojos redondos y vio su propio rostro juvenil enfocado como en dobles lentes de cámara fotográfica. El primo de Amy hablaba en serio. Miró el anillo de ópalo, conmovido y apenado por haber tenido el bajo deseo de clavar las uñas en la palma de Randolph.

—Ya te quiero —dijo.

Randolph sonrió y le apretó la mano.

—¿Qué están hablando ustedes dos en susurros? —preguntó Amy, celosa—. Afirmo que son groseros. —De pronto la pianola calló, la temblorosa araña se inmovilizó—. ¿Puedo tocar alguna otra cosa? ¡Oh, Randolph, por favor!

—Creo que ya hemos tenido bastante con eso… a menos que Joel quiera escuchar otra pieza.

Joel se tomó tiempo para responder, gustando de su poder. Luego, recordando la desdichada tarde solitaria, hizo rencorosamente un movimiento negativo de cabeza.

Amy frunció los labios.

—… la última oportunidad que tendrás de humillarme —dijo a Randolph, dirigiéndose apresuradamente a la vitrina y dejando en ella el abanico azul. Joel había inspeccionado antes de la cena el contenido de esa vitrina y ansió poseer tesoros tales como un alegre Buda de obeso vientre de jade, un cocodrilo de porcelana de dos cabezas, el programa de un baile de Richmond celebrado en 1862 y autografiado por Robert E. Lee, un minúsculo indio de cera con todo su atavío de guerra y varias miniaturas con marcos de felpa, delicadamente pintadas, de viriles petimetres con bigotes de villanos—. Es tu casa. Me doy cuenta perfectamente…

Pero un raro sonido la interrumpió, un sonido como el sordo golpe aislado de una gruesa gota de lluvia; venía tamborileando escaleras abajo. Randolph se removió, inquieto.

—Amy —dijo, y lanzó una tosecita significativa. Ella no se movió.

—¿Es la mujer? —preguntó Joel, pero nadie le respondió y él se lamentó de haber bebido el jerez. La sala, cuando no la miraba con concentración, tenía un aspecto torcido e inclinado, como el cuarto patas arriba de la casa de diversiones de Pontchartrain. El golpeteo cesó. Un instante de silencio y luego una ordinaria pelota roja, de tenis, rodó calladamente a través de la arcada.

Con una reverencia, Amy la recogió y, balanceándola en la mano enguantada, la estudió atentamente, como si fuera una fruta y la examinara para descubrir algún gusano. Intercambió una mirada preocupada con Randolph.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Randolph mientras ella salía apresuradamente.

—Más tarde, cuando hayas hecho acostar al chico. —Sus pisadas resonaron en las oscuras escaleras. Arriba, en alguna parte, chasqueó un picaporte.

Randolph se volvió a Joel con una expresión desesperadamente alegre.

—¿Sabes jugar al parchís?

Joel todavía estaba intrigado con motivo de la pelota de tenis. Finalmente decidió que sería mejor fingir que la cosa más corriente del mundo era que una pelota de tenis llegara rodando a un cuarto, salida de la nada. Tuvo deseos de reír. Pero no había nada de gracioso en ello. No podía creer en la forma en que iban resultando las cosas; era demasiado grande la diferencia entre eso y lo que él esperaba. Era como pagar el billete para ver una película del salvaje Oeste y que le ofrecieran a uno, en cambio, una tonta película con un romance. Se sentiría defraudado si ocurriera tal cosa. Y se sentía defraudado ahora.

—¿O quieres que te adivine el porvenir?

Joel levantó el puño; los sucios dedos se abrieron como los pétalos de una flor y el rosa de la palma estaba punteado de gotas de sudor. Una vez, pensando cuán ideal sería esa carrera, pidió a un establecimiento de Nueva York un volumen titulado *Técnica de Adivinación del Porvenir*, del cual era autor un presunto gitano que llevaba aretes y cuya grasienta fotografía adornaba la cubierta. Empero, la falta de fondos interrumpió sus planes, porque, para llegar a ser un correcto adivinador del porvenir, le era preciso comprar —según se enteró— una generosa cantidad de costoso equipo.

—Pues bien —caviló Randolph retirando la mano de Joel de la sombra y llevándola más cerca de la luz de la lámpara—. ¿Es importante que vea en tu palma viajes potenciales, aventuras, una alianza con la hermosa hija de algún Rockefeller? El futuro es para mí extrañamente carente de interés; hace tiempo ya que me di cuenta de que mi vida estaba destinada a otras épocas.

—Pero yo quiero saber el futuro —replicó Joel.

Randolph meneó la cabeza y sus soñolientos ojos azul-cielo, contemplando a Joel, eran sobrios, serios.

—¿Has oído alguna vez lo que dicen los hombres sabios? «Todo el futuro existe en el pasado».

—¿Puedo hacer al menos una pregunta? —Y Joel no esperó el comentario. Hay dos cosas que quisiera saber. Una es: ¿cuándo veré a mi papá? Y el silencio de la sala penumbroso pareció repetir «¿cuándo?, ¿cuándo?».

Soltando suavemente la mano, Randolph, con una sonrisa estereotipada tornándole rígido el rostro, se puso de pie y se encaminó perezosamente hacia la ventana, mientras el flojo quimono flotaba en torno suyo. Metió los brazos, como un chino, en las mangas y permaneció completamente inmóvil.

—Cuando estés completamente instalado —respondió—. ¿Y la otra?

Los ojos cerrados: un vertiginoso pozo de estrellas. Abiertos: un cuarto torcido e inclinado en que dos figuras envueltas en quimonos, de rizados cabellos amarillos, se deslizaban de un lado para el otro, por el piso resbaladizo.

—Yo vi a esa Mujer y era verdadera, ¿no es cierto? —pero no era ésta la pregunta que quería formular.

Randolph abrió la ventana. La lluvia había cesado y las cigarras chillaban en la húmeda oscuridad estival.

—Supongo que se trata de una cuestión de puntos de vista —repuso, y bostezó—. Yo la conozco perfectamente, y para mí es un fantasma.

El viento nocturno sopló desde el jardín, agitando los cortinados como si fueran descoloridas banderas doradas.

5

El miércoles, después del desayuno, Joel se encerró en su cuarto y se dedicó a la difícil tarea de redactar cartas. Era una calurosa mañana lánguida, y el Desembarcadero parecía, como de costumbre, demasiado silencioso, demasiado tranquilo, aunque de tanto en tanto la tos enfermiza de Randolph castañeteaba detrás de puertas cerradas. Un gordo moscardón se zambulló hacia el papel de cartas Jefe Indio en el que vacilaban, anchos, los garabatos de Joel. En la escuela ese estilo negligente le había ganado una calificación baja en caligrafía. Se removió, jugueteó con el lápiz, se interrumpió dos veces para hacer aguas en el bacín de porcelana tan artísticamente festoneado de cupidos de traseros rosados, que tenían en la mano ramilletes de hiedra y violetas, pintados a la acuarela. Eventualmente la primera carta, dirigida a su buen amigo Sammy Silverstein, decía, cuando quedó terminada, lo siguiente:

«Te agradaría la casa en que estoy viviendo, Sammy, ya que es una casa estupenda, y te gustaría mi padre porque sabe mucho de aeroplanos como tú. Pero no se parece mucho a tu padre. No usa gafas ni fuma cigarros, pero es alto como Mr. Misterio (si Mr. Misterio va al Nemo este año escríbeme para contármelo), y fuma en pipa y es muy joven. Me dio un fusil 22, y cuando llegue el invierno cazaremos comadrejas y comeremos guisado de comadrejas. Ojalá pudieras venir a visitarme, porque nos divertiríamos mucho. Una de las cosas que podríamos hacer es emborracharnos con mi primo Randolph. Bebemos brevajes (¿se escribe así?) alcohólicos, y es muy divertido. Te aseguro que no es como Nueva Orleáns, Sammy. Aquí una persona de la edad de nosotros es una persona madura. Me debes veinte centavos. Me olvidaré de esta deuda si me escribes todas las semanas

contándome todas las noticias. Saludos a la pandilla, acuérdate de escribir a tu amigo…».

Y con magistral cuidado firmó su nombre de un modo distinto que hasta entonces: J. H. K. Sansom. Lo leyó varias veces en voz alta; tenía un sonido distinguido, adulto; era un nombre que con toda facilidad podía imaginarse precedido de tan orgullosos títulos como General, Juez, Gobernador, Doctor. Doctor J. H. K. Sansom, el celebrado cirujano especialista. Gobernador J. H. K. Sansom, el elegido del pueblo. («Hola, alcaide, habla el Gobernador; he llamado nada más que para decirle que he concedido el indulto a Zoo Fiebre»). Y luego, naturalmente, el mundo y sus habitantes lo amarían y Sammy, bueno, Sammy podría vender esa carta por miles de dólares.

Pero buscando íes sin punto e íes sin cruzar, se le ocurrió que casi todo lo que había escrito eran mentiras, enormes mentiras vertidas sobre el papel como un jarabe espeso. Era imposible explicarlas. Esas cosas que había dicho debían ser ciertas, y no lo eran. En su casa Ellen siempre estaba ofreciéndole consejos no solicitados, pero ahora deseó poder cerrar los ojos, abrirlos y verla de pie junto a él. Ella sabría qué hacer.

Su lápiz volaba tan velozmente que de tanto en tanto las palabras se unían. Cuánto lamentaba no haber escrito antes. Esperaba que Ellen estuviera bien, y lo mismo los chicos… Los echaba de menos a todos… ¿Y ellos a él? «Estoy muy bienaquí», escribió, pero un dolor lo atenaceó y se puso de pie, se paseó y se golpeó las manos nerviosamente. ¿Cómo se lo diría? Se detuvo ante la ventana y miró hacia el jardín, donde, aparte del gato de Jesús Fiebre paseándose ante las ruinosas columnas, todo parecía estancado, pintado: los perezosos sauces, sin sombra en el sol de la mañana; la campana para llamar a los esclavos, oculta entre las altas malezas. Joel meneó la cabeza, como para remover sus pensamientos y obligarlos a adoptar un orden sensato, volvió a la mesa y, tachando furiosamente el «Estoy muy bienaquí», escribió: «Ellen, odio esta casa. No sé dónde está él y nadie quiere decírmelo. ¿Querrás creerme Ellen si te digo que todavía nolohevisto? De veras. Amy dice que él está enfermo, pero no le creo unapalabra porque ella nomegusta. Se parecemucho a esa malvada *Miss*

Adié de calle abajo que solía dar esos escándalos tan innecesarios. Otra cosa es que no hay radios, películas cinematográficas, revistas cómicas y si quieres tomar un baño debes llenar la bañera con agua del pozo. No sé cómo Randolph consigue mantenerse tan limpio. Él me agrada, pero no me gusta vivir aquí. Ellen, ¿me dejó mamá suficientes 8 como para que yo pueda ir a una escuela donde se pueda vivir? Como una escuela militar, por ejemplo. Ellen te echo de menos. Ellen por favor dime qué debo hacer. Cariños de Joel».

Ahora se sentía mejor, más tranquilo mentalmente. Dígase lo que se quiera, Ellen nunca lo había traicionado. Se sintió tan contento que, en tanto que ponía las cartas en los sobres, comenzó a silbar la melodía que le habían enseñado las mellizas: *cuando sople el aquilón y caiga la nieve*… ¿Cómo se llamaba? ¿Y la otra, la pilluela? No había ningún motivo para pasarse el día vagando por la casa. ¿Acaso no le habían pedido ellas que las visitara? Florabel e Idabel, y Joel pensó, silbando, feliz, silbando con fuerza.

—Silencio, ahí —llegó la queja ahogada de Randolph—. Estoy desesperadamente, desesperadamente enfermo… —y rompió a toser.

¡Ja, ja! Randolph podía tirarse de cabeza al lago.

¡Ja, ja! Joel rió para sus adentros mientras se dirigía a la mesa de escribir donde la caja laqueada, que ahora contenía su bala, la pluma de azulejo y monedas por valor de setenta y ocho centavos, estaba oculta en el último cajón. Como no tenía sellos postales, se figuró que sería legal poner seis centavos en dinero en el buzón del Reparto Rural Gratuito. De modo que envolvió una moneda de cinco y otra de un centavo en papel higiénico, tomó sus cartas y bajó, todavía silbando.

Junto al buzón se topó con Zoo, que no estaba sola. La muchacha conversaba con un negro bajo, de cabeza en forma de bala. Era el Pequeño Luz de Sol, el ermitaño. Joel lo conocía porque el lunes por la noche, a la hora de la cena, Pequeño Luz de Sol apareció ante la ventana de la cocina y golpeó en el vidrio. Venía a visitar a Randolph, porque eran, como decía Randolph, «amigos íntimos». Se mostró excesivamente cortés, Pequeño Luz de Sol, y trajo regalos para toda la familia: un cubo de miel de pantano,

cinco litros de cerveza casera y una guirnalda de pinochas y tigridias que Randolph se puso en la cabeza y exhibió durante toda la noche. Aunque vivía muy lejos, en los oscuros bosques, aunque era una especie de ermitaño y todos saben que los ermitaños son gente mala y loca, Joel no le tuvo miedo. «Pequeño Luz de Sol tiene más sentido de la pureza que cualquiera —le dijo Zoo—. Te diré la verdad, querido; si mi cerebro fuera como debe ser, me casaría con él en un santiamén». Sólo que Joel no podía imaginarse un matrimonio semejante. En primer lugar, Pequeño Luz de Sol era demasiado viejo, no tanto como Jesús Fiebre, por supuesto, pero, de todos modos, viejo. Y feo. Tenía una catarata azul en un ojo, casi ningún diente en la boca y olía mal. Mientras estuvo en la cocina, Amy se mantuvo sobre la boca la mano enguantada, como si fuese un saquito perfumado. Y cuando Randolph se lo llevó a su cuarto (del que surgieron hasta el alba sonidos de una conversación borracha), lanzó un suspiro de alivio.

Pequeño Luz de Sol levantó el brazo.

—Pronto, chico, persígnate —dijo con voz de trombón—, porque me has encontrado a la luz del día.

Aterrorizado, Joel se persignó. Una sonrisa estiró los gruesos y arrugados labios del ermitaño.

—Gira, chico, y estás salvado.

Entretanto, Zoo trataba, sin éxito, de ocultar un adorno, en forma de collar, que el ermitaño le había anudado en torno del cuello de jirafa. Se mostró sumamente desconcertada cuando Joel preguntó:

—¿Qué es eso que tienes ahí, Zoo?

—Es un talismán —respondió por ella, orgullosamente, el ermitaño.

—Cállate —dijo secamente Zoo-—. Acabas de decirme que no sirve de nada si se lo cuento a todo el mundo. —Se volvió hacia Joel—. Querido, creo que será mejor que ahora te vayas. Tengo que hablar un poco con este hombre.

Estaba bien, si ésa era su opinión. ¡Y ella decía ser su amiga! Se dirigió majestuosamente hacia el buzón, levantó la bandera roja y puso las cartas adentro, usando las monedas envueltas en papel higiénico como pisapapeles. Luego, recordando de memoria la dirección general de la casa de las mellizas, se encaminó pesadamente carretera abajo.

El polvo arenoso se levantaba bajo sus pies, mientras caminaba en la vaga sombra del bosque, bordeando el camino. El sol estaba blanco en un cielo de vidrio lechoso. Al pasar ante un somero arroyuelo que corría rápido y fresco desde el bosque, se detuvo, tentado de quitarse los apretados zapatos y chapotear en el agua, donde empapadas hojas giraban locamente en remolinos guijarrosos, pero entonces oyó que lo llamaban y se asustó. Volviéndose, vio a Pequeño Luz de Sol.

El ermitaño avanzaba cojeando, apoyando su peso en un bastón de nogal. Siempre llevaba ese bastón, pero Joel no creía que lo necesitase porque, aparte del hecho de que sus piernas eran demasiado combadas, parecía tenerlas buenas. Pero sus brazos eran tan largos que las puntas de los dedos le rozaban las rodillas. Llevaba un mono harapiento, no usaba camisa, ni sombrero, ni zapatos.

—Dios Todopoderoso, caminas demasiado rápido, chico —dijo. Se puso, jadeando, junto a él—. O seré yo que no sirvo para caminar a esta hora del día. Nada podría haberme hecho salir, como no fuera que Zoo necesitaba urgentemente ese talismán.

Joel se dio cuenta de que se le estaba excitando la curiosidad. De modo que fingió no estar interesado. Y pronto, como esperaba, Pequeño Luz de Sol añadió por propia iniciativa:

—Es un talismán que garantiza que ningún suceso terrible puede ocurrir. Yo mismo lo hice con polvo de rana y huesos de tortuga.

Joel aminoró la velocidad de la marcha, porque el ermitaño se movía tan lentamente como un tullido. En cierto modo se parecía a Jesús Fiebre. En rigor podría haber sido su hermano. Pero había en su ancho y feo rostro una astucia que le faltaba al anciano.

—Pequeño Luz de Sol —dijo—, ¿me harías un talismán a mí?

El ermitaño se sorbió las encías desdentadas y el sol brilló con matices opacos en su gomoso ojo azul.

—Hay muchas clases de amuletos. Amuletos para el amor, para el dinero. ¿A cuál te refieres?

—Uno como el de Zoo —respondió Joel—, uno que impida que suceda nada terrible.

—¡Demonio! —croó el ermitaño, y se detuvo en seco. Golpeó el camino con el bastón y meneó su gran cabeza calva—. ¿Qué clase de preocupaciones tiene un chiquillo como tú?

La mirada de Joel vagó más allá del feo hombrecito, que se balanceaba, apoyado sobre el bastón, y llegó hasta los pinos.

—No sé —dijo, y luego fijó la vista en el ermitaño, tratando de hacerle entender cuánto significaba ese talismán para él—. ¡Por favor, Pequeño Luz de Sol…!

Y Pequeño Luz de Sol, después de un largo momento, indicó, con una inclinación de cabeza, que sí, que el amuleto sería hecho, pero:

—Tienes que venir a buscarlo tú mismo, porque es imposible decir cuándo Pequeño Luz de Sol volverá a levantarse tan temprano. Además, lo importante es que los talismanes para las desgracias no son eficaces si no los usan cuando son más necesarios.

Pero ¿cómo encontraría Joel la casa del ermitaño?

—Me perdería —argumentó mientras continuaban caminando por la carretera, con el polvo levantándose tras ellos y el sol girando hacia el mediodía.

—No, no te perderás. Los seres humanos van a buscar a Pequeño Luz de Sol y el diablo guía sus pasos. —Levantó el bastón hacia el cielo y señaló a una nube móvil, parecida a un tiburón—: Mírala —dijo—, viaja hacia el oeste; pronto pasará sobre el Estanque del Ahogado. Una vez que hayas llegado al Estanque no podrás dejar de encontrar el hotel.

Todos los ermitaños de que Joel oyera hablar hasta entonces eran seres silenciosos, poco amistosos. Pero no Pequeño Luz de Sol. Debería de haber nacido hablando. Joel pensó que en las solitarias noches de los bosques parlotearía con los sapos y los árboles y las frías estrellas azules, y eso le hizo sentir ternura hacia el anciano, que ahora comenzaba un relato de por qué el Estanque del Ahogado tenía un nombre tan curioso.

Hacía muchos años, un poco antes de comienzos del siglo, había —se jactó— un espléndido hotel ubicado precisamente en los bosques, el hotel Nube, de propiedad de Mrs. Jimmy Bob Nube, una viuda que era parienta de los Skully. Conocido entonces con el nombre de Lago Nube, el estanque era un ojo diamantino que manaba, frío y cristalino, de subterráneas fuentes

de caliza, y el Hotel de Mrs. Jimmy Bob albergaba a muchedumbres elegantes, venidas de inmensas distancias, para exhibirse en los amplios vestíbulos blancos. Parasoles morados, sostenidos en alto por damas de faldas de seda, se deslizaban durante todo el verano por los prados que ondulaban en torno del agua. Mientras los abanicos de plumas susurraban en el aire, mientras aterciopelados zapatos de baile pulían el piso del salón, camareros de chaquetillas rojas pasaban por entre los invitados, el vino derramándose, rojo, en las bandejas de plata. En mayo venían, en octubre se iban los invitados llevándose consigo recuerdos, dejando altas pilas de oro. Pequeño Luz de Sol, el palafrenero que cepillaba los relucientes lomos de sus troncos de caballos, permaneció despierto, acostado, muchas noches estrelladas, escuchando la blanda mezcla de sus voces. ¡Oh, pero entonces, entonces…! Una noche de agosto —fue en 1893— un niño, un chiquillo criollo de la edad de Joel, habiendo aceptado un desafío de zambullirse en el lago desde un roble de treinta metros de altura, se partió la cabeza como un huevo entre dos troncos hundidos. Muy pronto ocurrió una segunda tragedia cuando un jugador fullero, en serias dificultades con la ley, se arrojó al lago y no volvió a salir. Y así vino el invierno, y pasó, y llegó otra primavera. Y luego una pareja, que pasaba allí su luna de miel, declaró que una mano cubierta de rubíes llameantes (el jugador llevaba un anillo de rubíes) se levantó de las profundidades para hacerles zozobrar el bote. Otros siguieron. Un nadador dijo que brazos potentes le habían apretado las piernas; otro sostuvo que los había visto a los dos, al jugador y al niño, que los había visto tan claramente como el día bajo la superficie, ya desnudos, con los cabellos largos, verdes y enmarañados como algas. Damas indignadas cerraron secamente sus abanicos y recogieron sus faldas de seda con temerosa prisa. Las noches eran calladas, los prados estaban desiertos; los invitados, desaparecidos para siempre. Y ello acongojó a Mrs. Jimmy Bob. Ordenó que enviaran una red de Biloxi e hizo rastrear el lago.

—Le dije que no servía de nada, que nunca podría sacar a esos dos, porque el demonio cuida a los suyos.

Y entonces Mrs. Jimmy Bob fue a St. Louis, se alquiló un cuarto, regó la cama de querosén, se acostó y encendió un fósforo. Estanque del Ahogado. Así lo llamaba la gente de color. El lodo del viejo arroyo,

filtrándose lentamente por entre las fuentes de caliza, tiñó las aguas de un color maligno. Los prados, los caminos, las sendas, se cubrieron de vegetación silvestre; la ancha galería se derrumbó; las chimeneas se hundieron en la tierra pantanosa; árboles desarraigados por las tormentas se recostaron contra la galería, y serpientes acuáticas, reptando por entre las cuerdas, componían canciones nocturnas en el carcomido piano del salón de baile. Era un terrible hotel, de extraño aspecto. Pero Pequeño Luz de Sol se quedó en él. Era su hogar, decía, porque si se iba, como lo había hecho una vez, otras voces, otros ámbitos, voces perdidas y nubladas, arañaban sus sueños.

El relato compuso para Joel un cuadro revuelto de quebradas ventanas que reflejaban un jardín de fantasmas, un mundo de ocaso donde retorcidas hiedras goteaban por rotas columnas, donde emparrados de sedosas telas de araña lo cubrían todo.

Miss Florabel Thompkins pasó un peine por el rojo cabello, que le llegaba hasta la cintura, y cada uno de cuyos hilos era empalidecido por el brusco sol del mediodía, y dijo:

—¿Sabes?, me alegro de verte. Esta mañana le decía a mi hermana: «Hermana, tengo el presentimiento de que hoy vamos a tener visitas». Le dije: «Así que lavémonos el cabello». Naturalmente, eso no produjo ningún efecto en ella. Nunca lava nada, esa chica. ¿Idabel? Oh, está en el arroyo; fue a buscar la sandía que tenemos enfriándose allí; la primera del verano. Papá sembró temprano este año. —Florabel no era tan hermosa como la luz de la luna la había hecho aparecer. Su rostro era chato y pecoso, como el de su hermana. Tenía los dientes como torcidos y fruncía los labios en afectado descontento. Estaba semi reclinada en una hamaca («La hizo mamá; y me hace todos mis bonitos vestidos, aparte del de tela suizo mateada. Pero, como dice mamá, es mejor dejar que Idabel corretee por ahí vestida con cualquier cosa, porque no puede mantener decentemente limpio un trapo decente. Se lo digo francamente, señor Knox, Idabel es tormento para nuestras almas, para mamá y para mí. Podríamos estar tan hermosas, vestidas iguales, pero…»), tendida entre umbrosas pacanas, en un rincón del patio. Tomó un par de tenacillas de Kress y, con expresión dolorida,

comenzó a depilarse las sonrosadas cejas—. La ambición confesada… ¡ay!… de mi hermana, es ser agricultora.

Joel, que estaba acuclillado en el pasto, mordisqueando una brizna de hierba, estiró las piernas y dijo:

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Vamos, señor Knox, seguramente está usted bromeando —replicó Florabel—. ¿Quién oyó jamás que una muchacha blanca decente quisiese ser chacarera? Mamá y yo somos demasiado desdichadas. Es claro que yo sé qué piensa ella en verdad. —Florabel le asestó una mirada de connivencia y bajó la voz—. Piensa que cuando muera papá le dejará la casa para que haga lo que le venga en gana con ella. Oh, no me engaña ni por un minuto.

Joel miró en torno, para ver qué era lo que heredaría Idabel. La casa estaba más lejos, en un bosquecillo de árboles de sombra. Era hermosa, sencilla, de aspecto sólido, pintada de un blanco que ahora tenía un tono levemente grisáceo. Un corredor abierto pasaba desde el frente hasta la parte trasera y en la galería había tiestos de geranio y una mecedora. Un pequeño cobertizo, a un costado, alojaba un Chevrolet verde, 1934. Varias gallinas picoteaban en el limpio jardín delantero de macizos de flores y piedras de adorno. En la parte trasera había un cuarto para ahumar carne, un molino a bomba de agua y la primera ondulación hinchada de un algodonal.

—¡Ay! —exclamó Florabel, y arrojó las tenacillas. Dio un empujón a la hamaca y se balanceó, con los labios absurdamente fruncidos—. Pues yo quiero ser actriz… o maestra —declaró. Pero si me hago actriz no sé qué haremos con mi hermana. Cuando una persona se hace famosa, la gente escarba en los hechos de la vida anterior. En realidad, no quiero parecer malvada con ella, señor Knox, pero el motivo de que traiga esto a colación es que ella está enamorada de usted…— Florabel bajó recatadamente la mirada. —Y… bueno, la pobre chica tiene una reputación…

Aunque jamás lo habría admitido, ni siquiera en secreto, Joel se sintió dulcemente halagado.

—¿Una reputación de qué? —preguntó, tratando de no sonreír.

Florabel se enderezó.

-—Por favor, señor —entonó, en tanto que sus amaneramientos de solterona se tornaban aterradoramente precisos—, me pareció que era usted un caballero de mundo. —De súbito, con aspecto un tanto alarmado, se dejó caer de espaldas en la hamaca. Y luego—: Pero… ¡oye, hermana, mira quién ha venido a visitarnos!

—Hola —dijo Idabel, y no había sorpresa ni placer en su voz algodonosa. Transportaba una enorme sandía, y un viejo perro blanco y negro, perdiguero, trotaba junto a sus talones. Dejó caer la sandía sobre el pasto, se echó hacia atrás el cerquillo y hundió los pulgares en los soportes del cinturón de los pantalones que llevaba. Tenía también un par de botas de labrador y una camisa de trabajo con la leyenda BEBA COCA-COLA ya decolorándose en la pechera. Miró primero a Joel, luego a su hermana, y, como haciendo algún grosero comentario, escupió por entre los dedos como una experta. El viejo perro se dejó caer al suelo junto a ella.

—Éste es Henry —informó a Joel, acariciando suavemente las costillas del animal con el pie—. Tiene intenciones de descabezar un sueñito, de modo que no hablemos fuerte, ¿oyes?

—¡Bah! —dijo la otra melliza—. El señor Knox debería ver qué ocurre cuando trato de dormir un poco de tanto en tanto: ¡bum, plaf, bam!

—Henry se siente un poco mal —explicó Idabel—. Me temo que esté enfermo.

—Bueno, yo también estoy enfermo. Estoy cansado de muchas cosas.

Joel imaginó que Idabel le había sonreído. No sonreía como lo hace la gente corrientemente, sino que arrugaba cínicamente una comisura de la boca. Era como la triquiñuela de Randolph de levantar una ceja. Se levantó de un tirón la pernera del pantalón y comenzó a arrancar la costra de una herida que tenía en la rodilla.

—¿Qué tal te las arreglas en el Desembarcadero?

—Sí —dijo Florabel, inclinándose hacia adelante con una sonrisa más bien maliciosa—, ¿has estado *viendo* cosas?

—Nada, aparte de que se trata de un bello lugar —repuso él discretamente.

—Pero… —Florabel se deslizó de la hamaca y se sentó junto a él, con el codo apoyado sobre la sandía—. Pero lo que quiero decir es…

—Cuidado —previno Idabel—, está tratando de sonsacarte.

Y esto dio a Joel la oportunidad de aliviar la situación con una carcajada. Entre sus pecados había mentiras, raterías y malos pensamientos. Pero la deslealtad no formaba parte de su naturaleza. Vio cuán bajo sería hacer confidencias a Florabel, aunque no había nada ahora que necesitase más que un oído simpático.

—¿Te duele? —preguntó a la hermana, ansioso por demostrar su gratitud fingiendo interés en la herida.

—¿Qué, esto? —dijo ella arrancando la costra—. ¡Caramba, chico, una vez tuve una hinchazón en el trasero, más grande que una pelota de béisbol, y no le di ninguna importancia!

—Hmm, chillaste bastante cuando mamá te dio unas palmadas y la reventó —le recordó Florabel frunciendo los labios. Golpeó la sandía, que resonó con un hueco estallido maduro—. Hmm, me parece que está tan verde como la hierba.

Con las uñas grabó sus iniciales en la cáscara, dibujó un lastimoso corazón, lo flechó y agregó las iniciales M. D., que, mirando recatadamente a Joel, anunció que significaban Misterioso Desconocido.

Idabel exhibió un cuchillo.

—Mira —ordenó, apretando el muelle y soltando una hoja delgada y criminal—, podría matar a alguien, ¿no es verdad? —Y con una sola puñalada asesina la sandía crujió, chorreando jugo helado, mientras ella tajeaba generosas porciones—. Déjale un pedazo a papá —dijo, retirándose bajo el árbol para hartarse en paz.

—Fría —comentó Joel. Un hilo rojo le teñía la camisa—. Ese arroyo debe helar como una heladera. ¿De dónde viene? ¿Fluye desde el Estanque del Ahogado?

Florabel miró a Idabel y ésta a Florabel. Ninguna de las dos pareció decidir cuál de ellas debía contestar. Idabel escupió pulpa de fruta y preguntó:

—¿Quién te lo dijo?

—¿Lo del Estanque del Ahogado?

Un toque de hostilidad en el tono de ella lo hizo cauteloso. Pero en este caso no creía que la verdad le costara más que una mentira.

—Oh, el hombre que vive allí. Es amigo mío.

Idabel replicó con una carcajada ronca, sarcástica.

—Yo soy la única persona de estos lugares que se atreve a acercarse a ese hotel embrujado. Y, te lo aseguro, hijo mío, jamás he visto a ese hombre.

—Mi hermana tiene razón —agregó Florabel—. Siempre tuvo deseos de ver al ermitaño. Mamá solía decir que él nos llevaría si no nos portábamos bien. Pero últimamente he llegado a creer que es alguien que ha inventado la gente mayor.

Era el turno de Joel para los sarcasmos.

—Si hubieran estado en el camino hace una hora, me habría encantado presentarlas. Él se llama Pequeño Luz de Sol, y me hará un… —pero recordó que estaba prohibido mencionar el amuleto.

Contra tal testimonio, Idabel no tenía réplica alguna. Estaba desconcertada. Y celosa.

—¡Bah! —bufó, y se metió un trozo de sandía en la boca.

Anillos de luz de sol, filtrándose por entre las •hojas del árbol, pintaban la oscura hierba como frutas caídas, doradas. Moscones azules se apeñuscaban sobre las cáscaras de la sandía, y una esquila, más allá del molino de viento, repicaba larga y perezosamente. Henry tenía una pesadilla. Sus inquietos ronquidos parecían disgustar a Florabel; ésta escupió semillas en la mano y, cantando «Malo viejo malo», se las arrojó.

Idabel no hizo nada por un momento. Luego, poniéndose de pie, cerró la hoja de su navaja y se la guardó en el bolsillo. Lentamente, sin expresión, se acercó a su hermana, que se sonrojó y comenzó a reír nerviosamente.

Con las manos en las caderas, Idabel la miró con ojos que eran como granito. No pronunció una sola palabra, pero su respiración siseaba entre dientes fuertemente apretados y una vena le palpitaba en el hueco de la garganta. El perro viejo se adelantó silenciosamente y miró a Florabel con expresión de reproche. Joel retrocedió varios centímetros. No quería verse envuelto en alguna riña familiar.

—Algún día se te van a salir demasiado esos ojos —se insolentó Florabel. Pero, como la mirada pétrea continuaba, su postura impertinente se disolvió poco a poco—. No sé por qué te pones de ese modo cada vez

que tocan a ese repugnante sabueso —dijo enroscándose un rizo del cabello color fresa y parpadeando inocentemente—. De todos modos mamá hará que papá lo mate, porque es muy posible que nos contagie alguna enfermedad mortal.

Idabel inspiró profundamente y se abalanzó; las mellizas rodaron varias veces en el césped, golpeándose. Las faldas se le subieron tan altas a Florabel, que a Joel se le enrojecieron las mejillas. Luego, arañando, propinando puntapiés, chillando, consiguió soltarse.

—Hermana, por favor… por favor, hermana… ¡te lo pido! —Corrió a ocultarse detrás de una pacana. Como figuras de un tiovivo de dos caballos giraron alrededor del tronco, primero hacia un lado, luego hacia el otro—. ¡Mamá, llame a mamá…! ¡Oh, señor Knox, está loca… HAGA algo! —Henry inició una batahola de ladridos y comenzó a perseguirse la cola—. ¡Señor KNOX!

Pero Joel también temía a Idabel. Era casi el ser humano más demente que jamás había visto; y el más rápido. Nadie, allá en su casa, le hubiera creído que una muchacha pudiera moverse tan velozmente. Además, sabía por experiencia que, si intervenía, el dedo de la culpabilidad señalaría finalmente en su dirección: él fue el que comenzó todo, así afirmaría el relato. Además, Florabel no tenía ningún derecho a arrojar esas pepitas; en lo hondo de su corazón no le importaba que la desmayasen a golpes.

Florabel cruzó el patio y corrió desesperadamente hacia la casa. Pero fue inútil, porque Idabel le cortó la retirada. Pasaron muy juntas, aullando, junto a Joel, que de pronto se convirtió en un escudo, como la pacana, y sin haber puesto nada de su parte para ello. Idabel trató de apartarlo de un empujón; como no se movió, ella se quitó de la frente los cabellos sudorosos y lo miró furiosamente con sus audaces ojos verdes:

—¡Fuera del paso, marica!

Joel pensó en la navaja que la jovencita tenía en el bolsillo y, a pesar de los ruegos de Florabel, decidió que sería prudente retirarse a otra parte.

Y así siguieron otra vez, corriendo en círculos, zigzagueando entre los árboles, con el cabello bailándole a Florabel en la espalda. Cuando llegaron a la pacana, a la más alta de las dos, Florabel comenzó a trepar. Idabel se quitó sus pesadas botas.

—¡Ah, no irás muy lejos por ahí! —gritó y, ágil como un mono, ascendió por el tronco.

Las ramas se sacudieron; ramitas quebradas y hojas arrancadas llovieron a los pies de Joel. Y, mientras él corría de un lado para el otro, buscando una visión más clara de la riña, el cielo pareció estallar, azul, a través del árbol, y las mellizas, trepando hacia el sol, se hicieron más pequeñas y enceguecedoramente brillantes.

Florabel había ascendido todo lo que podía, hasta la copa; pero era una posición segura y fortificada. Allí, equilibrada en el cruce de ramas bifurcadas, estaba inmunizada contra todo ataque, porque, para forzar la retirada del enemigo, no tenía más que propinar algunos puntapiés.

—Puedo esperar —dijo Idabel, y se sentó a horcajadas sobre una rama. Miró a Joel con irritación—. Véte a casa tú.

—Por favor, no le haga caso, señor Knox.

—Véte a casa y corta muñecas de papel, marica.

Joel se quedó allí, odiándola, deseando que se cayera del árbol y se quebrara el cuello. Como todas las marimachos, Idabel era ruin, tenía la ruindad en las entrañas. El barbero de Ciudad Mediodía la conocía bien, por cierto. Y también la conocía la tosca mujer de la verruga. Y Florabel. Y entonces se encogió de hombros y bajó la cabeza.

—Vuelva cuando no esté ella —gritó Florabel cuando él se dirigía hacia su casa—. ¡Y, señor Knox, recuerde lo que le dije acerca de lo que ya sabe! Bueno, hombre prevenido…

Un par de halcones pequeños giraban con alas rígidas sobre el humo que, vagamente amarillo en la distancia, se elevaba como una flecha de la chimenea de la cocina del Desembarcadero. Seguramente Zoo estaría preparando la cena, pensó, deteniéndose junto al camino para ahuyentar a una colonia de hormigas qué se cebaban en una rama muerta. Estaba cansado de la comida de Zoo. Siempre lo mismo: coles, ñame, guisantes de pintas negras, pan de maíz. En ese momento le gustaría encontrarse con el Hombre de las Bolas de Nieve. En casa, en Nueva Orleáns, todas las tardes, el Hombre de las Bolas de Nieve aparecía empujando su delicioso carrito, haciendo tintinear su deliciosa campanilla. Y por unas monedas uno podía

conseguir un bonete de hielo escamoso sazonado con una docena de jarabes: cereza y chocolate, uva y moras, todos ellos mezclándose como un arco iris.

Las hormigas corrieron como chispas saltarinas. Pensando en Idabel, Joel brincó, aplastándolas con los pies, pero la danza pecadora no consiguió aminorar el dolor de los insultos de la chica. ¡Espera! Que espere hasta que él fuese Gobernador… Lanzaría todo el peso de la ley sobre ella, la haría encerrar en un calabozo oscuro, con una puerta-trampa en el cielo raso desde la que podría mirarla y reírse.

Como cometas que fueran descendidas, los halcones volaron cada vez más bajo, en círculo, hasta que sus sombras giraron sobre el inclinado techo de tablas de ripia. La columna de humo que se elevaba de la chimenea subía, ininterrumpida, en el inmóvil aire caliente, signo, al menos, de que allí vivía gente. Joel había conocido y explorado otras casas silenciosas de vacías, pero ninguna tan callada, de aspecto tan desierto. Era como si el Desembarcadero hubiese sido capturado bajo una campana de cristal. Adentro, esperándolo para reclamarlo para sí, una tarde de interminable aburrimiento. Cada paso —-y sus zapatos eran pesados como si tuvieran suelas de piedra— lo aproximaban a ella. Toda una tarde. ¿Y cuántas veces más, durante cuántos meses más?

Luego, al acercarse al buzón, al ver la alegre banderilla roja todavía levantada, le volvió la alegre sensación. Ellen haría que las cosas fueran distintas, lo arreglaría todo de modo que pudiera ir a una escuela donde todos fueran como todos los demás. Canturreando la canción de la nieve y el aquilón, se detuvo y abrió bruscamente el buzón. En el interior había una gruesa pila de cartas, encerradas, como lo descubrió, en sobres verde claro. Era como el recado de escribir que usaba su padre en su correspondencia con Ellen. Y la caligrafía de patas de araña era idéntica: Mr. Pepe Álvarez, a/c oficina de correos, Monterrey, México. Luego, Mr. Pepe Álvarez, a/c oficina de correos, Fukuoka, Japón. Y otra vez, y otra. Siete cartas, todas dirigidas a Mr. Pepe Álvarez, a cargo de las oficinas de correos de Camden, Nueva Jersey; Labore, India; Copenhague, Dinamarca; Barcelona, España, y Keokuk, Iowa.

Pero sus cartas no se encontraban entre ésas. Ciertamente recordaba haberlas puesto en el buzón. Pequeño Luz de Sol lo había visto hacerlo. Y entonces, ¿dónde estaban? Es claro, el cartero ya debía de haber llegado. Pero ¿por qué no oyó o vio el coche del cartero? Era un Ford semiderruido y producía un considerable estruendo. Y después, en el polvo, a sus pies, separadas de su envoltura de papel higiénico, vio sus monedas, cinco y un centavo, chispeando como ojos desiguales.

En el mismo instante el sonido de un disparo restalló como un latigazo en el silencio. Joel, inclinado para recoger las monedas, volvió un rostro paralizado hacia la casa. No había nadie en la galería, en la vereda, ni un signo de vida en ninguna parte. Otro disparo. Las alas de los halcones se agitaron mientras volaban sobre las copas de los árboles, y sus sombras barrían las hirvientes arenas del camino, como islas de negrura.

SEGUNDA PARTE

6

—Quédate quieto —ordenó Zoo, y sus ojos eran como raso en la luz de la lámpara de la cocina—. Nunca vi a un chico tan inquieto. Será mejor que te quedes quieto y me dejes cortarte este cabello. No puedo permitir que andes por aquí con el aspecto de una chica. En cualquier momento, chico, la gente comenzará a decir que tienes que hacer pis agachándote. —Tijeras de jardín chasquearon en torno de la taza, un tazón azul ajustado como un casco en la cabeza de Joel—. Tienes un cabello tan hermoso, color melaza, que me parece que podríamos vendérselo a los fabricantes de pelucas.

Joel se removió.

—Y entonces, ¿qué dijiste cuando ella dijo eso? —preguntó, ansioso de volver al tópico anterior.

—¿Dijo qué?

—Dijo que tenías el descaro de disparar un rifle cuando Randolph está tan enfermo.

—¡Ja! —gruñó Zoo—, pues me le planté delante y le dije, le dije: «*Miss* Amy, esos halcones nos quitarán la casa de entre las manos a menos que los ahuyentemos». Le dije: «Esta primavera ya se volaron con una docena de pollos gordos, y Mr. Randolph sentirá muy poco placer con su enfermedad si su estómago sigue vacío».

Sacando el tazón y haciendo un telescopio con las manos, giró en torno de la silla de Joel; observando el corte del cabello desde todos los ángulos.

—Esto es lo que yo llamo un buen corte —declaró—. Vé a mirarte en la ventana.

La noche plateaba el vidrio y su rostro se reflejaba, transparente en él, cambiando y mezclándose con el amarillo de la lámpara, cruzado de vuelos de insectos. Se vio a sí mismo y a través de su rostro y más allá; un pájaro

nocturno silbaba entre las hojas de la higuera, un chotacabras. Y las luciérnagas salpicaban el aire inundado de azul, surcaban la oscuridad como luces de barcos. El corte de cabello lo desfiguraba, porque, en silueta, lo hacía parecido a esos idiotas de enormes cabezas como globos terráqueos. Y ahora, debido a las alabanzas de Randolph, tenía aguda conciencia de su aspecto.

—Es espantoso —dijo.

—¡Bah! —respondió Zoo, echando los restos de la cena en una lata reservada a las lavazas para los cerdos—, eres tan ignorante como ese Keg Brown. Ya lo creo, él era el ser humano más ignorante que yo conocí. Pero tú también eres ignorante.

Joel, imitando a Randolph, levantó una ceja y dijo:

—Me atrevo a afirmar que conozco algunas cosas que me atrevo a asegurar que tú no conoces.

La elegante gracia de Zoo desaparecía cuando se movía por la cocina, limpiándola. El piso crujía bajo sus pisadas de animal y, cuando se inclinó para bajar la llama de la lámpara, la dolorida tristeza de su largo rostro resplandeció como un máscara.

—Creo —dijo ella, tironeando del pañuelo que llevaba al cuello y sin mirar a Joel—, creo que eres más listo que Zoo, pero creo también que ella sabe más de los sentimientos de la gente. Por lo menos ella no anda por ahí haciendo que la gente se sienta despreciable por ningún motivo en especial.

—Oh —respondió Joel—, oh, estaba bromeando, te lo juro. —Y abrazándola, aplastó el rostro contra su vientre. Zoo tenía un olor dulce, un curioso y oscuro olor agridulce, y sus dedos, deslizándose por el cabello de Joel, eran frescos y fuertes—. Te amo porque tú tienes que amarme.

—¡Señor, Señor! —exclamó Zoo soltándose—, ahora no eres más que un gatito, pero llegará el tiempo en que crezcas… ¡y qué hombre serás!

De pie en la puerta, Joel vio que la lámpara de ella dividía la oscuridad, vio colorearse las ventanas de Jesús Fiebre. Helo allí y hela allí, y entre ellos toda la noche. Fue una noche curiosa, porque Randolph se quedó en su cuarto y Amy, disponiendo las bandejas de la cena, una para Randolph y la otra, presumiblemente, para Mr. Sansom (ella dijo: «A Mr. Sansom no le gustan los guisantes fríos»), se detuvo en la mesa el tiempo suficiente para

tragar un vaso de leche cuajada. Pero Joel habló, y hablando alivió sus preocupaciones, y Zoo contó historias, largas, graciosas y tristes, y de tanto en tanto sus voces se unían y componían una canción, una balada estival de cocina.

Desde el comienzo notó en la casa sonidos complejos, sonidos al borde del silencio, suspiros decantados de piedra y madera, como si los añejos cuartos inhalaran-exhalaran constantes vientos, y oyó que Randolph decía:

—Nos hundimos, ¿sabes? El año pasado nos hundimos doce centímetros.

Se hundían en la tierra, esa casa, ellos, todos ellos se sumergían con la casa. Joel, moviéndose por la cámara, imaginó topos trazando túneles de plata por vestíbulos eclipsados, desfallecidas rosas deslizándose por cuartos atestados de tierra, lilas estallando a través de las órbitas de un cráneo. Vete, dijo, trepando hacia una lámpara que lanzaba una luz nerviosa sobre los peldaños de la escalera. Vete, dijo, porque su imaginación le hacía jugarretas, porque era terrible. Pero ¿era posible que desapareciese toda una casa? Sí, había oído hablar de cosas semejantes. Lo único que Mr. Misterio tenía que hacer era chasquear los dedos y, hubiera *allí* lo que hubiese, todo desaparecía. Y también los seres humanos. Podían esfumarse de la faz de la tierra. Eso era lo que le había sucedido a su padre; había desaparecido, no en una triste forma respetable, como su madre, sino simplemente desapareciendo. Y Joel no tenía motivos para suponer que alguna vez lo encontraría. De modo que, ¿para qué fingían? ¿Por qué no decían francamente: «No hay tal Mr. Sansom, no tienes padre» y lo echaban de la casa? Ellen siempre hablaba de las correctas formas cristianas de proceder. Él siempre se preguntaba qué querría decir con ello, y ahora lo sabía: decir la verdad era una correcta forma cristiana de proceder. Ascendió lentamente, despierto pero soñando, y en el sueño vio el Hotel Nube, vio sus inclinados cuartos podridos, sus ventanas rotas por el viento, con cortinados de tela de araña, y se dio cuenta de pronto de que ése no era ningún hotel y que, en verdad, nunca lo había sido. Era el lugar al que llegaba la gente y del que desaparecía de la faz de la tierra cuando moría pero no estaba muerta. Y pensó en el salón de baile que le describió Pequeño Luz de Sol; allí la oscuridad de la noche cubría los muros como

una tapicería, y los secos y delicados esqueletos de los pétalos de ramilletes esparcidos por el ondulado piso se pulverizaron bajo sus pisadas soñadas. Caminaba en la oscuridad, en el polvo de espinas, tratando de escuchar un nombre, el suyo, pero ni siquiera allí había un padre que lo nombrara. La sombra de un piano de cola manchaba el cielo raso como las alas de una mariposa, y ante el teclado, con los ojos empapados del blanco de la luz lunar, torcida la peluca de fríos rizos blancos, se sentaba la Dama. ¿Sería el fantasma de Mrs. Jimmy Bob Nube? ¿Mrs. Nube, que se había cremado a sí misma en una casa de pensión de St. Louis? ¿Cuál era la respuesta?

Le golpeó la rodilla y todo lo que sucedió sucedió rápidamente. Una breve mancha de luz llameó cuando una puerta se cerró estrepitosamente en el corredor de arriba, y luego sintió que algo lo golpeaba, pasaba junto a él, bajaba saltando los escalones… Y de pronto fue como si todos sus huesos se hubiesen desarticulado, como si sus partes vitales se hubiesen desenroscado como el muelle de un reloj roto. Una pelotita roja… rodaba y rebotaba en el piso de la cámara. Y él pensó en Idabel. Deseó tener un hermano, una hermana, alguien. Deseó estar muerto.

Randolph se inclinó sobre la balaustrada de arriba. Tenía las manos hundidas en los pliegues del quimono. Sus ojos eran chatos y vidriosos y, si vio a Joel, no dio señales de ello. Pronto, con el quimono susurrando, cruzó el corredor y abrió una puerta; y la excéntrica luz de varias velas flotó en su rostro. No entró; se quedó allí, moviendo las manos en forma curiosa. Luego, volviéndose, comenzó a bajar la escalera y, cuando finalmente llegó junto a Joel, dijo:

—Trae un vaso de agua, por favor.

Sin otra palabra volvió a subir y entró en el cuarto.

Y Joel, incapaz de moverse, esperó mucho tiempo en la escalera. Había voces en las paredes, suspiros decantados de piedra y madera, sonidos al borde del silencio.

—Entra. —La voz de Amy resonó en toda la casa y Joel, que aguardaba en el umbral, sintió que el corazón se le separaba.

—Cuidado, mi querido —previno Randolph, apoyado al pie de una cama con dosel—, no derrames el agua.

Pero Joel no podía impedir que le temblaran las manos ni lograba enfocar correctamente los ojos. Amy y Randolph, aunque separados, estaban fundidos como hermanos siameses. Parecían una especie de fantástico animal, medio hombre, medio mujer. Había bujías, una docena, más o menos, y el calor de la noche las vencía, las encorvaba. Un hogar de piedra caliza relucía con la luz de las velas, y un juego de campanillas de cristal, puesto en movimiento con la entrada de Joel, tintineó en la repisa como agua de arroyo. El aire apestaba a cigarrillos contra el asma, ropas de cama usadas y aliento alcohólico. El rostro almidonado de Amy estaba en perfil de moneda, ante una ventana cerrada en la que los insectos golpeaban con regularidad de péndulo de reloj. Concentrada en el bordado de un dechado, se balanceaba hacia atrás y hacia adelante, en una sillita de costura, y pinchaba rítmicamente con la aguja, sostenida en la mano enguantada, una tela de color lila. Parecía una máquina de cera, una muñeca de tamaño natural, y su concentración en la tarea resultaba artificial. Era como una persona que fingiera leer, pero con el libro patas arriba. Y Randolph, limpiándose las uñas con una pluma de ganso, estaba tan estilizado como ella en su actitud. Joel sintió que ambos interpretaban que su presencia allí era en cierto modo indecente, pero resultaba imposible retirarse, imposible avanzar. Sobre una mesita, junto a la cama, había dos objetos atrayentes: un globo iluminado, de vidrio esmerilado color rosa, en el que había pintadas escenas venecianas: góndolas doradas, perversos gondoleros y amantes que se deslizaban ante gloriosos palacios, por un canal de un azul sacarino; y un desnudo de vidrio lechoso, del que pendía un espejito de plata. En el espejito se reflejaba un par de ojos. En cuanto los vio, Joel se olvidó de todo lo demás.

Los ojos eran grises, lacrimosos; contemplaban a Joel con una especie de brillo torpe. Y pronto, como para saludarlo, se cerraron en un solemne guiño doble y se volvieron… de tal modo que ahora sólo los veía como parte de una cabeza, una cabeza afeitada que yacía sobre almohadas poco higiénicas, con la flojedad de un inválido.

—Quiere el agua —dijo Randolph, pasándose la pluma por debajo de la uña del pulgar—. Tendrás que dársela tú; pobre Eddie, está absolutamente desvalido.

Y Joel preguntó:

—¿Es él?

—Mr. Sansom —respondió Amy, con los labios tan apretados como el capullo de rosa que bordaba—. Es Mr. Sansom.

—Pero ustedes nunca me lo dijeron.

Randolph, tomándose del poste de la cama, se puso pesadamente de pie. El quimono se abrió, dejando ver vigorosos muslos rosados, piernas sin vello. Como muchos hombres pesados, podía moverse con inesperada agilidad, pero había bebido más de la cuenta y, mientras se acercaba hacia Joel, con una sonrisa paralizada apiñándole las facciones, parecía estar a punto de desplomarse. Se agachó para estar a la altura de Joel y musitó:

—¿Que no te dijimos qué, chiquito?

Los ojos volvieron a cubrir nuevamente el vidrio, su imagen se retorció en la móvil luz, y una mano adornada con el oro nupcial asomó por debajo de las mantas y soltó una pelota roja. Era una sugerencia, un desafío, y Joel, haciendo caso omiso de Randolph, se adelantó vivamente para tomarla.

7

Ella venía por el camino, pateando guijarros, silbando. Una caña de bambú, equilibrada sobre el hombro, apuntaba hacia el tardío sol del mediodía. Llevaba un cubo de melaza y usaba un par de anteojos oscuros como de juguete. Henry, el sabueso, caminaba junto a ella, bamboleando, acalorado, la roja lengua. Y Joel, que había estado aguardando al cartero, se ocultó detrás de un pino. Espera, esto sería bueno. Asustaría a la… vaya, ya estaba bastante cerca.

Y entonces ella se detuvo y se quitó los anteojos y los pulió en sus pantaloncitos caqui. Poniéndose la mano a modo de pantalla, miró directamente hacia el árbol de Joel y más allá. No había nadie en la galería del Desembarcadero, ni una señal de vida. Se encogió de hombros.

—Henry —dijo, y los ojos del perro giraron tristemente hacia arriba—. Henry, lo dejo librado a tu criterio. ¿Queremos que esté con nosotros, o no lo queremos? —Henry bostezó. Una mosca bordoneó dentro de su boca y él se la tragó—. Henry —continuó, observando cierto pino—, ¿te diste cuenta alguna vez de las sombras raras que tienen algunos árboles? —Una pausa —. Bueno, mi hermoso pisaverde, puedes salir.

Joel salió tímidamente a la luz.

—Hola, Idabel —dijo, e Idabel rió. Y esa risa era más ruda que el alambre espinoso.

—Mira, hijo mío —dijo—, el último chico que trató de hacerle una broma a Idabel todavía está recogiendo los pedazos. —Se puso nuevamente los anteojos y dio un vivo tirón a sus pantaloncitos—. Henry y yo vamos a pescar pez-gato para la comida. Si puedes prestar alguna utilidad, serás bienvenido.

—¿Qué quieres decir con «si puedo prestar utilidad»?

—Oh, poner gusanos en el anzuelo… —inclinando el cubo, le mostró su interior blanco, hirviente.

Joel, disgustado, apartó la mirada. Pero pensó: sí, le agradaría ir con Idabel; sí, cualquier cosa antes de estar solo. Poner gusanos en el anzuelo, besarle los pies, no importaba qué.

—Será mejor que te cambies de ropa —dijo Idabel—. Estás vestido como si fuera domingo.

En verdad, estaba usando su mejor traje, pantalones de franela blanca comprados para la Clase de Danzas. Se los había puesto porque Randolph le prometió pintarle el retrato. Pero durante la cena Amy le dijo que Randolph estaba enfermo.

—Pobre chico, ¡y con todo este calor…! Sin embargo, me parece que si perdiera un poco de peso no sufriría tanto. Angela Lee también era así; el calor la agobiaba.

En cuanto a Angela Lee, Zoo le había contado esta curiosa historia.

—Querido, una cosa sumamente peculiar le sucedió a esa anciana, le sucedió un poco antes de que muriera. Le creció la barba. Comenzó a surgirle de la cara, pelos bastante largos. Eran de color amarillo, y fuertes como el alambre. Yo solía afeitarla; y ella estaba paralítica de la cabeza a los pies, con la piel como la de un muerto. Pero esa barba le crecía tan rápido que casi no podía mantenerle la cara limpia, y, cuando murió, *Miss* Amy le pidió al barbero del pueblo que viniera. Bueno, señor, el hombre echó una sola ojeada y volvió a bajar la escalera y salió por la puerta del frente. ¡Te aseguro que no tuve más remedio que reírme!

—Es mi traje viejo —dijo él, temeroso de volver a la casa, a cambiarse, porque Amy podía decirle que era imposible que fuese y obligarlo, en cambio, a leer algo a su padre. Y su padre, como Angela Lee, estaba paralítico, impotente. Podía decir algunas palabras (chico, por qué, bueno, malo, pelota, barco), mover un poco la cabeza (sí, no) y un brazo (para dejar caer una pelota de tenis, la señal de pedido de atención). Todo su placer, todo su dolor, los comunicaba con los ojos, y sus ojos, como ventanas en verano, estaban muy pocas veces cerrados, siempre abiertos y mirando fijamente, incluso durante el sueño.

Idabel le dio el cubo de los gusanos para que lo llevara. Cruzando un cañaveral, trepando una vereda angosta, pasando junto a una casa de negros donde, en un patio, había un chiquillo desnudo acariciando a una cabrita negra, entraron en los bosques por una avenida de amargos cerezos silvestres.

—Nos emborrachamos como locos con ésas —dijo ella, refiriéndose a las cerezas—. Los gatos monteses ávidos se embriagan de tal modo que aúllan toda la noche. Deberías oírlos… gritando, locos de luna y de jugo de cerezas. —Pájaros invisibles, merodeando entre las hojas, susurraban, cantaban. Debajo de la inmóvil fachada del bosque los pies inquietos pisoteaban un musgo afelpado y una luz como de cal se filtraba para teñir la oscuridad natural. La caña de bambú de Idabel rozaba las ramas bajas, y el sabueso, ansioso y suspicaz, corría por entre redes de arbustos de moras. Henry, el centinela; Idabel, el guía; Joel, el cautivo. Tres exploradores en una solemne excursión por la tierra que caía en constante declive. Mariposas negras, de bordes anaranjados, revoloteaban sobre charcos del tamaño de una rueda, de agua de lluvia, y el deslizarse de sus alas se reflejaba en verdes superficies. Las mudas de una crótalo, semejantes a celofán, estaban esparcidas por la vereda y rotas telas de araña plateada cubrían las ramas caídas, muertas. Pasaron junto a una pequeña tumba humana; sobre la astillada cruz había una leyenda: «Toby. Muerto por el Gato». Hundida, con una cantidad de raíces de sicomoro surgiendo de sus profundidades, era, se veía fácilmente, una tumba vieja.

—¿Qué quiere decir eso de «muerto por el gato»?

—Sucedió antes de nacer yo —replicó Idabel, como si eso lo explicara todo. Salió de la vereda y se internó en un trozo de terreno cubierto de una gruesa capa de las hojas caídas el invierno anterior. Una mofeta correteó a lo lejos y Henry se abalanzó—. Este Toby, ¿sabes?, era un chiquillo negro, y su madre trabajaba para la anciana Mrs. Skully, como ahora lo hace Zoo. Era la esposa de Jesús Fiebre y Toby era el hijito de ambos. La vieja Mrs. Skully tenía un hermoso gato persa. Y un día, cuando Toby estaba dormido, el gato entró sigilosamente y pegó su boca a la de Toby y le sorbió toda la respiración.

Joel dijo que no lo creía. De ser así, entonces era verdaderamente la historia más horrible que había oído.

—No sabía que Jesús Fiebre había estado casado.

—Hay muchas cosas que no sabes. Toda clase de cosas extrañas… La mayoría de ellas sucedieron antes de que nosotros naciéramos. Eso es lo que hace que para mí sean mucho más reales.

Antes de nacer. Sí, ¿qué tiempo era entonces? Un tiempo como ahora, y cuando hubieran muerto seguiría siendo como ahora: esos árboles, ese cielo, esta tierra, esas bellotas, ese sol y esos vientos, todo igual; en tanto que ellos, con el corazón convertido en polvo, son los únicos que cambian. A los trece años Joel estaba más próximo a un conocimiento de la muerte de lo que lo estaría en cualquier año por venir. Una flor crecía en su interior. Y pronto, cuando todos los apretados pétalos se desenrollaran, cuando el cénit de la juventud ardiese blanquísimo, él se volvería y miraría, como otros lo habían hecho antes, buscando la abertura de otra puerta. En los bosques por los que transitaban, el incansable canto de las alondras había resonado durante un siglo, y más, y oleadas de ranas galopaban en bandas lunares. Allí cayeron estrellas y también flechas indias. Negros saltarines tocaron sus guitarras, cantaron baladas de tesoros enterrados por los bandidos, cantaron canciones quejumbrosos y fantasmales, baladas de tiempo ha, de antes de nacer.

—Para mí no. Eso no las hace tan reales —afirmó Joel, y se detuvo, anonadado todavía por la verdad de eso. Amy, Randolph, su padre, todos estaban fuera del tiempo, todos rodeaban el presente como espíritus. ¿Sería por eso que le resultaban tan semejantes a un sueño? Idabel se volvió y lo tironeó de la mano.

—Despierta —dijo. Él la miró, con los ojos grandemente abiertos, alarmados.

—¡Pero es que no puedo!

—¿No puedes qué? —preguntó ella.

—Oh, nada.

Viajeros tempraneros, descendieron juntos.

—Toma mis anteojos de color —ofreció Idabel—. Todo se ve mucho más bonito.

Los lentes color de hierba tiñeron el arroyo, en el que nerviosos bancos de mojarras pespunteaban el agua como agujas. De tanto en tanto, en los charcos más profundos, un ocasional flechazo de luz de sol iluminaba peces más grandes: gordas percas torpes que se movían lentamente, negras, bajo la superficie. La línea de Idabel temblaba en la corriente del centro, pero ahora, después de una hora, no había picado ni un solo pez, de modo que, plantando la caña firmemente entre dos raigones, se echó hacia atrás, apoyando la cabeza sobre el musgo.

—Bueno, devuélvemelos —ordenó.

—¿De dónde los sacaste? —preguntó, deseando tener un par.

—Los conseguí en la feria viajera —respondió ella—. La feria viajera viene todos los años, en agosto. No es muy grande, pero tienen una grúa móvil y una rueda gigante. Y también tienen un bebé de dos cabezas, en un frasco de vidrio. ¿Cómo conseguí los anteojos? Los gané. Solía usarlos todo el día, aun durante la noche, pero papá dijo que me arruinaría los ojos. ¿Quieres un cigarrillo?

Había solamente uno, un Wing arrugado. Cortándolo, ella encendió un fósforo.

—Mira —dijo—, puedo hacer pasar un anillo de humo a través del otro.

Los anillos se elevaban en el aire, azules y perfectos. Había tanta calma… Y, sin embargo, en torno se sentía un movimiento, sutil, secreto, cambiante. Las libélulas patinaban sobre el agua y algún movimiento repentino e invisible hacía caer campanillas de invierno, morenas ya, marchitas y carentes de perfume.

—No creo que pesquemos nada —declaró Joel.

—Nunca espero pescar nada —repuso Idabel—. Me agrada venir aquí y pensar en mis problemas. Nadie viene aquí a buscarme. Es un hermoso lugar… para acostarte y tomar las cosas con calma.

—¿Qué clase de problemas te preocupan? —preguntó él.

—Eso es cosa mía. Y, ¿sabes una cosa…? Eres un terrible entremetido. Nunca me atraparás a mí metiendo las narices en asuntos ajenos, ¡diablos,

no! Cualquier otra persona de la región… ¡qué!, ¡te come vivo, visto que eres un extraño y que vives en el Desembarcadero y todo lo demás! Mira a Florabel. ¡Qué fisgona es!

—Yo creo que ella es muy hermosa —dijo Joel, solamente para ofender.

Idabel no hizo comentario alguno. Arrojó el cigarrillo de un papirotazo y, ahorquillando los dedos entre los labios, silbó como un chico. Henry, caminando suavemente a lo largo del borde bajo del arroyo, trepó al ribazo, con la piel reluciente, empapada.

—Hermosa por afuera, sí; pero lo que cuenta es lo de adentro —dijo ella, abrazando al perro—. Constantemente le dice a papá que tendría que matar a Henry, que está mortalmente enfermo. Eso es lo que ella tiene adentro.

El rostro blanco de la tarde fue tomando forma en el cielo. Su enemigo, pensó Joel, estaba allí, detrás de esas nubes como de vidrio, como de humo. Fuera quien fuese su enemigo —o fuera lo que fuese—, su rostro era ése, dibujado allí, luminosamente inexpresivo. Y en ese sentido Idabel podía ser envidiada. Al menos ella conocía a sus enemigos. Tú y tú, podía decir; éste y el otro y el de más allá.

—¿Alguna vez tuviste miedo de perder el sentido?

—Nunca pensé en una cosa así —dijo, y rió—. Si haces caso a lo que dicen *ellos*, no tengo ninguna clase de sentido.

—No hablas en serio —replicó Joel—. Esto es lo que pienso: ¿ves alguna vez cosas, como, por ejemplo, gente, casas…? ¿Las ves, las sientes, sabes con toda seguridad que son reales… sólo que…?

—Sólo que no lo son. —Idabel finalizó la frase—. Esa vez que la serpiente me mordió, viví una semana en un lugar terrible donde todo reptaba, las paredes y los pisos, todo. Pero eso no era más que estupidez lisa y llana. Y, sin embargo, era una cosa peculiar, porque el verano anterior fui con tío August (él les tiene tanto miedo a las muchachas que no las mira; dice que yo no soy una muchacha. Adoro a mi tío August; somos como hermanos)… fuimos al río Perla… y un día estábamos remando en ese lugar oscuro y llegamos a una isla de serpientes. Era verdaderamente pequeña: apenas un árbol, pero estaba repleta de culebras venenosas. Hasta

colgaban de las ramas del árbol. Te digo que era escalofriante. Y cuando la gente habla de sueños convertidos en realidad, sé a qué se refieren.

—Eso no es lo que yo decía —repuso Joel con voz débil, confundida—. Los sueños son distintos, los sueños pueden perderse. Pero si tú ves algo… una dama, digamos, y la ves donde no debería de haber nadie, entonces ella te sigue constantemente, en el interior de tu cabeza. Quiero decir lo siguiente: la otra noche Zoo estaba asustada. Había oído el aullido de un perro y dijo que era su esposo que regresaba. Se acercó a la ventana. «Lo veo», dijo. «Está acuclillado bajo la higuera», dijo, «y sus ojos brillan, amarillos, en la oscuridad». Pero cuando yo miré no había nada más que nada.

Idabel pareció considerar excepcional todo eso.

—¡Oh, vamos! —dijo, sacudiendo la cabeza y convirtiendo los cortos cabellos rojos en un fuego sibilante y maravilloso—. Todos saben que Zoo está realmente loca. Una vez (y hacía tanto calor como ahora) yo pasaba por el camino y ella estaba allí, junto al buzón, con esa expresión tonta, y me dice: «¡Qué hermosa nevada tuvimos ayer por la noche!». Siempre hablando de la nieve, siempre viendo cosas, esa Zoo, esa Zoo loca.

Joel contempló a Idabel con malicia. ¡Qué embustera infernal era! Zoo no estaba loca. No lo estaba. Y, sin embargo, recordó la nieve de su primera conversación con ella. Caía rápidamente a su alrededor; los bosques lo enceguecieron, blancos, y la voz de Idabel, que seguía hablando, sonaba suave, dulcificada por la nieve.

—Es marca Marfil —dijo ella—. Flota.

—¿Para qué? —averiguó él, aceptando la pastilla de jabón que ella había sacado del bolsillo.

—Para lavarse, estúpido —informó ella—. Y no te muestres tan recatado. Cada vez que vengo aquí me doy un baño. Vamos, pon tus ropas en ese tocón, donde está la caña de pescar.

Joel miró tímidamente el lugar señalado.

—¡Pero tú eres una chica!

Con una expresión excesivamente despectiva, Idabel se irguió en toda su estatura.

—Hijo —dijo, y escupió entre los dedos—, lo que tú tienes en los pantalones no es ninguna novedad para mí y no es cosa que me preocupe. ¡Diablos, desde que salí del primer grado que no juego más que con chicos! Jamás me considero una niña. Es preciso que te acuerdes de eso, o jamás podremos ser amigos.

A pesar de toda su bravuconería, hizo esa declaración con una inocencia especial, forzada. Y cuando golpeó un puño contra el otro, como lo hizo entonces, frunciendo el entrecejo, y dijo «Querría ser un chico… Querría ser marinero… Querría…», la cualidad de su futilidad era conmovedora.

Joel se puso de pie y comenzó a desabotonarse la camisa.

Estaba acostado allí, sobre un lecho de fríos guijarros, y el agua fresca lo lavaba y ondulaba sobre él. Deseó ser una hoja, como las hojas arrastradas por la corriente que pasaban junto a él. Muchacho-hoja, se alejaría flotando suavemente, flotaría y se internaría en un río, en un océano, en la gran correntada del mundo. Apretándose la nariz, hundió la cabeza bajo el agua. Tenía seis años de edad y sus ojos color moneda de cobre estaban enormemente abiertos de terror. Espíritu Santo, dijo el sacerdote, metiéndole la cabeza en el agua bautismal. Él gritó y su madre, observándolo desde uno de los bancos delanteros de la iglesia, corrió hacia él, lo tomó en sus brazos y musitó tiernamente: «Mi querido, mi querido». Él levantó la cabeza fuera del gran silencio y, mientras Idabel chapoteaba y producía una ola juguetona, siete años se desvanecieron en un instante.

—Pareces un pollo desplumado —comentó Idabel—. Tan flaco y blanco.

Los hombros se le contrajeron a Joel de timidez.

A pesar de la verdadera falta de interés que Idabel mostraba en su desnudez, a él le resultaba imposible adaptarse tan negligentemente a la situación como ella parecía esperar.

—Quédate quieto ahora y te lavaré la cabeza —dijo Idabel. El cabello de ella era un laberinto de rizos enjabonados, como azúcar de torta. Desnudo, su cuerpo era incluso más juvenilmente masculino. Parecía toda piernas, como una grúa, o un andarín que caminara sobre zancos modificados… Toda piernas y pecas, que le moteaban los hombros un tanto

delicados y le conferían una expresión curiosamente ansiosa. Pero sus pechos habían comenzado ya a hincharse y había en sus caderas una leve sugestión de anchura inminente. Joel, que había concebido a Idabel como una muchacha lúgubre y pendenciera, se sorprendió de ver cuán alegre y graciosa podía ser. Moviendo rítmicamente los dedos en su cuero cabelludo, ella reía y bromeaba continuamente, y algunas de sus bromas eran más bien obscenas: «… de modo que el granjero dijo: "Claro que es un niño hermoso. Debería serlo, después de haber sido filtrado a través de un pañuelo de seda…"».

Como él no se rió, ella preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No lo entiendes? —Joel meneó la cabeza—. Y eso que eres de la ciudad… —suspiró ella.

—¿Qué quiso decir… filtrado a través de un pañuelo de seda?

—Olvídalo, hijo —dijo Idabel levantándole el cabello—, eres demasiado joven.

Joel pensó entonces que los chistes de Idabel no le resultaban claros ni siquiera a ella. La forma en que los contaba no era la suya propia. Y, preguntándose a quién imitaba, inquirió:

—¿Dónde oíste ese chiste?

—Me lo contó Billy Bob —respondió ella.

—¿Quién es él?

—Nada más que Billy Bob.

—¿Te agrada él? —averiguó Joel, sin comprender por qué se sentía tan celoso.

—Ya lo creo que me agrada —dijo ella, poniéndose de pie y saliendo del agua. Con la mirada fija en la corriente, mientras se movía lentamente y con tanta gracia, era como un pájaro en busca de alimentos—. Ya lo creo. Es prácticamente mi mejor amigo. Es terriblemente rudo Billy Bob. Recuerdo que en cuarto grado teníamos a esa espantosa *Miss* Aikens, y solía dejarle las manos en carne viva a Billy Bob con una regla, y él nunca lloraba.

Se sentaron en un lugar soleado, para secarse, y ella se puso los anteojos oscuros.

—Yo nunca lloro —mintió Joel.

Ella se puso boca abajo y, acariciando el musgo, dijo con dulce sinceridad:

—Bueno, yo sí. A veces lloro. —Lo miró con ansiedad—. Pero nunca se lo digas a nadie, ¿oyes?

Él quiso decir: «No, Idabel, querida Idabel, soy tu bueno y verdadero amigo». Y quiso tocarla, abrazarla, porque ésa parecía repentinamente la única forma de expresar lo que sentía. Aproximándose, acercó la cara y, con la respiración contenida, con delicadeza, la besó en la mejilla. Hubo un silencio. Tenues caprichos de luz y sombra parecen pasar entre ellos como la sombra de las hojas que se estremece en sus cuerpos. Y entonces Idabel se tornó rígida. Le tomó del cabello y comenzó a tirar. Y, cuando lo hizo, una terrible ira desconcertada invadió a Joel. Ésa era una verdadera traición. Y luchó. Enredados y forcejeando, con el cielo girando, descendiendo, moviéndose en círculo, rodaron y rodaron. Los anteojos oscuros cayeron y Joel, desplomándose hacia atrás, los sintió quebrarse debajo de él y cortarle las nalgas.

—Espera —jadeó—, por favor, espera. Estoy sangrando.

Idabel estaba a horcajadas sobre él y sus fuertes manos le apretaban las muñecas al suelo. Acercó su rostro enrojecido, iracundo, al de él.

—¿Te rindes?

—Estoy sangrando —fue lo único que Joel pudo responder.

De pronto, después de soltarlo, ella trajo agua y le lavó la herida.

—No te pasará nada —dijo, como si nada hubiera ocurrido. E, indefiniblemente, parecía ser así. Ninguno de los dos, por supuesto, podría explicar jamás por qué habían reñido.

—Lamento que se te hayan roto los anteojos —dijo Joel.

Los trozos de vidrio estaban esparcidos en la tierra como gotas de lluvia verde. Inclinándose, ella comenzó a recogerlos. Luego, pensándolo mejor, los dejó caer nuevamente.

—No tienes la culpa —respondió tristemente—. Quizá… quizá algún día ganaré otro par.

8

Randolph hundió su pincel en una jarrita de vinagre llena de agua y tentáculos purpúreos se extendieron como una enredadera de rápido crecimiento.

—No te sonrías, mi querido —dijo—. No soy un fotógrafo. Por otra parte, no podría considerárseme un artista. Es decir, siempre que definas como *artista* al que ve, toma y simplemente transmite. Para mí siempre existe el problema de la distorsión y nunca pinto tanto lo que veo como lo que pienso. Por ejemplo, hace algunos años (esto sucedió en Berlín) pinté a un muchacho no mucho mayor que tú, y, sin embargo, en mi cuadro parecía más viejo que Jesús Fiebre; y en tanto que en la realidad sus ojos eran del azul de la infancia, los que yo veía eran legañosos y perdidos. Y lo que yo veía era, en efecto, la verdad, porque el pequeño Kurt (así se llamaba) resultó ser un perfecto horror y en dos ocasiones trató de asesinarme… demostrando en las dos oportunidades, debo decirlo, un ingenio admirable. Pobre niño, quién sabe qué ha sido de él… o, ya que estamos en eso, de mí. Vaya, ésta es una cuestión sumamente interesante: ¿qué ha sido de mí? — Como para puntuar sus frases hundía constantemente el pincel, mientras hablaba, en la jarrita, y el agua, que se oscurecía cada vez más, tenía en su centro, como una flor oculta, una cuerda de rojo—. Muy bien, puedes moverte. Ahora descansaremos un minuto.

Suspirando, Joel miró en torno. Era la primera vez que entraba en el cuarto de Randolph. Al cabo de dos horas todavía no podía asimilarlo completamente, tan distinto era de todo lo que había conocido hasta entonces. Oro viejo y sedas opacas se reflejaban en recargados espejos. Lo hacía sentirse como si hubiera comido demasiadas golosinas. Grande como era la estancia, no tenía más que unos treinta centímetros de lugar libre.

Mesas labradas, sillas forradas de terciopelo, candelabros, una cajita alemana de música, libros y cuadros parecían derramarse los unos sobre los otros, como si los objetos arrastrados por una inundación hubieran entrado por la ventana, flotando, para quedarse allí. Detrás de su mesa de escribir, de forma de hígado, las paredes estaban cubiertas por las cáscaras de postales extranjeras, sin marcos. Seis de ellas, una serie del Japón, constituían para Joel una lección, aunque, hasta cierto punto, conocía ya el significado de lo que mostraban. Sobre una mesa larga, negra, tremendamente pesada, como una pieza de museo, había una exhibición consistente en parte de muñecas viejas, algunas de ellas desprovistas de brazos, de piernas; unas sin cabeza, otras cuyos ojos de cuentas miraban con inexpresiva mirada vidriosa, aunque sus entrañas, paja y aserrín, se dejaban ver a través de heridas abiertas. Todas ellas, empero, estaban exquisitamente ataviadas con una variedad de telas de terciopelo, encaje, lino… En el centro de esa mesa había una pequeña fotografía, en un marco de plata tan recargadamente labrado que resultaba absurdo. Era una fotografía ordinaria, evidentemente tomada durante un carnaval o en un parque de diversiones, porque las personas que aparecían en ella, tres hombres y una muchacha, tenían de fondo un humorístico telón con babuinos bizcos y canguros que miraban de reojo. Aunque estaba más delgado y más hermoso, Joel reconoció a Randolph en ella sin mucho esfuerzo. Y otro de los hombres también parecía familiar. ¿…Sería su padre? En verdad el rostro recordaba muy vagamente al hombre que estaba ahora al otro lado del corredor. El tercero, más alto que sus compañeros, era una espléndida figura, de potente complexión, e, incluso en una fotografía tan descolorida, muy oscuro, casi negroide. Sus ojos, estrechos, taimados y negros, relucían debajo de cejas tan espesas como bigotes, y sus labios, más rotundos que los de cualquier mujer, habían sido sorprendidos en una sonrisa insolente que acentuaba el efecto arrojado, casi de teatro de variedades, de un sombrero pajizo que llevaba, de un bastón que tenía en la mano. Había puesto un brazo sobre la joven, y ésta, una anémica criatura faunesca, lo miraba con completa admiración.

—Oh, sí —dijo Randolph estirando las piernas y encendiendo un cigarrillo mentolado—, no tomes en serio lo que veas allí. No es más que

una broma que me hago a mí mismo… me divierte y me horroriza… Una tumba un tanto llamativa, podrías decir. No hay día en este cuarto, ni noche. Las estaciones del año no cambian aquí; ni los años. Y cuando muera, si en verdad no he muerto todavía, entonces quiero morir borracho y encogido, como en el útero de mi madre, en la cálida sangre de la oscuridad. ¿No sería ése un final más bien irónico para quien, en lo hondo de su maldita alma, buscó una vida dulce y limpia? ¿Una vida de pan y agua, un simple techo para compartir con algún ser amado, nada más…? —Sonriendo, alisándose el cabello de la nuca, apagó el cigarrillo y volvió a tomar el pincel—. Puesto que he nacido muerto, ¡qué irónico que tenga que morir! Sí, he nacido muerto, literalmente. La partera tuvo la perversidad de darme unas palmadas para traerme a la vida. ¿Lo hizo, en verdad? —Miró a Joel con expresión divertida.— Contéstame: ¿lo hizo?

—¿Hizo qué? —preguntó Joel a su vez, puesto que, como de costumbre, no entendía. Randolph parecía estar siempre dialogando en secreto, en un lenguaje inescrutable, con alguna persona invisible—. Randolph —continuó—, por favor, no te enojes conmigo. Es que dices cosas de un modo tan extraño…

—No importa —replicó Randolph—, toda la música difícil debe ser escuchada más de una vez. Y si lo que te digo te parece ahora carente de sentido, en una mirada retrospectiva te parecerá demasiado claro. Y cuando esto ocurra, cuando se marchiten las flores que hay en tus ojos, irrecobrables como son, pues entonces, aunque ninguna lágrima me ayudó a disolver mi capullo, lloraré un poco por ti. —Levantándose, dirigiéndose hacia un enorme armario barroco, se puso unas gotas de colonia de limón, se peinó los bruñidos rizos y, con un poco de postura, se estudió en un espejo. Si bien lo reflejaba en todos los detalles esenciales, el espejo, de cuerpo entero y de fabricación francesa, parecía absorberle el color, despellejarlo y mudarle las facciones. El hombre del espejo no era Randolph sino cualquier otra personalidad a la que su imaginación deseaba que se pareciese. Y él, como corroborando esa teoría, dijo—: ¡Cómo pueden romantizarnos los espejos…! Y ése es su secreto. ¡Qué tortura sutil sería destruir todos los espejos del mundo! ¿Dónde buscaríamos entonces la confirmación de nuestra identidad? Te lo afirmo, mi querido, Narciso no fue

un egoísta… Fue simplemente otro de nosotros que, en su indestructible aislamiento, reconoció, al ver su imagen, al único camarada hermoso, al único amor inseparable… ¡Pobre Narciso! Posiblemente fue el único ser humano que se mostró honesto en ese sentido.

Lo interrumpió un tímido golpe en la puerta.

—Randolph —dijo Amy—, ¿ese chico está contigo?

—Estamos ocupados. Véte, véte…

—Pero, Randolph —se quejó ella—, ¿no te parece que debería ir a leerle algo a su padre?

—Te dije que te vayas.

Joel no permitió que su rostro expresara alivio o gratitud. Ocultar las emociones se estaba convirtiendo para él en un reflejo natural; a veces lo ayudaba a no sentir absolutamente nada. Ello no obstante, había una cosa que todavía no podía hacer, porque no se conoce aún la forma de dejar el cerebro completamente claro y vacío, y, fuera lo que fuese lo que borraba durante el día, surgía por la noche, en sueños, para dormir a su lado en un férreo abrazo. En cuanto a leerle a su padre, había hecho un extraño descubrimiento: Mr. Sansom nunca escuchaba realmente. Una lista de precios recitada de un catálogo de Sears y Roebuck le interesaba —como Joel lo descubrió en un experimento— tanto como un relato del salvaje Oeste.

—Antes de que ello ocurriera —dijo Randolph volviendo a sentarse—, antes de eso Ed era totalmente distinto… un deportista. Y, si tus cánones no son demasiado distinguidos, un hombre hermoso (allí, en esa fotografía, podrás verificarlo); pero, para decir la verdad, jamás lo quise mucho. Muy por el contrario. En primer lugar, el hecho de que fuera dueño de Pepe, o, más bien, que fuese su administrador. Pepe Álvarez es el del sombrero de paja y la muchacha… bien, la muchacha es Dolores. Naturalmente, no es una fotografía muy exacta. ¡Tan inocente…! ¿Quién podría \ imaginar que, sólo dos días después de tomada, uno de nosotros se derrumbó por una escalera con una bala en la espalda? —Interrumpiéndose para mover el tablero de dibujo, contempló a Joel, cerrando un ojo como un relojero—. Cuidado ahora, no hables. Te estoy dibujando los labios.

Una brisa entró por la ventana, agitando las muñecas encintadas y trayendo hasta el cuarto las aterciopeladas sombras, luces y olores, de afuera. Y Joel deseó estar allí afuera, donde en ese momento Idabel podía estar chapoteando por un pastizal, corriendo, con Henry pisándole los talones. La composición circular del rostro de Randolph se alargó, concentrada. Trabajó en silencio durante un largo rato, hasta que, finalmente —y fue como si todo lo que sucediera antes hubiera llevado indescriptiblemente a ello—, dijo:

—Permíteme que comience diciendo que yo estaba enamorado. Una confesión corriente, es verdad, pero no un hecho ordinario porque muy pocos de nosotros aprendemos que amor es ternura, y que ternura no es como muchos sospechan, piedad. Y poquísimos de entre nosotros sabemos que la felicidad en el amor no es la concentración absoluta de todas las emociones en otra. Uno siempre debe amar muchas cosas que el amado sólo puede simbolizar. Los verdaderos amados del mundo son, a los ojos de sus amantes, lilas en flor, fanales de barcos, campanas de escuela, un paisaje, conversaciones recordadas, amigos, el domingo de un niño, voces perdidas, el traje favorito de uno, el otoño y todas las estaciones, la memoria, sí (porque es la tierra y el agua de la existencia), la memoria. Una lista nostálgica, pero, naturalmente, ¿dónde podría encontrarse un tema más nostálgico? Cuando uno tiene tu edad, la mayoría de las sutilezas son pasadas por alto. Aun así, supongo que pensarás que es increíble, viéndome tal como soy ahora, que haya tenido alguna vez la inocencia de sentir un amor como ése. Empero, cuando tenía veintitrés años…

”Es la muchacha de la fotografía, Dolores. Y nos conocimos en Madrid. Pero ella no era española. Al menos no lo creo así, aunque en rigor nunca supe exactamente de dónde venía. Su inglés era perfecto. En cuanto a mí, hacía ya dos años que estaba en Europa, viviendo, por así decirlo y casi siempre, en los museos. Me pregunto si alguien habrá copiado alguna vez tantas obras de tantos maestros… Casi no había pintura de la que no pudiese hacer un facsímil sumamente atrayente… Y, sin embargo, cuando llegaba el momento de pintar algo personal, desfallecía y era como si careciese de percepción personal, de vida interior alguna. Era como la flor aérea cuyo polen no encuentra compañero.

”Dolores, por otra parte, era una de esas personas de las cuales consigo aveces extraer energías. Cuando estaba con ella sabía perfectamente que estaba vivo y por fin llegué a creer en mi propia validez. Por primera vez veía las cosas sin distorsión, completas. Ese otoño fuimos a París, y luego a Cuba, donde vivimos sobre la bahía de Matanzas, en una casa… ¿cómo podría describírtela? Era de piedra color rosa nube, con cuartos sembrados como oro y flores blancas en una enredadera de altos corredores y empinados escalones azules; con las ventanas ampliamente abiertas y el viento circulando por su interior; era como una isla, fresca y sumamente silenciosa. Ella era allí una niña, y dulce como una naranja, y perezosa, deliciosamente perezosa. Le agradaba quedarse desnuda, sentada, al sol, y dibujar animalitos minúsculos, sapos, abejas, ardillas, y leer revistas de astrología y trazar mapas siderales y lavarse el cabello (esto último lo hacía no menos de tres veces por día). Era también una gran jugadora y todas las tardes bajábamos a la aldea y comprábamos billetes de lotería, o una nueva guitarra. Tenía más de treinta guitarras y las tocaba todas (me es preciso admitirlo) horriblemente.

”Y otra cosa: hablábamos muy pocas veces. No recuerdo haber sostenido con Dolores una conversación larga. Siempre había entre nosotros algo mudo, callado. Y, sin embargo, nuestro silencio no era nada secreto, porque, en sí mismo, comunicaba esa maravillosa paz que algunas veces consiguen los que se entienden perfectamente bien… Pero no nos conocíamos mutuamente, porque en ese entonces ni siquiera nos conocíamos bien a nosotros mismos.

”Empero… Hacia fines del invierno descubrí el libro de los sueños. Todas las mañanas Dolores describía sus sueños en un enorme libro de recortes que mantenía oculto bajo un colchón. A veces escribía en francés, pero más a menudo en alemán o inglés. Pero, fuera cual fuese el idioma empleado, el contenido era siempre escandalosamente malévolo y no logré encontrarle sentido alguno, porque resultaba imposible identificar a Dolores con sus implacables sueños. Y yo siempre figuraba en ellos, siempre huyendo ante ella, o escondiéndome en las sombras. Y todos los días, mientras ella yacía desnuda al sol, yo encontraba la última página y me enteraba de cuán cerca había llegado ella en su persecución, porque en los

sueños anteriores había matado en Madrid a un amante a quien llamaba L. Y yo sabía que cuando alcanzara a R… también lo mataría.

”Dormíamos en una cama con un dosel y un velo que no dejaba pasar los mosquitos y filtraba la luz de la luna. Yo me quedaba despierto, contemplándola dormir, temeroso de ser atrapado en esa cabeza atiborrada de sueños. Y cuando llegaba la mañana Dolores se reía, me hacía bromas, me tiraba del cabello. Y después, cuando yo me iba, escribía… Bueno, he aquí lo que recuerdo: «R. está oculto detrás de un reloj gigantesco. El tictac de la máquina es como un trueno,/ como el latido de Dios, y las agujas, que tienen forma de dedos, señalan las tres y diecisiete. A las seis lo encontraré, porque no sabe que se esconde de mí; cree que es de sí mismo que huye. No quiero hacerle daño y huiría si pudiera, pero el reloj exige un sacrificio o, de lo contrario, no se detendrá jamás, y la vida debe detenerse en alguna parte, porque, ¿quién de entre nosotros puede aguantar su estruendo?».

”Aparte de todo lo demás, hay algo de verdad en eso. Es cierto que los relojes exigen su sacrificio. ¿Qué es la muerte, sino una ofrenda al tiempo y a la eternidad?

”Pues bien, cosa extraña, nuestras vidas estaban más entrelazadas que nunca. Hubo muchas ocasiones en que yo pude haberme ido, para no volver a verla más. Pero abandonarla habría sido negar el amor, y, si yo no amaba a Dolores, entonces ninguna de mis emociones había sido otra cosa que una sensación espuria. Ahora creo que ella no era del todo humana (una niña-éxtasis, si existe algo así, o un sueño ella misma) y que tampoco yo lo era… aunque por motivos de juventud, y la juventud es poco humana. No pude serlo, porque los jóvenes no creen en la muerte… Y, especialmente, no creen que la muerte llegue en formas distintas de la natural.

”En la primavera zarpamos hacia Florida. Dolores jamás había estado anteriormente en los Estados Unidos. Fuimos a Nueva York, que no le gustó, y a Filadelfia, que encontró igualmente tediosa. Por fin, en Nueva Orleáns, donde ocupamos un encantador departamento con un patio, se sintió feliz, y también yo. Y durante nuestras peregrinaciones desapareció el libro de los sueños. No sé dónde lo habría guardado, porque busqué en todos los lugares posibles. En cierto modo realmente fue un alivio no encontrarlo. Luego, una tarde, cuando volvía a casa desde el mercado,

caminando y llevando, ¡qué me dices!, una magnífica gallina viva, la vi conversando con un hombre a la sombra de la catedral. Había cierta intimidad en la actitud de ambos que me hizo morir por dentro. Me di cuenta de que no se trataba de un simple turista preguntando por una calle, y más tarde, cuando le dije lo que había visto, respondió (¡oh, muy negligentemente!), sí, era un amigo, alguien a quien había conocido en un café. ¿Querría yo que me lo presentara?

”Y bien, después de haber sufrido un daño, físico, espiritual, cualquiera, uno siempre cree que, de haber obedecido a una advertencia interior (en tales casos casi siempre se trata de una advertencia imaginaria), nada habría ocurrido. Aun así, aunque yo hubiera tenido un total conocimiento previo de las consecuencias, habría seguido adelante, porque en cada vida se presentan situaciones en que uno no es más que un hilo de una tela voluntariamente tejida por… ¿por quién diré? ¿Por Dios?

”Llegaron un domingo: el pugilista, Pepe Álvarez, y Ed Sansom, su administrador. Un implacable día caluroso, según recuerdo, y estábamos sentados en el patio, con abanicos y bebidas frescas. Difícilmente podría seleccionarse un grupo con menos cosas en común que el que formábamos los cuatro. Si no hubiese sido por Sansom, que era algo así como un bufón y, por lo tanto, nos distraía, la situación se habría puesto demasiado tensa, porque era imposible pasar por alto el coqueteo poco discreto entre Dolores y el joven mexicano. Eran amantes, hasta la torpe Amy podría haberlo visto, y yo no me sorprendí. Pepe era extraordinario. Su rostro era vivo pero como de sueños, brutal pero juvenil, extraño pero familiar (como resulta familiar algo de la infancia), a la vez tímido y agresivo, al mismo tiempo soñoliento y despierto. Pero quizás exagero cuando digo que él y Dolores eran amantes. El término implica, hasta cierto punto, reciprocidad, y Dolores, como se hizo evidente, no podía amar a nadie, tan atrapada estaba en un arrobamiento. Y, además, aparte de que llevaban a cabo una función agradable, ella no tenía sentimientos ni respeto para con los hombres o la personalidad masculina… esa personalidad que, a despecho de la leyenda, sólo puede ser apreciada con la adecuada sensibilidad por los miembros de su propia especie. Cuando el patio estaba ya quedando sumido en penumbras, miré a Pepe. Su piel de indio parecía contener toda la luz que

quedaba en el aire; sus chatos ojos, de astucia animal, brillantes como arrasados por las lágrimas, contemplaban exclusivamente a Dolores. Y, de pronto, con un leve sobresalto, me di cuenta de que no era de ella de quien tenía celos, sino de él.

”Más tarde, y aunque al principio tuve sumo cuidado en no revelar la calidad de mis sentimientos, Dolores comprendió intuitivamente lo que había sucedido. «¡Cuán extraño que necesitemos tanto tiempo para conocernos a nosotros mismos! Lo he sabido desde que te vi por primera vez» dijo, y agregó: «Pero no creo que él sea para ti. He conocido a muchos Pepes. Amalo, si quieres; todo terminará en nada». El cerebro puede aceptar consejos, pero el corazón, no. Y el amor, como que no tiene geografía, no reconoce límites. Ponle un peso y húndelo en lo más hondo; no importa: subirá y buscará la superficie. ¿Y por qué no? Cualquier amor que haya dentro de la naturaleza de una persona es natural y hermoso. Sólo los hipócritas hacen responsable a un hombre de lo que ama, sólo los analfabetos emocionales y los dueños de la santa envidia, que, en su agitada preocupación, confunden tan frecuentemente la flecha que señala el cielo con la que conduce al infierno.

”Este amor que yo sentía por Pepe era distinto, más intenso que nada de lo que sentía por Dolores, y más desolado. Pero es que estamos solos, querido niño, terriblemente solos, aislados los unos de los otros. Tan feroz es el ridículo del mundo que no podemos hablar o expresar nuestra ternura. Para nosotros la muerte es más potente que la vida, nos tironea, como un viento, a través de la oscuridad, con todos nuestros gritos trastrocados en una risa sin alegría y con toda la basura de la soledad metida en nosotros hasta que nuestras vísceras estallan sangrando, verdes. Vamos aullando por el mundo, agonizando en nuestros cuartos alquilados, en hoteles de pesadilla, eternos hogares del corazón transitorio. Hubo momentos, momentos maravillosos en que creí que estaba libre, que podría olvidarlo a él y a su violento rostro adormilado; pero él no me dejaba, no. Estaba siempre allí, sentado en el patio, escuchando a Dolores cuando tocaba la guitarra, riendo, hablando, cercano pero remoto, siempre presente, como yo en los sueños de Dolores. No podía soportar verlo sufrir. Era un tormento contemplarlo luchar, saltando rápida y cruelmente, verlo golpear, el

resplandor, la sangre y los moretones. Le di dinero, le compré sombreros color crema, brazaletes de oro (que él adoraba y usaba como una mujer), zapatos de vivos colores, camisas de seda color caramelo. Y también le regalé todas esas cosas a Ed Sansom. ¡Cómo me despreciaban ambos, pero no lo suficiente para rechazar un obsequio, oh, no! Y Dolores continuaba con Pepe en su extraña forma forzada, sin sentir realmente ningún interés en uno u otro sentido, sin preocuparse de si él se iba o se quedaba. Como una planta carente de cerebro, vivía (existía) fuera de su propio dominio en ese arriesgado libro de sueños. No podía ayudarme. Lo que más queremos es ser retenidos… y que nos digan… que todo (todo es una cosa graciosa, es la leche del niño y los ojos del papá, es los rugientes leños en una mañana fría, es lechuzas y el chico que te hace llorar a la salida de la escuela, es el cabello largo de mamá, es tener miedo y es caras contorsionadas en la pared del dormitorio)… que todo irá bien.

”Una noche Pepe vino a la casa completamente borracho y se dedicó, con el más amplio abandono, a) a castigar a Dolores con su cinturón; b) a hacer aguas en la alfombra y en mis cuadros; c) a lanzarme terribles insultos ofensivos; d) a romperme la nariz; e) y f) a otras cosas. Y esa noche yo caminé por las calles, y por los muelles, y hablé en voz alta conmigo mismo, tratando de convencerme de que me escapara, de que me quedara solo otra vez, dije, como si no estuviera solo, de que alquilara otro cuarto en otra vida. Me senté en la plaza Jackson. Aparte del tintineo de las campanillas de los tranvías, todo estaba callado y el Cabildo era como un palacio habitado por fantasmas. Un brumoso muchacho rubio estaba sentado a mi lado y me miró, y yo a él, y no fuimos desconocidos. Nuestras manos se movieron para el abrazo. Nunca oí su voz porque no hablamos. Es una lástima, me habría gustado tanto recordarla… La soledad, como la fiebre, medra en la noche. Pero allí, con él, estalló la luz, surgió en los árboles como un canto de pájaros. Y, cuando llegó el alba, me soltó los dedos y se alejó, ese muchacho brumoso, mi amigo.

”Ahora estábamos siempre juntos, Dolores, Pepe, Ed y yo. Ed con sus bromas, nosotros tres con nuestros silencios. Grotescos cuatrillizos (¿nacidos de qué fantásticos padres?), nos alimentábamos el uno del otro, como el cáncer se alimenta de sí mismo. Y, ¿quieres creerlo?, hay una

confusión de momentos que recuerdo con la clase de nostalgia que generalmente se reserva para cosas más dulces. Pepe (lo veo) está encendiendo un fósforo con la uña del pulgar, tratando de pescar con la mano desnuda un pececillo de color de la fuente. Estamos en un cinematógrafo, comiendo rosetas de maíz de la misma bolsita; él se ha dormido y se reclina sobre mi hombro; se ríe porque yo me horrorizo ante un corte que tiene en el labio, producto de una pelea; lo oigo silbar en la escalera, lo oigo subir hacia mí y sus pisadas no golpean tanto como mi corazón. Días, desvaneciéndose tan rápidamente como copos de nieve, revolotean hacia el otoño, caen en torno como hojas de noviembre; el cielo, frío y rojo de invierno, aterroriza con la luz que derrama. Duermo todo el día, con los postigos cerrados, cubiertos los ojos con la manta. Ha llegado el martes de Carnaval y vamos a un baile. Todos han elegido un traje, menos yo, Ed es un monje franciscano (que mordisquea un cigarro), Pepe es un bandido y Dolores, una bailarina. Pero a mí no se me ocurre qué ponerme y esto se convierte en un dilema de desproporcionada importancia. Dolores aparece la noche del baile con una tremenda caja rosada: transformado, yo soy una condesa y mi rey es Luis XVI. Tengo cabello plateado y zapatos de raso, un antifaz verde; estoy envuelto en sedas color alfóncigo y rosa. Al principio, ante el espejo, esto me horroriza, luego me alegra hasta el arrebato porque estoy sumamente hermoso. Y, más tarde, cuando comienza el vals, Pepe, que no me reconoce, me solicita la danza. Y yo, ¡oh, astuta Cenicienta!, sonrío bajo el antifaz, pensando: ¡Ah, si fuera realmente yo! Sapo convertido en príncipe, hojalata tornada en oro… ¡Vuela, serpiente emplumada, la hora envejece! Así termina una parte de mi saga.

”Otra primavera y se fueron. Era abril, el seis de ese lluvioso abril lila, apenas dos días después de nuestro feliz viaje a Pontchartrain… donde tomamos la fotografía y donde, en oscuridad simbólica, atravesamos el túnel del amor. Muy bien, escucha. Ya tarde ese día, cuando desperté, la lluvia estaba en la ventana y en el techo. Una especie de silencio, si puedo decirlo así, caminaba a través de la casa y, como la mayoría de los silencios, no era del todo silente. Tamborileaba sobre las puertas, repercutía en los relojes, restallaba en la escalera, se inclinaba hacia adelante para mirarme a

la cara y explotar. Abajo un aparato de radio hablaba y cantaba, pero yo sabía que nadie lo escuchaba. Ella se había ido, y Pepe con ella.

”El cuarto de Dolores estaba patas arriba. Mientras yo buscaba entre los escombros, se rompió una cuerda de guitarra y su sonido me hizo vibrar los nervios. Subí apresuradamente la escalera, con la boca abierta pero sin emitir sonido alguno. Todos los centros de mando de mi mente estaban entumecidos. El aire ondulaba y el piso se expendía como un acordeón. Alguien venía hacia mí. Lo sentí como una presión ascendiendo los peldaños. Irreconocidos, los visitantes parecían caminar rectamente hacia mis ojos. Primero pensé que era Dolores, luego Ed, luego Pepe. Quienquiera fuese, me sacudieron, rogaron y maldijeron. Ese canalla, dijeron, se fue, hijo de perra canalla, se fue con el coche, con toda la ropa y el dinero, se fue para siempre y siempre y siempre. Pero ¿quién? No podía ver. Un resplandor como proveniente de Jesús ardía en torno del que estaba allí. Pepe, ¿eres tú? ¿Ed? ¿Dolores? Me liberé, corrí al dormitorio y cerré la puerta. Inútil: el picaporte comenzó a girar y de súbito todo fue locamente claro. Dolores me había atrapado finalmente en sus sueños.

”De modo que busqué un revólver que guardaba envuelto en una media vieja. La lluvia había cesado. Las ventanas estaban abiertas y el cuarto estaba fresco y dulce de olor a lilas. Abajo el receptor de radio continuaba cantando y en mis oídos había el rugido que hacen los caracoles marinos. La puerta se abrió. Hice fuego una vez, otra… Y Jesús se disolvió y se convirtió en Ed, ataviado con un sucio traje de lino. Ed se plegó sobre sí mismo, se tambaleó hacia la escalera y rodó escalones abajo como una muñeca de trapo.

”Durante dos días permaneció encogido en la otomana, sangrando, gimiendo, gritando y pasando las cuentas de un rosario por entre los dedos. Te llamaba a ti, a su madre, al Señor. Yo no podía hacer nada. Y después vino Amy desde el Desembarcadero. Se portó muy bien. Encontró a un médico, un enanito negro que no era demasiado exigente. De pronto el tiempo se pasó como si estuviéramos en julio, pero esas semanas eran el invierno de nuestras vidas. Las venas se congelaban y se resquebrajaban de frío, y, en el cielo, el sol era como un trozo de hielo. El pequeño doctor, anadeando por la habitación con sus piernecitas de veinte centímetros, reía

y reía y mantenía la radio sintonizada en programas cómicos. Todos los días yo despertaba diciendo: «Si llego a morir…», sin darme cuenta de cuán muerto estaba ya y con sólo un recuerdo arrastrándose detrás de Dolores y Pepe… dondequiera que estuviesen. Me dolía por Pepe, no porque lo hubiese perdido (sí, un poco por eso), sino porque, en definitiva, sabía que Dolores lo encontraría también a él. Es fácil escapar a la luz del día, pero la noche es inevitable y los sueños son la jaula gigantesca.

”En pocas palabras: Ed y Amy se casaron en Nueva Orleáns. Era la fantasía de ella convertida en realidad, ¿sabes? Por fin era lo que siempre había querido ser: una enfermera… con un puesto más o menos permanente. Y después todos regresaron al Desembarcadero, idea de Amy, y la única solución, porque él nunca volvería a estar bien. Supongo que seguiremos juntos hasta que se hunda la casa, hasta que el jardín crezca y las malezas nos sumerjan en su profundidad”.

Randolph, dejando a un lado su tablero de dibujo, se derrumbó sobre la mesa de trabajo. La oscuridad había caído mientras él hablaba y barrido el cuarto con un tono azul. Afuera los gorriones llamaban a dormir y su parloteo nocturno era puntuado por una solemne rana. Muy pronto Zoo haría resonar la campana para llamar a comer. Nada de eso era evidente para Joel. Ni siquiera tenía sensación de estar envarado por haber pasado tanto tiempo en la misma posición. Era como si la voz de Randolph continuara diciendo en su cabeza cosas suficientemente reales pero no creíbles por necesidad. Se sentía confundido porque el relato era como una película sin argumento ni motivos. ¿Habría Randolph hecho fuego realmente sobre su padre? Y, lo más importante de todo, ¿dónde estaba el final? ¿Qué había ocurrido con Dolores y el espantoso Pepe Álvarez? Eso era lo que quería saber y eso fue lo que preguntó.

—Si lo supiera… —dijo Randolph. Se interrumpió, acercó un fósforo a la vela. La repentina luz le halagó el rostro, hizo que la piel rosada e imberbe fuese más impecablemente joven—. Pero, mi querido, tan pocas cosas se completan… ¿qué son la mayoría de las vidas, sino una serie de episodios incompletos? *Trabajamos en la oscuridad, hacemos lo que podemos, damos lo que tenemos. Nuestra duda es nuestra pasión y nuestra*

pasión es nuestra tarea… El hecho de querer conocer el final es lo que nos hace creer en Dios, o en la brujería; lo que nos hace creer, al menos, en algo.

Joel todavía quería saber.

—¿No trataste siquiera de averiguar adónde habían ido?

—Allá —dijo Randolph con una sonrisa cansada— hay un volumen que pesa dos kilos y medio y en el que se encuentra la lista de todas las ciudades y villorrios del globo. Ese almanaque es lo único en que yo creo. Día tras día he recorrido sus hojas, escribiendo a Pepe siempre a cargo de la oficina de correos. Apenas unas notas, nada más que mi nombre y lo que, por conveniencia, llamaremos dirección. Oh, ya sé que nunca recibiré una respuesta. Pero ello me proporciona algo en qué creer. Y eso es la paz.

Abajo sonó la campana de la cena. Randolph no se movió. Su rostro pareció contraerse con una expresión de triste culpabilidad.

—He sido débil esta tarde, y sumamente perverso —dijo poniéndose de pie para que Joel aceptara una invitación de brazos abiertos—. Perdóname, querido Joel. —Y luego, con una voz tan urgente como la de la campana, agregó—: Y, por favor, dime lo que quiero oír.

Joel recordó.

—Todo —dijo dulcemente—, todo irá bien.

9

Jesús Fiebre era un hombre enfermo. Durante más de una semana le fue imposible retener nada en el estómago. Su piel estaba arrugada como una hoja seca, y sus ojos, cubiertos de una película lechosa, veían cosas extrañas. Juraba que el padre de Randolph estaba agazapado en un rincón de la cabaña. Todas las secciones cómicas de los periódicos y los anuncios de Coca-Cola que cubrían las paredes eran —se quejaba— malignos y ofensivos. Un ruido como el restallar de un latigazo le chasqueaba en la cabeza. Un ramillete que Joel le había traído se convirtió repentinamente en una bandada de canarios que cantaban y revoloteaban locamente por la habitación. Se sentía preocupado hasta el frenesí por un desconocido que lo miraba fijamente desde un tétrico espejito que pendía sobre la repisa de la chimenea. Pequeño Luz de Sol, que llegó para proporcionar la ayuda que le fuera posible, cubrió el espejito con un costal vacío de harina a fin de que, según explicó, el alma de Jesús Fiebre no pudiera ser atrapada allí. Colgó un amuleto del cuello del viejo, espolvoreó el aire con mágicos polvos de jengibre y desapareció antes de la salida de la luna.

—Zoo, hija —dijo Jesús—, ¿por qué me dejas helarme de este modo? Atiza el fuego, hija, hace más frío que en el fondo de un pozo.

Zoo habló con tono razonable:

—Papabuelo, vamos, querido, nos vamos a derretir todos… Hace tanto calor aquí que Mr. Randolph se cambia de ropa tres veces por día.

Pero Jesús no quería escuchar y pedía una manta para envolverse las piernas, una media de lana para ponerse en la cabeza. Argüía que toda la casa se agitaba con el viento. Pero, mira, ahí estaba el viejo Mr. Skully, con la hermosa barba roja blanqueada por la escarcha. De modo que Zoo salió a la oscuridad del patio, para traer un brazado de leña para el fuego.

Joel, que quedó en la cabaña, se sobresaltó cuando Jesús lo llamó en secreto. El anciano estaba sentado en una mecedora de junquillo, con las rodillas cubiertas de una gastada colcha de flores de terciopelo. No podía estar en cama. Una posición horizontal le molestaba la respiración.

—Méceme la mecedora, hijo —dijo con voz delgada y aguda—. Me descansa… me hace sentir como si viajara en un carro y todavía me quedara mucho por viajar. —Una lámpara de querosén ardía en el cuarto. La mecedora, cuya sombra se reflejaba en la pared, siseaba con un suave sonido adormecedor—. ¿No sientes el frío, hijo?

—Mamá también tenía frío —repuso Joel, y un estremecimiento punzante le cosquilleó en la espina dorsal. No mueras, pensó, y, mientras movía la mecedora, las maderas susurraban no mueras, no mueras. Porque, si Jesús Fiebre moría, entonces Zoo también se iría y ya no quedaría nadie más que Amy, Randolph, su padre. Pero no era tanto los tres como el Desembarcadero y el frágil silencio de vivir bajo una campana de vidrio. Quizá Randolph se lo llevaría. Se había hecho cierta mención de un viaje. Y él había escrito nuevamente a Ellen, con toda seguridad algo se presentaría por ese lado.

—Papabuelo —dijo Zoo trayendo un atado de leña—, eres terriblemente desconsiderado, haciéndome correr por afuera, en la oscuridad, donde hay toda clase de criaturas salvajes arrastrándose, con ganas de darme un mordisco y sacarme un suculento bocado. Hay olor a gato montés en el aire, por cierto. ¿Y quién sabe si Keg no se escapó de la cuadrilla? Joel, querido, échale el cerrojo a la puerta.

Cuando el fuego comenzó a arder, Jesús pidió que le acercaran la mecedora a la chimenea.

—Solía saber tocar el violín —dijo, contemplando ávidamente las llamas que se deslizaban hacia arriba—… el reumatismo me sacó la música de los dedos. —Meneó la cabeza, se sorbió las encías y escupió al fuego—. No te preocupes por mí, chica —se quejó, cuando Zoo trató de arreglar la manta—. Ahora quiero que me traigas mi espada. —Ella volvió del otro cuarto con una hermosa espada de empuñadura de plata. Sobre la hoja se veía la inscripción: «No me desenvaines sin motivos… No me envaines sin honor.»— Me la dio el abuelo de Mr. Randolph, hace más de sesenta años.

En los días anteriores había extraído, uno a uno, todos sus tesoros: un polvoriento violín resquebrajado, su sombrero hongo con la pluma, un reloj Ratón Mickey, sus botinas anaranjadas, tres monitos que no veían, oían ni decían maldades… Estas y otras cosas preciosas yacían esparcidas por toda la cabaña, porque él no permitía que volvieran a guardarlas.

Zoo regaló a Joel un puñado de nueces de pacana y un cascanueces para romperlas.

—No tengo hambre —dijo él, y apoyó la cabeza en el regazo de ella. No era un regazo cómodo como el de Ellen. Se podía sentir muy claramente el músculo tenso y los huesos. Pero ella pasaba juguetonamente los dedos por el cabello de Joel y eso era dulce—. Zoo —dijo quedamente, porque no quería que el anciano escuchara—. Zoo, va a morir, ¿no es cierto?

—Supongo que sí —repuso ella, y había poco sentimiento en su voz.

—¿Y entonces te irás?

—Creo.

Entonces Joel se enderezó y la miró con furia.

—Pero ¿por qué, Zoo? —preguntó—. ¡Dime por qué!

—Cállate, chico, habla despacio. Siguió un lento instante en el que ella retorció su pañuelo, buscó a tientas y encontró el amuleto que le diera Pequeño Luz de Sol. No servirá para siempre —dijo, golpeando el talismán. Algún día él volverá, con intenciones de tajearme. Lo sé tan bien como cualquier otra cosa. Lo he visto en mis sueños. Y mi corazón se detiene cada vez que cruje el suelo. Cada vez que un perro aúlla pienso: es él, es él que viene, debido a que los perros odian por naturaleza a Keg y rompen a ladrar cada vez que lo huelen.

—Yo te protegería, Zoo —suplicó él—. De veras, no dejaría jamás que nadie te hiciera daño.

Zoo rió, y su risa pareció volar por el cuarto como un aterrador pájaro negro.

—¡Pero si Keg podría derribarte con una sola mirada de sus ojos! —Comenzó a temblar en la sofocante habitación—. Algún día vendrá y pasará por esa ventana y nadie oirá nada. O, si no, me lo encontraré esperándome en la oscuridad, entre aquí y la casa, con su larga navaja reluciente. ¡Señor,

se la he visto un millón de veces! De modo que tengo que huir, tengo que ir a donde haya nieve y no pueda atraparme.

Joel le apretó la muñeca.

—Si me dejaras ir contigo, Zoo… ¡Oh, podríamos divertirnos tanto…!

—No digas tonterías, chiquillo.

El gato amarillo salió corriendo de abajo de la cama, pasó a toda velocidad ante el fuego, arqueó el lomo y siseó.

—¿Qué vio? —gritó Jesús, apuntando con la espada. La luz del fuego corrió por la delgada hoja como una araña de oro—. Contéstame, gato, ¿has visto algo? —El gato se sentó y miró fríamente al viejo. Jesús lanzó una risita ahogada—. Tratando de bromear con el viejo Jesús —dijo, meneando el dedo—. Tratando de asustarlo. —Se cerraron sus ojos de mirada azul, casi ciegos.

Echó hacia atrás la cabeza y la media se bamboleó como una coleta chinesca; suspiró y dijo: —No tengo tiempo para bromas, gato—. Y luego, apretando la espada contra el pecho:— Mr. Skully me la dio el día de mi boda. Yo y mi mujer saltamos por sobre la escoba y Mr. Skully dijo: «Bueno, Jesús, estás casado». El sacerdote viajero vino a decirnos, a mí y a mi mujer, que eso no era correcto, dijo que el Señor no lo tolerará. Y ya se ve: el gato mató a Toby y mi mujer se apena y se cuelga de un árbol, enorme mujer gorda, hizo que la rama se doblara en dos. Cuando yo era así de alto, mi padre cortaba sus latiguillos de ese árbol… —recordando. Era como si su mente fuese una isla en el tiempo y el pasado, el mar que la rodeaba.

Joel rompió una pacana y lanzó la cáscara al fuego.

—Zoo —dijo—, ¿oíste hablar alguna vez de alguien llamado Alcibíades?

—¿Quién?

—Alcibíades. No sé. Es alguien a quien Randolph dice que me parezco.

Zoo meditó.

—Debes de haber oído mal, querido. Lo más probable es que el nombre que dijo haya sido Alicastro. Alicastro Jones es un chico de Capilla Paraíso que solía cantar en el coro. Parecía un ángel blanco, era tan hermoso que

logró que el sacerdote y toda clase de hombres y mujeres lo amaran. Al menos, eso es lo que dice la gente.

—Apuesto a que puedo cantar mejor que él —declaró Joel—. ¿Sabes?, apuesto a que podría cantar en teatros de variedades y ganar carradas de dinero, suficiente para comprarte un abrigo de pieles, Zoo, y vestidos como los que aparecen en los periódicos dominicales.

—Yo quiero vestidos rojos —dijo Zoo entrando en el espíritu de la cosa —. El rojo me queda muy bien. ¿Tendremos un auto?

Joel estaba delirante. Todo parecía tan real… Helo ahí, bañado por las luces de los reflectores, llevando un smoking con una gardenia en la solapa. Pero solamente conocía una canción que podía cantar entera. De modo que dijo:

—Oye, Zoo —y cantó «Noche silenciosa, noche sacra, todo es calma, todo es brillo en torno a tu Vir…». Su voz, hasta ese momento alta y dulce como la de una muchacha, se quebró en forma fea, misteriosa.

—Ahá —asintió Zoo, enterada—. El sapito está creciendo y convirtiéndose en un pez.

En el hogar un leño, estallando dramáticamente, lanzó un siseo de chispas. Luego, sin previo aviso, un nido de pájaros deshollinadores recién nacidos cayó entre las llamas y rápidamente se encendió. Los pajarillos ardieron sin hacer un sonido ni un movimiento. Joel, casi estupefacto, permaneció silencioso, y la voz de Zoo estaba torpemente sorprendida. Sólo Jesús habló:

—En el fuego —dijo, y, si no hubiera habido tanto silencio, no lo habrían oído—; primero viene el agua y al final viene el fuego. No digan que no hay un lugar en el Buen Libro, porque estamos en el medio. ¿Sí? No lo recuerdo… no, nada. Tú —su voz se elevó, chillona—, ¡vosotros! ¡Se está poniendo caluroso, se está incendiando!

10

Una tarde gris, curiosamente fría, una semana más tarde, Jesús Fiebre murió. Fue como si alguien hubiera estado haciéndole cosquillas en las costillas, porque murió en un espasmo de desesperadas risitas.

«Quizá», como dijo Zoo, «Dios le dijo algo intensamente gracioso». Lo vistió con su trajecito de tirantes, sus botinas de cuero anaranjado y su sombrero hongo. Le apretó en la mano un ramillete de violetas y lo puso en un cajón de cedro. Allí permaneció dos días, mientras Amy, con la ayuda de Randolph, resolvía acerca de la ubicación de su tumba. Bajo el árbol de la luna, dijeron finalmente. El árbol de la luna, así llamado por sus redondos capullos marfileños, crecía en un lugar solitario, muy lejos, detrás del Desembarcadero. Y allí cavó Zoo, sin nadie que la ayudara, aparte de Joel. La somera excavación que consiguieron hacer al fin le recordó a Joel todos los estanques de natación de los patios traseros, cavados en veranos que ya parecían muy distantes. Transportar el cajón de cedro fue una faena ardua. Finalmente ataron una cuerda a John Brown, el viejo mulo, y éste lo arrastró hasta el borde de la tumba.

—Papabuelo se sentiría profundamente complacido si supiera quién lo arrastra a su hogar —dijo Zoo—. Papabuelo te quería mucho, John Brown. «Es el mulo más seguro que jamás he conocido», me dijo muchas veces. Acuérdate de eso. —A último momento Randolph hizo avisar que no podría estar presente para el funeral, y Amy, que trajo el mensaje, dijo una oración en su nombre, es decir, masculló una o dos palabras y se persignó. Para la ocasión usaba un guante negro.

Pero para Jesús no hubo plañideras. El trío que se encontraba bajo la sombra del árbol de la luna era como cualquier grupo distraído, reunido en una estación de ferrocarril para despedir a un amigo, y, como esas reuniones

ansían el silbato del tren que las liberará, así querían ellos oír el primer golpe sordo de la tierra sobre la tapa de cedro. Le pareció extraño a Joel que la naturaleza no se hiciera eco de un acontecimiento tan solemne. Las nubes, como flores de algodonero en un cielo tan escandalosamente azul como los ojos de un gatito, eran ofensivas en su dulce irrespetuosidad. Un residente de más de cien años en un mundo tan estrecho merecía un homenaje más alto. El cajón de cedro se dio vuelta cuando lo bajaron a la tumba, pero Zoo dijo:

—No hagas caso, querido. No tenemos la fuerza de los gigantes paganos. —Meneó la cabeza—. ¡Pobre papabuelo, se va al cielo boca abajo! —Desplegando su acordeón, abrió las piernas en compás, echó hacia atrás la cabeza y gritó—: ¡Señor, acógelo en tu seno, transpórtalo por todas partes, Señor, nunca, nunca lo sueltes, Señor, él ha visto la gloria, Señor, él ha visto la luz…!

Hasta entonces Joel no había aceptado del todo la muerte de Jesús Fiebre. Una persona que había vivido tanto tiempo no podía morir. En su mente vagaba el pensamiento de que el viejo se estaba fingiendo muerto. Pero cuando la última nota del réquiem de Zoo se tornó en silencio, entonces fue cierto, entonces Jesús estuvo realmente muerto.

El sueño de esa noche fue como un enemigo. Sueños; un pez alado, vengador, nadó subiendo y bajando hasta que la luz, casi al rayar el alba, le abrió los ojos. Abotonándose apresuradamente los pantalones se deslizó hacia abajo, a través de la casa sumida en el silencio y salió por la puerta de la cocina. Arriba la luna palidecía como una piedra hundiéndose bajo el agua y el enmarañado color de la mañana subía velozmente al cielo, temblando allí en incertidumbre de tonos de pastel.

—¿No me llevo una carga de burro? —gritó Zoo cuando él cruzó el patio y llegó hasta donde estaba ella, en la galería de la cabaña. Una manta rellena hasta rebosar de cosas se abultaba en su espalda. Llevaba el acordeón atado al cinturón y pendía allí como un gusano. Aparte de todo eso tenía una caja bastante grande de jalea de dulce—. Cuando llegue a Washington D. C. voy a tener una joroba —dijo, y su voz sonaba como si se hubiera bebido varios litros de vino. Su alegría, en la luz sombría de la

salida del sol, resultó intolerable para Joel. ¿Qué derecho tenía ella a ser tan feliz?

—No puedes llevar todo eso. En primer lugar, pareces una loca.

Pero Zoo flexionó los brazos y golpeó con el pie en el suelo.

—Querido, me siento como noventa y nueve locomotoras. Saldré de aquí como un relámpago. Calculo estar en Washington D. C. antes de que oscurezca. —Retrocedió en una especie de afectación y, como si estuviese a punto de hacer una reverencia, se tomó el ruedo de la almidonada falda de calicó—. Hermosa, ¿eh?

Joel entrecerró los ojos con expresión de crítico. Zoo tenía el rostro empolvado con harina, una especie de aceite rojizo le inflamaba las mejillas, se había perfumado con vainilla y engrasado el cabello hasta dejarlo lustroso. Alrededor del cuello exhibía un pañuelo de seda color limón.

—Vuélvete —ordenó él. Luego, después de que ella obedeció, Joel se apartó, suprimiendo mordazmente los comentarios.

Ella aceptó plácidamente ese insulto, pero dijo:

—¿Por qué pones una cara tan larga y te enojas de ese modo? Me parece que deberías estar contento por mí, ya que somos amigos y todo.

Él arrancó un brazo colgante de hiedra, acción que hizo balancearse a todos los tiestos del alero de la galería. Chocando unos contra otros, hicieron un ruido semejante al de una serie de puertas que se cerraran.

—Oh, eres terriblemente gracioso. ¡Ja, ja, ja! —Él le lanzó una de las frías miradas enarcadas de Randolph.

—Nunca fuiste mi amiga. Pero, en fin de cuentas, ¿por qué una persona como yo habría de tener algo en común con una persona como tú?

—Chiquillo, chiquillo —dijo Zoo, y su voz se mecía con ternura—… chiquillo, te hago una promesa. Cuando lo tenga todo arreglado… te haré ir adonde esté y te cuidaré por el resto de tus días. Ante el Todopoderoso, que me muera si no cumplo esta promesa.

Joel se apartó, se arrojó contra un poste de la galería, lo abrazó y se aferró a él como si solamente él lo entendiera y lo amara.

—Espérate —dijo ella firmemente—. Eres casi un hombre crecido. ¡Qué idea, enojarse como una nenita! ¡Pues te aseguro que me molestas! He

aquí que yo estaba a punto de regalarte la magnífica espada de papabuelo… Pero, puesto que no eres suficientemente hombre como para tenerla…

Abriendo la cortina de hiedra, Joel salió al patio. Alejarse rectamente y no mirar hacia atrás: eso la castigaría. Pero cuando llegó al raigón de árbol y ella todavía no había cedido, no lo había llamado, se detuvo, volvió sobre sus pasos, hasta la galería, y, mirando seriamente los ojos africanos de Zoo, preguntó:

—¿Me mandarás a buscar?

Zoo sonrió y lo levantó a medias.

—En cuanto consiga un lugar para guarecernos.

—Buscó en el atado envuelto por la manta y sacó la espada. —Ésta era la cosa que más orgullo le daba a papabuelo— dijo. —No la deshonres.

Él se la ciñó a la cintura. Era un arma contra el mundo, y el chiquillo se puso tenso con la fría grandeza de la vaina, que le golpeaba contra el pie. De pronto se sintió intensamente poderoso e intrépido.

—Te agradezco mucho, Zoo —dijo.

Tomando el atado y la caja de dulces, ella descendió los escalones tambaleándose. Su respiración surgía en gruñidos y, con cada movimiento brusco, el acordeón, saltando, salpicaba una lluvia de notas discordantes. Atravesaron el jardín y llegaron al camino. El sol viajaba por la distancia orlada de verde. Hasta donde uno podía ver, el azul del alba se levantaba sobre los árboles y capas de luz se desenrollaban sobre la tierra.

Espero estar más allá de Capilla Paraíso antes de que el rocío se haya evaporado del suelo. Por suerte tengo la manta a mano. Es posible que en Washington D. C. haya mucha nieve.

Y eso fue lo último que dijo. Joel se detuvo ante el buzón.

—¡Adiós! —gritó, y se quedó allí contemplando, hasta que ella se hizo tan pequeña como una cabeza de alfiler, hasta que se perdió, hasta que el acordeón se calló, desapareciendo.

—… ninguna gratitud —lloriqueó Amy—. Buenos y benévolos, así fuimos nosotros, siempre, ¿y qué hace ella? Se va, Dios sabe adonde, dejándome con una casa llena de personas enfermas, ninguna de las cuales tiene suficiente sensatez como para limpiar un bacín. Y lo que es más, soy,

por sobre todas las cosas, una dama. Se me crió como tal y estudié el curso completo de cuatro años en la Escuela Normal. Y si Randolph cree que voy a hacer de enfermera de huérfanos e idiotas… ¡Maldita sea Missouri! —Su boca se movía en una repugnante forma furiosa—. ¡Negros! Angela Lee me previno una y otra vez, me dijo que nunca confiara en un negro. Sus cerebros y su cabello están llenos de ensortijamientos por igual. Aun así, me parece que podría haberse quedado para preparar el desayuno. —Sacó del horno una sartén de bizcochos y dispuso éstos sobre una bandeja, conjuntamente con una taza de sémola y una jarra de café—. Vaya, llévale esto al primo Randolph y vuelve inmediatamente. El pobre Mr. Sansom también debe ser alimentado, que el cielo nos proteja. Sí, y que el Señor, en su sabiduría…

Randolph estaba sentado en la cama, desnudo y con las frazadas retiradas. Su piel parecía transparentemente rosada con la luz de la mañana, su redondo rostro lampiño grotescamente juvenil. Había una mesita japonesa sobre sus piernas y en ella un montículo de plumas de azulejo, un pote de goma y una hoja de cartón.

—¿No es delicioso? —preguntó, sonriendo a Joel—. Deja la bandeja y visítame.

—No hay tiempo —respondió Joel, un tanto misteriosamente.

—¿Tiempo? —repitió Randolph—. ¡Caramba, me pareció que teníamos excesivo acopio de él!

Haciendo una pausa entre cada palabra, Joel anunció:

—Zoo se ha ido.

Estaba ansioso de que la información obtuviese un efecto dramático. Pero Randolph no le dio ninguna satisfacción en ese sentido, porque, a diferencia de Amy, no pareció molestarse ni sentirse siquiera sorprendido.

—¡Cuán fastidioso de parte de ella —suspiró— y cuán absurdo, además! Porque no puede regresar; nadie puede.

—De todos modos, no querría hacerlo —replicó Joel con insolencia. No era dichosa aquí. No creo que nada logre hacerla regresar.

—Mi querido niño —dijo Randolph hundiendo una pluma de azulejo en la goma—, la felicidad es relativa, y —continuó pegando la pluma sobre el cartón— Missouri Fiebre descubrirá que lo que en realidad ha hecho fue

abandonar el lugar que le correspondía, dejándolo en una confusión más o menos general. Algo así. —Levantó el cartón para que Joel pudiera ver. Las plumas estaban dispuestas en él de tal modo que el efecto era el de un pájaro vivo traspasado—. Cada pluma tiene, según su tamaño y su color, una posición especial. Y si una sola de ella estuviese torcida, aunque sólo fuera un poquito, pues entonces no daría la más mínima impresión de realidad.

Un recuerdo flotó como una pluma en el aire. El ojo mental de Joel vio el azulejo batiendo las alas contra la pared y la actitud tan femenina de Amy al levantar el Atizador. Preguntó:

—¿De qué sirve un pájaro que no puede volar?

—¿Cómo dices?

El propio Joel estaba inseguro de lo que quería decir.

—El otro, el verdadero podía volar. Pero éste no puede hacer nada… aparte de, quizá, parecer que alguna vez estuvo vivo.

Arrojando el cartón a un lado, Randolph se quedó recostado, tamborileando con los dedos sobre el pecho. Bajó los párpados. Con los ojos cerrados parecía peculiarmente indefenso.

—La oscuridad es más agradable —dijo, como si hablara entre sueños —. ¿Te molestaría, querido, traerme una botella de jerez del armario? Y luego, en puntillas de pies, no lo olvides, baja las cortinas; y después (¡oh, muy silenciosamente, por favor!), cierra la puerta. —Y cuando Joel cumplía con el último de los pedidos, se incorporó para decir—: Tienes mucha razón. Mi pájaro no puede volar.

Un poco más tarde, Joel, con el estómago todavía revuelto de haber tenido que darle el desayuno a Mr. Sansom cucharada por cucharada, estaba sentado, leyendo con rápido tono inexpresivo. El cuento se relacionaba con una dama rubia y un caballero moreno que vivían en una casa de dieciséis pisos de altura. La mayor parte de las cosas que la dama decía eran un poco turbadoras para ser repetidas. «Querido», leyó, «te amo como jamás amó mujer alguna. Pero, Lance, mi queridísimo, déjame ahora, mientras nuestro amor es todavía una cosa brillante». Y Mr. Sansom sonreía continuamente, incluso en las partes más tristes. Mirándolo, su hijo recordó una amenaza que Ellen le hacía cada vez que él ponía una cara fea. «Acuérdate de lo que

te digo», le decía, «Se te quedará así». Aparentemente ese destino le había tocado a Mr. Sansom, porque su rostro, ordinariamente inexpresivo, sonreía ahora desde hacía ya ocho días. Después de terminar con la hermosa dama y el encantador caballero, que quedaban gozando de su luna de miel en Bermuda, Joel continuó leyendo una receta para un pastel de bananas. Todo era lo mismo para Mr. Sansom. Pastel o receta, a todo le concedía la misma inigualada atención de mirada fija.

¿Cómo sería eso de no cerrar nunca los ojos, de estar siempre mirando el mismo cielo raso, la misma luz, los mismos rostros, muebles, oscuridad? Pero, si los ojos no podían evitarlo a uno, tampoco uno podía huir de ellos. Y a veces parecía, en efecto, que atravesaran el cuarto y que su húmedo gris lo cubriera todo como una neblina. Y si esos ojos lloraran no derramarían lágrimas normales, sino algo gris, quizá verde —un color, de todos modos —, y sólido como el hielo.

Abajo, en la sala, había una colección de libros viejos entre los cuales, explorando, Joel encontró un volumen de leyendas escocesas. Una de ellas se refería a un hombre que compuso una poción mágica que, imprudentemente, le permitía leer los pensamientos de los demás hombres y calar hondo en sus almas. Los males que vio y la impresión que ello le produjo le convirtieron los ojos en llagas abiertas. Y así se quedó por el resto de sus días. Esta historia impactó a Joel de tal modo que quedó convencido a medias de que los ojos de Mr. Sansom sabían exactamente lo que ocurría en su cabeza, e intentó, por eso, mantener sus pensamientos encauzados por temas impersonales. «… mézclese azúcar, harina, sal y agréguense yemas de huevo. Agítese constantemente mientras se vierte leche hirviendo…». De tanto en tanto se sentía torturado por una sensación de culpabilidad. Tendría que sentir por Mr. Sansom más de lo que sentía, debería tratar de amarlo. ¡Si no lo hubiera visto jamás…! Entonces podría haber continuado imaginándolo de éste y del otro modo maravilloso, hablando con una potente voz bondadosa, siendo realmente su padre. Por cierto que este Mr. Sansom no era su padre. Este Mr. Sansom no era más que un par de ojos locos. «… viértase en un molde de hornear. Cúbrase con… aquí dice merengue, o algo por el estilo… y hornéese. Receta para un pastel de treinta centímetros». Dejó la revista, una revista femenina a la que

Amy se suscribía, y comenzó a enderezar las almohadas de Mr. Sansom. La cabeza de Mr. Sansom se bamboleó hacia atrás y hacia adelante, como diciendo no, no, no. En realidad, y su voz sonaba tan espinosa como si tuviese un puñado de alfileres alojados en la garganta, dijo:

—Chico bueno, bueno, chico bueno —una y otra vez—. Pelota buena pelota —y dejó caer una de sus rojas pelotas de tenis. Y, cuando Joel se la devolvió, su sonrisa se tornó más vidriosa. Parecía dolerle en el esquelético rostro gris. Luego, de súbito, un silbido penetró por las ventanas cerradas. Joel se volvió para escuchar. Tres silbidos cortos y un aullido de lechuza. Se dirigió a la ventana. Era Idabel; se encontraba abajo, en el jardín, y Henry la acompañaba. La ventana estaba atascada, de modo que Joel hizo señales; pero ella no pudo verlo. Joel corrió a la puerta.

—¡Malo! —dijo Mr. Sansom, y tiró todas las pelotas de tenis que tenía en la cama—. ¡Chico malo malo!

Pasando por su cuarto el tiempo suficiente para ceñirse la espada, corrió escaleras abajo y salió al jardín. Por primera vez desde que la conocía Joel sintió que Idabel se alegraba de verlo. Una expresión de grave alivio aclaró el rostro de la joven, y un momento más tarde él creyó que estaba a punto de abrazarlo. Sus brazos se levantaron como para hacerlo, pero, en cambio, se inclinó y abrazó a Henry, le apretó el cuello hasta que el viejo sabueso gimió.

—¿Ocurre algo? —preguntó él, porque ella no había hablado y, en cierto sentido, no le había prestado atención; es decir, no la suficiente como para mencionar su espada. Y cuando ella dijo: «Temíamos que no estuvieras en casa», todo el espíritu de tosquedad había desaparecido de su voz. Joel se sintió más fuerte que ella y más seguro de sí mismo que con la otra Idabel, la marimacho. Se acuclilló junto a ella, en la sombra de la casa, con los tallos de los tulipanes inclinándose alrededor de ellos. Hojas gigantescas, estriadas de plateadas huellas de caracoles, pendían como quitasoles sobre sus cabezas. Ella estaba pálida por debajo de las pecas y una raya de un arañazo se le destacaba en la mejilla—. ¿De dónde sacaste eso? —preguntó él.

Los labios de ella se blanquearon; escupió la respuesta:

—Florabel. El maldito bastardo.

—Una chica no puede ser bastarda —repuso él.

—¡Oh, pero ella lo es! Pero no me refería a ella. —Idabel se puso el perro sobre el regazo, soñolientamente sumiso, el animal se quedó acostado allí, permitiéndole que le sacara pulgas de la panza—. Hablaba de ese viejo bastardo de mi padre. Él y yo y Florabel tuvimos una riña a muerte. Porque él quiso matar a Henry. Florabel lo convenció de que lo hiciera… dice que Henry tiene una enfermedad mortal, cosa que es una mentira vil de tomo y lomo. Creo que le rompí la nariz y algunos dientes. Al menos estaba sangrando como un cerdo cuando Henry y yo nos escapamos. Hemos estado caminando toda la noche en la oscuridad. —De pronto rió en su acostumbrada forma algodonosa—. Y a la salida del sol, ¿sabes a quién vimos? A Zoo Fiebre. Casi no podía respirar de tanta chatarra que llevaba. ¡Caray, sentimos mucho al enterarnos de lo de Jesús! Es extraño que ese viejo haya muerto y nadie se enterara. Pero, como te dije, ¿quién sabe qué ocurre en el Desembarcadero?

Joel pensó: «Quién sabe qué ocurre en todas partes…». Aparte de Mr. Sansom. Él lo sabía todo. De algún modo misterioso sus ojos viajaban por el mundo entero. En ese preciso instante lo estaba vigilando, de eso no le cabía duda alguna. Y era probable, además, que, si se le ocurría, le revelara a Randolph el paradero de Pepe Álvarez.

—No te preocupes, Henry —dijo Idabel arrancando una pulga—. Nunca te pondrán una mano encima.

—Pero ¿qué piensas hacer? —preguntó Joel—. Alguna vez tendrás que volver a tu casa.

Ella se frotó la nariz y lo contempló con ojos exageradamente abiertos y suplicantes. Si se hubiera tratado de cualquier otro, Joel habría creído que ella estaba tratando de congraciarse con él.

—Quizá —replicó ella— y quizá no. Por eso he venido a verte. —Bruscamente práctica, apartó al perro de su regazo y dio a los hombros de Joel un sincero apretón de camaradería—. ¿Qué tal te parecería escaparte? —Pero antes de que él pudiera responder qué le parecería, ella continuó apresuradamente—: Podríamos ir al pueblo esta noche, cuando oscurezca.

La feria viajera ha llegado y habrá mucha gente. Y quiero verla una vez más. Alguien dijo que este año tienen esa rueda gigante y…

—Pero ¿adónde iríamos? —inquirió él.

La boca de Idabel se cerró, se abrió. Aparentemente no había pensado mucho en eso y, con todo el ancho mundo para elegir, lo único que logró responder fue:

—Afuera. Caminaremos hasta que lleguemos a un lugar bonito.

—Podríamos ir a California y recoger uvas —sugirió él—. En el Oeste no tienes que tener más de doce años de edad para casarte.

—Yo no quiero casarme —respondió Idabel, sonrojándose—. ¿Quién diablos dijo que quiero casarme? Escúchame, chico. Compórtate decentemente, compórtate como si fuéramos hermanos, o no te comportes de ningún modo. Sea como fuere, no haremos ninguna cosa de maricas, como esa de recolectar uvas. Pensé que quizá podríamos alistarnos en la marina. O bien podríamos enseñarle trucos a Henry y trabajar en el circo. Oye, ¿tú no podrías aprender trucos mágicos?

Esto le hizo recordar que no había ido a buscar el amuleto que le había prometido Pequeño Luz de Sol. Es claro que lo necesitaría si se escapaba con Idabel.

Y por eso le preguntó si conocía el camino hacia el Hotel Nube.

—Más o menos —contestó ella—. Hay que atravesar los bosques y esa hondonada de ocozoles y luego cruzar el arroyo, donde está el molino… Oh, es un viaje bastante largo. De todos modos, ¿para qué habríamos de ir allí?

Pero es claro que él no podía revelarlo, porque Pequeño Luz de Sol le había advertido que no debía mencionar el talismán mágico.

—Tengo importantes asuntos que tratar con el hombre que vive allí —dijo. Y luego, deseando asustarla un poquito—. De lo contrario, nos ocurriría algo terrible.

Ambos se pusieron en pie de un salto.

—No se escondan. Ya sé que están allí; los he oído. —Era Amy y hablaba desde una ventana de arriba, directamente sobre ellos. Pero no podía verlos porque las hojas los tapaban—. ¡Qué idea, dejar a Mr. Sansom en esa situación! ¿Te has vuelto completamente loco? —Ellos se arrastraron

por debajo de las hojas, se escabulleron a lo largo del costado de la casa y luego corrieron hacia el camino—. ¡Sé que estás ahí, Joel Knox! ¡Suba inmediatamente, señor!

En el fondo de la hondonada un jarabe negruzco cubría con una costra la corteza de los ocozoles, envueltos por las cuerdas de las enredaderas. Como pálidas hojas de manzano las mariposas descendían y se elevaban aquí y allá. Una ventosa vereda de yaros (los Santos y los Héroes, y sólo ellos —o así decía la gente de edad—, podían oír sus míticos susurros) los llamaba como manos enguantadas de encajes, fantasmales. Idabel agitaba continuamente los brazos, porque los mosquitos estaban feroces. Por todas partes, como trozos de un enorme espejo quebrado, estanques de mosquitos, de agua pantanosa, relucían y se rompían bajo el trote de Henry.

—Tengo algún dinero —dijo Idabel—. El hecho es que tengo casi veinte centavos. —Joel pensó en las monedas que tenía guardadas en la caja y alardeó de que poseía mucho más que eso—. Lo gastaremos todo en la feria —dijo ella, y dio un salto de rana sobre un tronco semejante a un cocodrilo—. De cualquier modo, ¿quién necesita dinero? Al menos no lo necesitamos en seguida… sólo para cerveza. Tenemos que ahorrar lo suficiente para poder beber una cerveza todos los días, porque el cerebro me hierve si no bebo una cerveza helada. Y cigarrillos. Me gusta fumar. La cerveza, los cigarrillos y Henry son las únicas cosas que quiero.

—Me quieres un poco, ¿no es cierto? —preguntó él, sin haber querido hablar en voz alta. De todas maneras, Idabel, que cantaba «… el gran babuino, a la luz de la luna, se peinaba la pelambre rojiza…», no le respondió.

Se detuvieron para arrancar trozos de liquidámbar, y, mientras estaban allí, ella le dijo:

—Mi papá estará pronto buscándome en toda la región. Apuesto a que irá a pedirle a Mr. Bluey que le preste el sabueso. —Se rió, y un poco de jugo de liquidámbar le corrió por las comisuras de la boca. Una mariposa verde se le posó en la cabeza, sostenida como una cinta a un mechón de su cabello—. Una vez buscaban a un convicto prófugo (aquí mismo, en esta hondonada) Mr. Bluey y su sabueso, Sam Radclif y Roberta Lacey y el

sheriff, y todos esos perros de la granja. Cuando cayó la noche pudimos ver sus lámparas brillando aquí, en los bosques, y oímos aullar los perros. Era como un día de fiesta. Papá y todos los hombres y Roberta Lacey se emborracharon ruidosamente y se podían escuchar claramente las risotadas de Roberta hasta Capilla Paraíso y vuelta… Y, ¿sabes?, sentí verdadera pena por el convicto y tuve miedo por él. Pensaba constantemente que yo era él y él era yo y que nos perseguían a ambos. —Escupió la goma como si fuera tabaco y enganchó los pulgares en los pasadores del cinturón de sus pantaloncitos caqui—. Pero se escapó. Nunca lo encontraron. Algunas personas creen que todavía anda por aquí… quizás oculto en el Hotel Nube, o viviendo en el Desembarcadero.

—Hay alguien viviendo en el Desembarcadero —dijo Joel excitadamente, y luego, con cierta desilusión, agregó—: pero no es un convicto, sino una mujer.

—¿Una mujer? ¿Te refieres a *Miss* Amy?

—Otra mujer —-replicó él, y lamentó haber mencionado el asunto—. Tiene una alta peluca blanca, pero no sé quién es. Ni siquiera sé si es real. —Pero Idabel lo miró como si lo considerara tonto, de modo que él sonrió con inquietud y dijo—: Estoy bromeando; sólo quería asustarte. —-Y, no queriendo responder a preguntas, corrió un poco delante de ella, con la espada golpeándole el muslo. Le pareció que habían recorrido un largo trecho, y se entretuvo con la idea de que estaban perdidos. Probablemente el hotel no existía y su nombre evocaba una especie de palacio blanco, brumoso, flotando como la bruma sobre los bosques. Luego, al llegar a una cerca de zarzas, desenvainó la espada y abrió una brecha—. Después de usted, mi querida Idabel —dijo, haciendo una reverencia. E Idabel, silbando para llamar a Henry, pasó por la abertura.

A corta distancia, al otro lado, había una playita tosca, guijarrosa, a lo largo de la cual el arroyo —que allí ya se parecía más a un río— corría perezosamente. Un cañaveral amarillento ocultó al principio una presa rota. Debajo de ella había una extraña casa a horcajadas del agua, montada sobre estacas. Estaba construida con tablas sin pintar, agrisadas por el tiempo, y tenía un curioso aspecto de no haber sido terminada, como si su constructor se hubiera asustado y huido, dejando su trabajo sin concluir. Tres buitres,

que se soleaban, estaban acurrucados sobre lo que quedaba del techo; las mariposas entraban por azules ventanas, brillantes de cielo, y salían de ellas. Joel se sintió intensamente traicionado, porque había pensado que éste, por fin, fuera el Hotel Nube, pero Idabel dijo que no, que era un viejo molino abandonado, un lugar al que, años ha, los granjeros traían sus granos para que se los molieran.

—Solía haber una carretera que iba hasta el Hotel Nube. Ahora no es más que bosque; no hay siquiera una vereda que te muestre el camino.

Tomó una piedra y la lanzó hacia los buitres. Éstos se deslizaron del techo y volaron hacia la playa; sus sombras formaron allí blandos círculos entrelazados.

El agua, más profunda allí que donde Idabel y él habían tomado su baño, era también más negra, de un fangoso color aceituna sin fondo, y cuando él supo que no tendrían que pasarla nadando su alivio le dio valor para pasar por debajo del molino, donde había una gruesa viga, casi podrida, por la cual podían cruzar.

—Será mejor que yo pase primero —dijo Idabel—. Es muy vieja y puede romperse.

Pero Joel se adelantó y comenzó a cruzar. Después de todo, no importaba lo que dijera Idabel, él era un muchacho y ella una chica y maldito si la dejaba dominarlo nuevamente.

—Tú y Henry pueden seguirme —dijo, y su voz sonó a hueco en la repentina oscuridad como de sótano. Luminosas sombras aguachentas trepaban por los rajados y carcomidos postes que sostenían el molino. Cobrizos insectos acuáticos se balanceaban en intrincados trapecios de hilos y enormes hongos crecían en la húmeda madera decrépita. Joel, pisando cuidadosamente y usando la espada para conservar el equilibrio, hizo que sus ojos evitaran mirar el vertiginoso arroyo negro que se movía tan cerca, abajo, y los mantuvo, en cambio, fijos en la orilla opuesta, donde, a la luz del sol, cargadas calabaceras estallaban verdosas y promisorias desde la arcilla roja. Empero, de golpe, sintió que nunca llegaría al lado opuesto. Se quedaría eternamente balanceado allí, y en la oscuridad, y solo. Luego, al sentir que la viga se movía cuando Idabel comenzaba a cruzarla, recordó que tenía a alguien que le hiciera compañía. Sólo que… Y el corazón le dio

un brinco y palpitó. Todas las partes de su cuerpo se le volvieron como de hierro.

—¿Qué pasa? —gritó Idabel—. ¿Por qué te detienes?

Pero él no pudo responder. Le era imposible obligarse a producir sonido alguno, movimiento alguno. Porque, agazapada a unos centímetros más allá, había una culebra venenosa tan gorda como su pierna y larga como un látigo. Su cabeza en forma de flecha se deslizó, los ojillos como semillas lo miraron penetrantemente, y todo el cuerpo comenzó a cosquillearle a Joel, como si ya hubiese sido mordido. Idabel, que ya estaba junto a él, miró por sobre su hombro.

—Jesús —suspiró—, oh, Jesús.

Y, al roce de la mano de ella, él se quebró por dentro. El arroyo se congeló, fue como una jaula horizontal: Y sus pies parecieron hundirse, como si el madero sobre el cual estaban parados fuese de arenas movedizas. ¿Cómo era que los ojos de Mr. Sansom se encontraban en la cabeza de una mocasín?

—Golpéala —ordenó Idabel—. ¡Golpéala con tu espada!

Era así: ellos se dirigían al Hotel Nube, si, al Hotel Nube, donde un hombre con un anillo de rubí nadaba bajo el agua, sí, y Randolph miraba su almanaque y escribía cartas a Hong-Kong, a Puerto España, sí, y el pobre Jesús estaba muerto, asesinado por Toby el gato (no, Toby era un niño), junto a un nido de pájaros deshollinadores caídos en el fuego. Y Zoo… ¿Estaría ya en Washington? ¿Y nevaría? ¿Y por qué Mr. Sansom lo miraba con tanta fuerza? Era realmente muy, muy grosero (como diría Ellen), muy grosero de parte de Mr. Sansom el que nunca cerrara los ojos.

La víbora, desenrollándose con retorcida gracia, se estiró hacia ellos en forma ondulante. E Idabel gritó:

—¡Golpéala, golpéala! —pero Joel, naturalmente, estaba preocupado por la mirada de Mr. Sansom.

Haciéndolo girar sobre sí mismo y poniéndolo detrás de ella, a salvo, le arrancó la espada de la mano.

—¡Enorme bastarda del infierno! —gruñó ella, golpeando a la culebra. Por un instante el animal pareció paralizado. Luego, invisiblemente veloz, y con todo su largo como un alambre canturreantemente tenso, se echó hacia

atrás, y se lanzó sibilantemente hacia adelante—. ¡Bastarda! —aulló Idabel, cerrando los ojos, blandiendo la espada como una hoz. Y la víbora, golpeada en el aire, se dio vuelta, se zambulló, se aplastó contra el agua. Con el vientre hacia arriba, blanca y retorcida, fue arrastrada por la corriente como una raíz de lirio.

—No —dijo Joel cuando, un poco más tarde, Idabel, serena en su triunfo, trató de hacer que siguiera cruzando—. No —repitió, porque, ¿de qué serviría ahora encontrar a Pequeño Luz de Sol? Su peligro ya se había presentado y no necesitó un talismán para conjurarlo.

11

Durante la cena, Amy anunció:

—Es mi cumpleaños. Sí —dijo—, en efecto, y ni un alma se acuerda de ello. Pero si Angela Lee estuviese aquí ya me habría hecho una inmensa torta, con un regalo en cada tajada: anillitos de oro, una perla para mi collar de añadir-una-perla-todos-los-años y hebillitas de plata para zapatos. ¡Oh, cuando pienso en ello…!

—Feliz cumpleaños —dijo Joel, aunque no era felicidad lo que le deseaba, porque, cuando volvió a la casa, ella corrió hacia el vestíbulo con toda la intención (así lo dijo) de romperle un paraguas en la cabeza. Y entonces Randolph, abriendo la puerta, la previno, con suma sinceridad, de que si lo tocaba él le retorcería el cuello.

Randolph continuó chupando una patita de cerdo y Amy, pasando por alto la observación de Joel, le lanzó una mirada de furia, mientras mantenía los labios fruncidos, temblando.

—Come, sigue comiendo, engorda como un cerdo —dijo y golpeó con la mano enguantada. Al chocar contra la mesa, la mano produjo un sonido como de madera y el viejo despertador, sacudido por la conmoción, comenzó a sonar. Los tres se quedaron inmóviles hasta que se calló con un gemido. Luego, las líneas del rostro de Amy se tornaron tan prominentes como venas y, con un ridículo sollozo sensiblero, rompió a llorar y a hipar —. ¡Sapo tonto! —dijo, jadeando—. ¿Quién te ha ayudado, sino yo? ¡Angela Lee habría preferido que te ahorcaran! Pero no, yo te he entregado mi vida. —Lanzando intermitentes «perdonen», hipó una docena de veces en sucesión—. Te digo esto, Randolph: prefiero irme y emplearme para limpiar la casa de un grupo de negros sucios que quedarme aquí un instante más. No creas que no podría ganarme la vida. Las madres de cualquier

pueblo de Norteamérica me enviarían sus niños y jugaríamos juegos organizados, la gallina ciega, juegos de prendas, ponerle la cola al cerdo, y yo cobraría diez centavos a los chiquillos. Podría ganarme muy bien la vida. No, no necesito depender de ti. En rigor, si tuviese una partícula de buen sentido, me sentaría y escribiría una carta a la Ley.

Randolph cruzó el cuchillo y el tenedor sobre el plato, y se limpió los labios con las mangas del quimono.

—Lo siento, querida —dijo—, pero temo que no te escuchaba. ¿En qué, exactamente, te imaginas que me encuentras en falta?

Su prima meneó la cabeza, inspiró profunda, nerviosamente. Las lágrimas dejaron de surgir, los hipos cesaron, y de pronto lanzó una sonrisa tímida.

—Es mi cumpleaños —declaró, con la voz reducida a un temblor.

—¡Cuán extraño! Joel, ¿no te parece que es curioso que haga tanto calor en enero?

Joel trataba de escuchar sonidos por encima de sus voces: tres silbidos cortos y un gemido de lechuza, la señal de Idabel. En su impaciencia era como si el reloj, habiéndosele acabado la cuerda, hubiera detenido el tiempo por completo.

—Enero, sí. Y tú, mi querida, naciste (si uno puede creer a una Biblia familiar, aunque admito que no debería creerla, ya que muchos matrimonios son anotados erróneamente nueve meses antes) en enero, en Año Nuevo.

El cuello de Amy se hundió, como el de una tortuga, entre los hombros; contrayéndose tímidamente. Los hipos la sacudieron nuevamente, pero menos indignados ahora, más plañideros.

—Pero Randolph… Randolph, yo siento como si fuese mi cumpleaños…

—Entonces, un poco de vino —dijo él—, y una canción en la pianola. Y mira también en el armario. Estoy seguro de que encontrarás allí una caja de mohosas galletitas de animales, con gusanitos plateados en cada migaja.

Llevando lámparas, se dirigieron a la sala, y Joel, enviado arriba para traer el vino, cruzó rápidamente el cuarto de Randolph y levantó la ventana. Abajo las fogatas de rosas recientemente florecidas ardían como ojos de

flores en el ocaso de agosto, y su dulzura llenaba el aire como un color. Él silbó y susurró:

—¡Idabel, Idabel…!

Ella apareció de pronto, con Henry, entre las inclinadas columnas.

—Joel —respondió, insegura, y detrás de ella era como si la noche deslizara un guante sobre los cinco dedos de piedra, que, curvándose en la oscuridad, parecían tratar de tomarla. Cuando él respondió, Idabel se alejó de su alcance y se acercó al pie de la ventana—. ¿Estás listo? —Había tejido un collar de rosas blancas para Henry y tenía una rosa colocada torpemente en el cabello. Idabel, pensó él, estás hermosa.

—Vé al buzón —dijo—. Te encontraré allí.

Había demasiada oscuridad ahora para moverse sin luz. Encendió una vela en el escritorio de Randolph y se dirigió al armario, buscando hasta que encontró una botella de jerez no abierta todavía. Al inclinarse para apagar la vela, advirtió una hoja de papel verde, como de seda, y en ella, con escritura delicadamente natural, había solamente un saludo: «Mi queridísimo Pepe». Entonces Randolph era el que componía las cartas para Ellen. Pero ¿cómo había supuesto él que Mr. Sansom supiese escribir una palabra? En el corredor oscuro la luz de la lámpara orló la puerta de Mr. Sansom, que, mientras él esperaba, una corriente de aire comenzó a tratar de abrir. Y fue como sí estuviese viendo el cuarto de su padre por medio de binoculares invertidos, porque, en su claridad amarillenta, era como una miniatura: la mano con el anillo de bodas, caída sobre el borde de la cama; escenas de Venecia, proyectadas por el globo de vidrio esmerilado, teñían los muros, el cobertor de ganchillo. Y allí, en el espejo, voltejeaban sus ojos, su sonrisa. Joel entró de puntillas y se arrodilló junto a la cama. Abajo la pianola había comenzado a martillar su mísera melodía carnavalesca, pero, en cierto modo, no lograba quebrar el silencio y el secreto de ese momento. Tomó tiernamente la mano de Mr. Sansom, se la llevó a la mejilla y la mantuvo allí hasta que hubo un calor entre ellos. Besó los dedos secos y el anillo nupcial cuyo oro había sido destinado a enlazarlos a ambos.

—Me voy, padre —dijo. Y, en cierto modo, era la primera vez que reconocía el parentesco. Se puso lentamente de pie, colocó las palmas de las manos a cada lado del rostro de Mr. Sansom y juntó sus labios a los de él—.

Mi único padre —susurró. Se volvió y, mientras descendía la escalera, lo repitió, pero esta vez para sí.

Dejó la botella en la mesita del vestíbulo, en la cámara, y, oculto por una cortina, atisbo en la sala. Ni Amy ni Randolph lo habían oído bajar la escalera. Ella estaba sentada en el taburete de la pianola, agitando diligentemente un abanico de marfil, golpeando incansablemente con el pie. Y Randolph, fláccido de aburrimiento, contemplaba fijamente la arcada por la que pronto debía aparecer Joel. Pero él ya se había ido y corría hacia el buzón, hacia Idabel, hacia afuera. La carretera era como un río para flotar en él, y parecía como si un cohete, encendido por un repentino viento de libertad, lo hubiera arrebatado en una estela de chispas estrelladas.

—¡Corre! —gritó al llegar junto a Idabel, porque detenerse antes de que el Desembarcadero hubiera desaparecido para siempre de la vista era una idea insoportable. Y ella corría ante él, con el cabello flotando en aérea rigidez. A medida que el camino se encorvaba para convertirse en una colina fue como si la joven trepase al cielo en una escalera apoyada en la luna. Más allá de la loma se detuvieron, jadeando, sacudiendo la cabeza.

—¿Nos perseguían? —preguntó Idabel, y del cabello se le desprendieron pétalos de rosa, esparciéndose en el aire. Y él repuso:

—Nadie nos alcanzará ahora, nunca.

Manteniéndose en la carretera, incluso cuando pasaron cerca de la casa de ella, caminaron con Henry entre ambos. Rosas, caídas de la guirnalda que rodeaba el cuello del perro, absorbían los colores de una luna pétrea, e Idabel dijo que tenía tanta hambre que se comería una rosa, «o pasto y hongos». Bueno, contestó él, bueno, cuando llegaran al pueblo él haría gasto y la invitaría a un asado en el Lugar Principesco de R. V. Lacey. Y hablaron de la noche en que él llegó, por ese camino, y la oyó en la distancia, cantando, con su hermana. Con los ojos claveteados de estrellas, un viejo carro lo transportó por sobre un balcón de sueño, un adormilamiento ventoso disipado en el júbilo del reciente despertar. Entretanto ocurrió un sueño, de cuyos sucesos, que se alejaban ahora con más velocidad que la que la memoria podía desarrollar para retenerlos, sólo quedaba Idabel. Todo lo demás, todos los otros, se habían fundido como las sombras en la oscuridad.

—Recuerdo —dijo ella—, y me pareció que eras un inútil, como Florabel. Para decir la verdad, nunca cambié mucho mi opinión sobre ti, hasta hoy. —Luego, aparentemente avergonzada, se dejó caer por la cuneta del camino y tomó con la mano unos sorbos de agua de un manantial que había por allí. Se enderezó bruscamente y, con un dedo sobre los labios, le hizo señas a Joel para que se le uniera—. ¿Oyes?, susurró. Detrás del follaje una voz de timbre toruno y otra, ésta como una guitarra, se unían como la caricia de gotas de lluvia en el mismo ritmo. Un intrincado viento de murmullos susurrantes, una pequeña carcajada, seguidos de suspiros nada tristes y de silencios más hondos que el espacio. El musgo les acolchó los pasos mientras caminaban por la frondosa espesura y se detenían al borde de un claro. Dos negros, envueltos en un claro ovillo de luna y helechos, estaban acostados, desnudos y abrazados, el cuerpo color caramelo del hombre ceñido por los brazos y las piernas más oscuras de su amante, sus labios besando los pezones de ella. «¡Ay, uy, dulce Simón!», suspiraba ella, y el amor le hacía temblar la voz, el amor rodaba por su cuerpo como un trueno. «Despacio, Simón, dulce Simón, despacio, querido», canturreaba ella. De pronto se puso tensa y levantó los brazos como para abrazar a la luna. Su amante se derrumbó sobre ella, de través, y allí, juntos, con las piernas entreabiertas, compusieron una negra estrella caída sobre los capullos de musgo. Idabel retrocedió con chapoteante y ruidosa prisa, y Joel, tratando de alcanzarla, decía «¡shh, shh!», pensando que estaba mal asustar a los amantes y deseando, al mismo tiempo, que ella se hubiera quedado un poco más allí, porque contemplando a los negros le pareció que el corazón le golpeaba en todo el cuerpo y que todos los susurros indefinidos se unían en un solo rugido ansioso. Ahora sabía, y ya no era una repentina risita contenida o una palabra al rojo-blanco. No más que dos personas, una con la otra, en conjunción, y fue como si una marea se hubiese retirado, dejándolo seco en una playa, blanco como un hueso, y era bueno salir por fin de un mar tan gris y tan frío. Quiso caminar con la mano de Idabel en la suya, pero ella las había apretado como nudos; y, cuando le habló, ella miró con furia, asustada. Era como si sus situaciones de la tarde se hubieran invertido de algún modo. En el molino ella había sido la

heroína, pero ahora él no tenía arma alguna con que defenderla, e incluso aunque no fuese así, él no habría sabido lo que ella quería que matara.

Un remolino de luces de la rueda gigante daba vueltas a lo lejos. Se elevaban los cohetes, estallaban, caían sobre Ciudad Mediodía como arco iris. Ruidosos chiquillos y sus padres, todos hermosos con sus mejores ropas domingueras estivales, se paseaban de un lado para el otro con reflejos del carnaval estrellándoles los ojos. Un joven negro contemplaba tristemente desde el aislamiento de la cárcel y una muchacha negra, color ópalo, con medias de seda roja llameándole en las piernas, pasó junto a él gritándole algo obsceno. En la galería de una vieja casa destartalada, gente de edad recordaba ferias de otros años y chiquillos, escondiéndose detrás de cercos para hacer aguas, se quedaban allí para reír y pellizcarse mutuamente. Barquillos de helados se deslizaban de dedos sucios, se derramaban el bullicio y las lágrimas, pero nadie se sentía desdichado, nadie pensaba en tareas que aguardaban después del momento.

¡Eh, Idabel! ¿Cómo te va, Idabel? Pero nadie le habló a él, él no formaba parte de los demás, no lo conocían. Sólo R. V. Lacey lo recordó. «¡Mira, el tesoro!», .exclamó cuando aparecieron en la puerta de su Lugar Principesco.

Y los que estaban reunidos allí, encintadas mozuelas del pueblo, de rostros descarados, y muchachos campesinos de cuello rojo y tontos ojos de vaca, se detuvieron en su baile, ejecutado al compás de la música del fonógrafo eléctrico. Una muchacha avanzó para hacerle cosquillas debajo de la barbilla.

—¿Dónde encontraste esto, Idabel? Es bonito.

—Métete en tus asuntos, estúpida —dijo Idabel, sentándose al mostrador.

Miss Roberta Lacey meneó un dedo.

—Idabel Thompkins, te lo previne una y otra vez: nada de esas frases de pandillero en mi establecimiento. Por lo demás he aclarado muchas veces con palabras el hecho de que no debes poner el pie en mi casa, ya que te empeñas en comportarte como si fueras Cara de Angel Ployd y en vestirte en una forma incorrecta para una joven. Y ahora véte y llévate a ese mugriento perro contigo.

—Por favor, *Miss* Roberta —pidió Joel—. Idabel está muy hambrienta.

—Entonces tendría que estar en su casa, aprendiendo a cocinar la comida de un hombre (*risas*). Aparte de lo cual, éste es un café para gente mayor (*aplausos*). Romeo, recuérdame que ponga un cartel que así lo indique. Y, lo que es más, Idabel, tu papá ha estado por aquí, averiguando tu paradero, y, en mi opinión, tiene la intención de ponerte al rojo el insolente traserito que tienes (*risas*).

Idabel miró a la propietaria con una mirada recta, de ojos rasgados, y luego, como si ésa le pareciese la respuesta más expresiva, escupió en el suelo, hundió las manos en los bolsillos y salió fachendosamente. Joel hizo ademán de seguirla, pero R. V. Lacey le puso una mano sobre el hombro.

—Tesoro —dijo, jugando con el largo pelo negro que le crecía de la verruga—, angelito, tienes amistades un poco peculiares. El padre de Idabel dice que ésta le ha roto la nariz a su hermosa y dulce hermanita, y que le ha quebrado la mayoría de los dientes. —Sonriendo, rascándose las axilas como un mono, agregó—: Ahora ya sabes, no vayas diciendo que Roberta es una mujer dura, porque contigo es blanda —y le entregó una bolsita de maníes salados—. Gratis.

Idabel le dijo lo que podía hacer con los maníes de Roberta, pero se aplacó, por cierto, y devoró ella sola el contenido de la bolsita. Le permitió que la tomara del brazo y llegaron al terreno colmenero, de gala, donde ronroneaba la feria viajera. El tiovivo, un lamentable juguete desvencijado, giraba al tintineante son de campanas, y la gente de color, a la que no se le permitía viajar en él, permanecía agrupada a distancia, divirtiéndose más con sus mágicos giros que los que estaban sentados a horcajadas de las monturas. Idabel gastó treinta y cinco centavos en el juego de arrojar el dardo, a fin de ganar un par de anteojos ahumados como los que Joel había roto, ¡y qué alboroto armó cuando el hombre del sombrero pajizo trató de endosarle un bastón de paseo! Efectivamente, consiguió los anteojos, pero, como eran demasiado grandes para ella, se le deslizaban continuamente por la nariz. En la Tienda de Diez Centavos vieron una gallina de cuatro patas (embalsamada) y el bebé de dos cabezas flotando en un tanque de vidrio, como un pulpo verde. Idabel lo estudió largo rato, y, cuando se apartó, tenía los ojos húmedos.

—Pobre chiquito —dijo—, pobre cosita.

El Muchacho Pato la alegró. En verdad era todo un comediante; hacía cua-cua, ponía caras tontas y agitaba las manos, cuyos dedos estaban unidos por una membrana. En un momento dado se abrió la camisa para dejar ver un blanco pecho emplumado. Joel prefería a *Miss* Wisteria, una chiquilla encantadora, pensaba, igual que Idabel. No pudieron creer que fuese una enana, aunque la propia *Miss* Wisteria confesaba tener veinticinco años de edad y acababa de regresar de un gran viaje por Europa, donde había aparecido ante todas las testas coronadas. Su propia cabecita dorada exhibía una corona centelleante. Llevaba elegantes zapatitos plateados (era maravillosa la forma en que podía caminar en puntas de pies). Su vestido era de tela de seda color púrpura y lo llevaba ceñido a la cintura con un cinturón de seda amarilla. Brincaba, se deslizaba, reía, cantaba una canción, recitaba un poema… Y, cuando descendió de la plataforma, Idabel, más excitada de lo que jamás la viera Joel, corrió hacia ella y preguntó, por favor, ¿no querría beber una gaseosa con ellos?

—Encantada —respondió *Miss* Wisteria, moviendo sus dorados rizos como salchichas—, encantada. —Idabel se humilló. Compró gaseosas, les encontró un lugar donde sentarse e hizo que Henry guardara las distancias, porque confesó tener terror a los animales—. Francamente —ceceó—, no creo que Dios quisiera crearlos. —Aparte de sus pintados labios de muñequita, su regordeta carita de nena estaba pálida, esmaltada. Sus manos revoloteaban de tal modo que parecían tener vida propia, y de tanto en tanto su dueña las miraba como si la intrigaran profundamente. Eran más pequeñas que las de una niña, pero delgadas, maduras, y tenían las uñas pintadas—. Bueno, en verdad, ésta es una fiesta —declaró. Muchas de las personas que acuden a la fiesta no entienden nada, pero a mí me gusta llevar mi arte al pueblo… La mayor parte de mi público no entiende por qué estoy en un espectáculo como éste… Vea, me dicen, hace poco usted estaba en Hollywood, ganando mil dólares por semana por hacer de doble de Shirley Temple… Pero yo les digo: el camino hacia la felicidad no es siempre una carretera—. Apurando el resto de su bebida tomó un lápiz de labios y se retocó la boquita de muñeca. Idabel, tomándole prestado el lápiz, se pintó una torpe línea de payaso sobre los labios, y *Miss* Wisteria, aplaudiendo con

sus manitas, chilló con una especie de placer descarado. Idabel contestó a esta alegría con una tonta sonrisa de adoración. Joel no podía entender qué le ocurría. A menos que la enana la hubiera hecho objeto de un maleficio. Pero, mientras la muchacha continuaba lisonjeando a la pequeña *Miss* Wisteria del cabello amarillo, a Joel se le ocurrió que Idabel estaba enamorada. No, aquélla no pensaba siquiera en irse, había tiempo de sobra.

—Encantada —repuso *Miss* Wisteria cuando se sugirió que podían subir a la rueda gigante—, encantada.

Un resplandor de relámpago conmovió las estrellas. El tocado real de *Miss* Wisteria se encendió en el breve estallido oropelesco, las joyas de vidrio relumbraron, rosadas, en las luces rojas de la rueda, y Joel, abajo, pudo ver sus blancas manos aladas posándose sobre el cabello de Idabel, alejándose en un revoloteo, estrujando la oscuridad como para comer su misma sustancia. Descendieron y sus carcajadas ondulaban como el largo cinturón de *Miss* Wisteria. Subieron hacia una nueva explosión de relámpago, se disolvieron. Todavía él podía oír la vocecita de la enana, como flauta barata, ronroneando, persistente como un mosquito, sobre todos los ruidos de la feria. Idabel, vuelve, pensó, pensando que jamás volvería a verla, que se alejaría por el cielo con *Miss* Wisteria a su lado; Idabel, vuelve, te amo. Y luego ya estaba ella a su lado, diciéndole:

—Puedes ver muy lejos, casi podrías tocar el cielo.

Y ahora él estaba en la rueda, solo con *Miss* Wisteria. Y, juntos, contemplaron a Idabel que se empequeñecía a medida que el bamboleante asiento inseguro comenzaba a elevarse.

El viento los balanceó como a una linterna. Es el viento, pensó Joel, porque podía ver los gallardetes temblando sobre las tiendas, los papeles rotos corriendo como animales y más allá, en los muros de la vieja casa donde un bandolero yanqui había asesinado a tres mujeres, deshilachados anuncios bailando una danza de esqueletos. El asiento de adelante de ellos contenía a una madre con papalina y su hijita, que llevaba en brazos una muñeca hecha con una mazorca de maíz. Saludaron a un granjero que esperaba abajo.

—Será mejor que se bajen de esa cosa —dijo éste—. Está por llover.

Siguieron girando, con el viento haciendo susurrar la seda purpúrea de *Miss* Wisteria.

—Se escapan, ¿eh? —dijo ella, en una sonrisa que dejaba ver dientes de conejo—. Bueno, le dije (y te lo digo a ti también): el mundo es un lugar aterrador. —Movió los brazos en arco, y en ese momento le pareció a Joel que ella era el Afuera, es decir, la geografía, la tierra y el mar y todas las ciudades del almanaque de Randolph. Sus extrañas manitas, aleteando en el aire, abarcaban el globo—. Y, ¡ay!, un lugar tan solitario… En una ocasión yo también me escapé. Tenía cuatro hermanas (Maudy se fue a Atlantic City con el nombre de *Miss* Maryland; tan hermosa es), altas muchachas encantadoras. Y mi madre, bendita sea, tenía casi un metro ochenta de estatura, descalza. Vivíamos en una gran casa, en Baltimore, la más hermosa de nuestra calle, y yo nunca fui a la escuela. Era tan pequeña que podía sentarme en el cesto de costura de mi madre y ella solía decirme en broma que podría pasar por el ojo de una aguja. Había un pretendiente de Maudy que podía sostenerme en la palma de la mano, y, cuando cumplí diecisiete años, todavía tenía que sentarme en una silla alta para comer mi comida. Me decían que no necesitaba jugar sola, que hay otras personas pequeñas, decían; vé y búscalas: viven en las flores. Muchos pétalos he arrancado, pero las lilas son las lilas y nadie vive en rosa alguna que yo haya visto. Lo único que deja una espoleta de ave es una mancha de grasa, y en las medias de Navidad, de los regalos, no hay más que golosinas. Entonces cumplí veinte años y mamá dijo que no era justo que no tuviese un novio. Y se sentó y escribió una carta a la Agencia Matrimonial de los Novios, de Newark, Nueva Jersey. Y, ¿sabes?, un hombre vino para casarse conmigo. Pero era muy grande y demasiado feo, y tenía setenta y siete años de edad. Bueno, aun así podría haberme casado con él, sólo que cuando él vio cuán pequeña era dijo adiós y tomó el tren para regresar al lugar de donde había venido. Nunca he encontrado una cariñosa persona pequeña. Hay niños. Pero a veces lloro cuando pienso que los chiquillos crecerán. —Su voz, mientras recordaba, se había tornado solemnemente tensa y sus manos se plegaron silenciosamente en su regazo. Idabel saludaba, gritaba, pero el viento arrastraba sus palabras hacia otro lado. Y *Miss* Wisteria dijo tristemente—: Pobre chica, ¿es que cree que también ella es un fenómeno?

—Posó una mano sobre el muslo de él y luego, como si no tuviese dominio alguno sobre ellos, sus dedos se le deslizaron a Joel por la pierna. Ella contemplaba la mano con conmovida intensidad, pero parecía incapaz de retirarla. Y Joel, turbado pero sabiendo ahora que jamás querría herir a nadie, ni a *Miss* Wisteria, ni a Idabel, ni a la niñita de la muñeca de mazorca, deseó poder decir: «No importa, te amo, amo tu mano». El mundo era un lugar aterrador, sí, lo sabía. Perecedero, ¿qué podía durar para siempre? ¿O era sólo lo que parecía? Las rocas se desmigajan, los ríos se hielan, las frutas se pudren. Apuñalada, la sangre de los blancos y los negros fluye por igual. Los loros adiestrados dicen más verdad que nadie; y, ¿quién está más solo: el halcón o el gusano? Todos los corazones florecientes se arrugan, se sacan y agujerean, como la hierba de la que nacieron. Y, mientras el anciano se vuelve parecido a una solterona, a su esposa le crece un bigote. La hierba y el amor son siempre más verdes. Pero ¿recuerdas a la Pequeña Tres Ojos? Muéstrale amor y las manzanas maduran, doradas, el amor vence a la Reina de la Nieve, su presencia encuentra el nombre, ya sea Rumpelstiltskin o Joel Knox: eso es constante.

Una pared de lluvia corrió hacia ellos desde la distancia. Se la podía oír mucho antes de que llegara, zumbando como una horda de langostas. El operador de la rueda comenzó a hacer bajar a sus pasajeros.

—¡Oh, nosotros seremos los últimos! —gimió *Miss* Wisteria, porque se encontraban en la parte superior del aparato. El muro de lluvia se inclinó sobre ellos y ella levantó las manos como para contenerlo. Idabel, todos, corrían mientras la lluvia caía como una ola de marejada.

De pronto un hombre sin sombrero apareció abajo, en el terreno vacío. Joel, buscando frenéticamente con la mirada a Idabel, no lo vio al principio. Pero las luces del carnaval se apagaron en cortocircuito con un resplandor restallante. Y, cuando esto sucedió, pareció de pronto como si el hombre se hubiera vuelto fosforescente. Joel creyó tenerlo casi al alcance de la mano.

—Randolph —susurró, y el nombre lo atenazó en las raíces de la garganta. Fue una visión momentánea, porque las luces se apagaron con un ruido sibilante, y, cuando la rueda descendió hasta su última parada, no pudo ver a Randolph por ninguna parte.

—Espera —ordenó *Miss* Wisteria, recogiendo los pliegues de su vestido empapado—, espérame.

Pero Joel saltó junto a ella y corrió de un refugio a otro. Idabel no estaba en la Tienda de Diez Centavos. No había nadie allí, aparte del Muchacho Pato, que jugaba al solitario a la luz de una vela. No se encontraba tampoco en el grupo apiñado en el tiovivo. Fue a la caballeriza. Fue a la iglesia bautista. Y pronto, ya que casi no quedaban otras posibilidades, se encontró en la galería de la casa vieja. Las hojas, reuniéndose en una espiral, voltejeaban susurrantemente sobre su desierta extensión. Vacías mecedoras se movían blandamente hacia atrás y hacia adelante. Un anuncio de tabaco Prince Albert voló por el aire como un pájaro y lo golpeó en la cara; él luchó para desprenderse, pero era como si el papel estuviese vivo y el forcejeo lo asustó repentinamente más que la visión de Randolph. Nunca se libraría de ellos. Pero, por lo demás, ¿qué había que temer en Randolph? El hecho de que lo hubiese encontrado probaba solamente que era un mensajero de un par de ojos telescópicos. Randolph nunca le haría daño (todavía, pero y sin embargo). Dejó caer los brazos. Era curioso, porque, en cuanto lo hizo, el Príncipe Alberto, por su propia voluntad, se voló, aullando, en la ronca lluvia. ¿Y podría él, con la misma facilidad, aplacar a la otra furia, a la innominada cuyo enviado aparecía en la figura de Randolph? La enredadera del jardín del Desembarcadero se había extendido a través de todos los kilómetros para rodearle las muñecas… Y él vio que sus planes, los de él e Idabel, se despedazaban como un cielo hendido por el trueno. Todavía no, si podía encontrarla. Y corrió a la casa.

—¡Idabel, estás aquí, estás!

Un estruendo de silencio le contestó. Aquí, allá, un sonido marginal. Lluvia, como alas, en la chimenea; patas de ratón sobre vidrio caído, los pasos de doncella de la que siempre transita la escalera, y el viento, abriendo puertas, cerrándolas, el viento conversando tristemente en el cielo raso, vaciando sus pulmones por los cuartos. Se dejó arrastrar por el camino del viento. Su cabeza estaba liviana como un globo, y tan vacía. Hielo en lugar de ojos, espinas en vez de dientes, franela en la lengua. Esa mañana había visto la salida del sol, pero, con cada paso acercándolo a un precipicio

permanente en sombreadas intenciones (o así parecía), no era probable que volviese a ver otra. El sueño era como humo, él lo inspiró profundamente, pero volvió al aire en anillos de color, puntos, chispas cuyo fuego le impedía caer de golpe al suelo. Eran advertencias, esas moscas estrelladas… Quédate despierto, Joel; en la tierra de los esquimales el sueño es la muerte, es todo, ¿recuerdas? Tenía frío, su madre; se puso a dormir con un rocío de copos de nieve perfumándole el cabello. Si sólo pudiera haberle abierto los ojos, deshelándoselos, ella estaría ahora con él, para sostenerlo y decirle, como él había dicho a Randolph: «Todo irá bien». No, se había hecho pedazos como el cristal helado, y Ellen, recogiendo los trozos, los puso en una caja, rodeados de gladiolos de cincuenta centavos la docena.

En alguna parte él era dueño de un cuarto, tenía una cama. La promesa de ambos temblequeó ante él como olas calientes. ¡Oh, Idabel, por qué me hiciste esta cosa terrible!

Hubo pasos en la galería. Pudo oír el chaschás de zapatos empapados. Bruscamente un rayo de luz de linterna asomó por una ventana de la sala y por un instante se detuvo en un manchado y resquebrajado espejo ubicado sobre la repisa de la chimenea. Brillante, el espejo era como una plancha de gelatina y la figura de afuera humeó indistintamente en su superficie. Nadie podría haber dicho quién era, pero Joel, al ver que la luz se alejaba y al oír las pisadas que entraban en el vestíbulo, supo con seguridad que era Randolph. Y lo asaltó la humillante probabilidad de que, desde que partiera del Desembarcadero, no hubiera hecho un solo movimiento que no fuera observado. ¡Cuán divertido debió de haberle parecido su adiós a Mr. Sansom!

Se agazapó detrás de una puerta. A través de la hendidura con bisagras podía ver el vestíbulo, donde la luz reptaba como un ciempiés ardiente. Ahora no importaba que Randolph lo encontrara; lo recibiría bien. Pero algo le impedía llamarlo. Los pasos chasqueantes se acercaron al umbral de la sala y Joel oyó:

—Chiquito, chiquito —y un gemido de desesperación.

Miss Wisteria estaba tan cerca que él podía oler la rancia humedad de su seda encogida. Sus rizos se habían desenroscado, la coronita estaba torcida,

su cinturón amarillo perdía su color sobre el piso.

—Chiquito —dijo ella, haciendo girar la luz de la linterna en las inclinadas y rotas paredes, donde su imagen enana se mezclaba con la sombra de cosas en fuga—. Chiquito —repitió, y la resignación de su voz intensificaba su patetismo. Pero él no se atrevía a mostrarse, porque no podía darle lo que ella quería. Su amor estaba en la tierra, destrozado e inmóvil, con flores secas donde debería haber ojos, con musgo sobre los labios. Su amor estaba lejos, alimentándose en la lluvia, lirios espumajeando de sus ruinas. Retirándose, la enana subió la escalera, y Joel, que escuchaba sus pasos arriba, mientras ella, en su necesidad de él, registraba la selva de cuartos, sintió un feroz desprecio hacia sí mismo. ¿Qué era su terror, comparado con el de *Miss* Wisteria? Era dueño de un cuarto, tenía una cama, en cualquier momento podía huir de allí e ir a ellos. Pero para *Miss* Wisteria, que lloraba porque los niños deben crecer, siempre habría ese viaje a través de cuartos agonizantes, hasta que algún día encontrara a su escondido reidor armado del cuchillo.

TERCERA PARTE

12

Se sentenció a sí mismo. Era culpable. Sus propias manos se dispusieron a cumplir el veredicto. Magnetizadas, encontraron una bala, la robada a Mr. Radclif (Mr. Radclif, perdóneme, por favor; nunca quise robarle), e insertándola en la vieja pistola india del comandante Knox (chico, ¿cuántas veces te he dicho que no toques esa cosa mala?… Mamá, no me regañes ahora, mamá; me duelen los huesos, estoy encendido… Los buenos mueren fríos, los perversos en llamas. Los vientos del infierno están azules con el dulce éter de las flores de la fiebre, cornudos niños de lengua de víbora bailan en prados que están en la superficie del sol, con todos los botines de los robos atados a sus colas, como las latas a las de los gatos, símbolos de una vida criminal) se metió la bala en la cabeza. ¡Oh, caramba, no hubo más que un golpecito seco, oh, caramba! Y ahora, ¿qué? Y de pronto, he aquí que se encontraba donde nunca se había imaginado volver a verse: el escondite secreto en que, en las calurosas tardes de Nueva Orleáns, contemplaba la nieve que se filtraba por entre los requemados árboles de agosto. La carrera de los cascos de los renos venía tintineando vivamente calle abajo y Mr. Misterio, elegantemente canallesco en su capa negra, aparecía detrás de ellos, montado en un bellísimo trineo en forma de bote. Éste estaba construido con maderas aromadas y un cisne rojo, tallado, adornaba la parte delantera; campanillas de plata estaban unidas como cuentas, para formar una vela. Balanceándose, hinchándose, ¡qué estremecidas melodías cantaban mientras el trineo, con Joel a bordo, abrigado por los pliegues de la capa de Mr. Misterio, cruzaba campos cubiertos de nieve y descendía por colinas improbables!

Pero de pronto todos sus poderes para dirigir aventuras en el cuarto secreto fracasaron. Una muralla de hielo se erguía ante ellos, el trineo corría

hacia una destrucción segura, esa noche las radios entristecerían a toda la nación: Mr. Misterio, estimado mago, y Joel Harrison Knox, querido por todos y cada uno, murieron hoy en un accidente que también arrebató las vidas de seis renos que… rrrip, el hielo se rasgó como celofán, el trineo se deslizó a través de él y penetró en la sala del Desembarcadero.

Allí parecía llevarse a cabo una extraña fiesta. Éstos se encontraban entre los presentes: Mr. Sansom, Ellen Kendall, *Miss* Wisteria, Randolph, Idabel, Florabel, Zoo, Pequeño Luz de Sol, Amy, R. V. Lacey, Sam Radclif, Jesús Fiebre, un hombre desnudo, con un par de guantes de box (Pepe Álvarez), Sydney Katz (propietario del Café Lucero del Alba, de Capilla Paraíso); un convicto de labios gruesos, que llevaba una navaja en una cadena que tenía en torno del cuello como algún siniestro crucifijo (Keg Brown), Romeo, Sammy Silverstein y otros tres miembros de los Secretos Nueve de la calle St. Deval. La mayoría de ellos estaban vestidos de negro, con atavío más bien formal. La pianola tocaba «Cerca, mi Dios, de Ti». Sin advertir el trineo, todos se movían en una inclinada procesión negra en torno de un cajón de cedro, adornado con guirnaldas de gladiolos, dentro del cual cada uno dejaba caer una ofrenda: Idabel, sus gafas ahumadas; Randolph, su almanaque; R. V. Lacey, el cabello cortado de su verruga; Jesús Fiebre, su violín; Florabel, sus tenacillas Kress; Mr. Sansom, sus pelotas de tenis; Pequeña Luz de Sol, un talismán mágico, y así sucesivamente. Dentro del ataúd estaba el propio Joel, completamente vestido de blanco, con el rostro empolvado y pintado con colorete, con el cabello castaño-dorado peinado en húmedos rizos. Como un ángel, decían; más hermoso que Alcibíades, más hermoso, dijo Randolph, y Amy gimoteó: Creedme, traté de salvarlo, pero él no quiso moverse y las serpientes son muy rápidas. *Miss* Wisteria, poniendo su coronita sobre la cabeza de él, se inclinó tanto que casi cayó dentro del cajón. Escucha, susurró, no soy una tonta; sé que estás vivo. Y, a menos que me des la respuesta, no te salvaré. No diré una palabra. ¿Están tan solos los muertos como los vivos? Y entonces el cuarto comenzó a vibrar levemente, y luego con más fuerza, las sillas cayeron, el armario de antigüedades derramó su contenido, la pianola, componiendo su propio jazz condenado, produjo una algazara alocada. Y la casa se derrumbó, descendió en la tierra, más abajo,

más, hacia los brazos peludos de chicos con cuernos, cuyos ojos de abejorros contienen bosques de llamas.

Conocía perfectamente el ritmo de una mecedora: parán-parón, horas y horas lo había escuchado, ¿durante cuánto tiempo?, viajando a través del espacio. Y el ataúd de cedro se confundió finalmente con su movimiento. Si te caes, te caes para siempre; ida y vuelta al mismo tiempo, la mecedora incansable, el cajón de cedro. Él apretó las almohadas; se aferró de los postes de la cama, porque, en los mares de luz de farol, cabalgaba sobre las ondulantes olas de mecedora que se balanceaban con el movimiento de una boya. Y, ¿quién era el pirata que se acercaba a él en el asiento? Los ojos le ardieron cuando los obligó a la identificación; antifaces de encaje lo confundieron, intervino un vidrio esmerilado… De pronto el pasajero de la mecedora era Amy, ora Randolph, ora Zoo. Pero Zoo no podía estar ahí; se encontraba caminando por Washington, con su acordeón anunciando cada paso de su camino. Una voz no reconocida riñó con él, se burló, torturó, recordó secretos que él casi no se había revelado a sí mismo. Cállate, gritó, y lloró, tratando de silenciarla. Pero, naturalmente, la voz era la suya. «Te vi bajo la rueda gigante» —acusó al pirata de la silla. «No —repuso el pirata —. Jamás me fui de aquí, mi dulce niño, mi dulce Joel. Toda la noche te esperé sentado en las escaleras».

Roía constantemente cucharas amargas o luchaba para respirar a través de bufandas empapadas en agua de limón. Unas manos insinuaban descendentes cortinados de ocaso adormilado. Dedos delgadamente firmes como los de Zoo se paseaban por su cabello, y otros dedos, también, éstos con un tacto más frío, más esponjoso que la espuma de mar. La voz de Randolph, con tonos más dulces, aumentó sus sedantes trazados.

Una tarde la mecedora se convirtió precisamente en eso; unas tijeras parecieron recortarle los bordes del cerebro y, mientras él parecía arrancar los restos muertos, Randolph, cobrando forma, brilló benditamente próximo.

—Randolph —dijo, tendiendo la mano hacia él—, ¿me odias?

Sonriendo, Randolph susurró:

—¿Odiarte, nene?

—Porque me fui —explicó Joel—, porque me fui lejos y dejé tu jerez en el vestíbulo. —Randolph lo tomó en sus brazos, le besó la frente. Y Joel, dolorido, dijo—: ¡Estoy enfermo, y tan enfermo…!

Y Randolph replicó:

—Recuéstate, querido, quédate tranquilo…

Vagó lentamente hasta septiembre. Las bienaventuradas profundidades de la cama parecían el futuro suficiente y cada poro de su cuerpo absorbía su fresca protección. Y cuando pensaba en sí mismo endosaba el pensamiento a una segunda persona, a otro Joel Knox en quien se encontraba interesado en la forma moderada en que uno se interesaría por una instantánea de la juventud. ¡Qué bobo! De buenas ganas se libraría de él, de este viejo Joel, pero todavía no; en cierto modo todavía lo necesitaba. Durante largos períodos, todos los días, estudiaba su rostro en un espejo de mano. Ejercicio desilusionante, en conjunto, porque nada de lo que veía afirmaba concretamente sus sospechas de inminente virilidad, aunque en su cara se producían ciertos cambios. La gordura juvenil había cedido su lugar a líneas verdaderas, la blandura de sus ojos se había endurecido. Era una cara con una expresión de inocencia pero con nada del encanto de ella, una cara alarmante, en realidad, demasiado astuta para un niño, demasiado hermosa para un chico. Sería difícil adivinarle la verdad. Lo único que le desagradaba era la rigidez castaña de su cabello. Deseó tenerlo rizado y dorado como el de Randolph.

No sabía cuándo dormía Randolph. Éste parecía abandonar la mecedora únicamente cuando Joel debía comer o ejecutar alguna función. Y a veces despertaba y, contemplándolo desde la ventana como el ojo de un bandido, veía el cigarrillo contra el asma, de Randolph, todavía palpitando en la oscuridad. Aunque la casa se había hundido, no estaba solo. Otro había sobrevivido, no un desconocido, sino uno más bondadoso, más bueno de lo que nadie lo fuera nunca, el amigo cuya proximidad es amor.

—Randolph —preguntó—, ¿alguna vez fuiste tan joven como yo?

Y Randolph repuso:

—Nunca fui tan viejo.

—Randolph —prosiguió—, ¿sabes algo? Soy muy feliz.

A lo que su amigo no ofreció respuesta alguna. El motivo de esa dicha parecía ser simplemente que no se sentía desdichado. Más bien reconocía en todo su ser una especie de equilibrio. Había muy pocos problemas que resolver. La niebla que para él cubría tan gran parte de la conversación de Randolph, incluso ella se había desvanecido, o al menos ya no le molestaba, porque le parecía entenderlo absolutamente. En el proceso de —por así decirlo— descubrir a alguien, la mayoría de las personas experimentan simultáneamente una ilusión de que se descubren a sí mismas; los ojos de la otra reflejan su real y glorioso valor. Ésa era la sensación que experimentaba Joel, y resultaba inestimable porque ésta era la primera vez que conocía el triunfo, falso o cierto, de conocer a un amigo. Y ya no quería ser responsable, quería ponerse en las manos de un amigo, depender —como aquí, en su lecho de enfermo— de él para su vida. El hecho de mirarse en el espejo de mano se convirtió, en consecuencia, en una prueba. Ahora era como si solamente un ojo buscara signos de madurez, en tanto que el otro, que gradualmente se fue haciendo el más atento de los dos, miraba hacia adentro, deseándole que siempre se quedara tal como era.

—Hoy hay una frescura de octubre en el aire —dijo Randolph, dejando junto a la cama un vaso de hinchadas rosas—. Me temo que son las últimas; se están deshaciendo. Hasta las abejas han perdido interés en ellas. Y aquí te he traído un ejemplar otoñal, una hoja de sicomoro.

Otro día, y aunque el aire estaba suave, encendió un fuego junto al cual tostaron malvaviscos y bebieron té de tazas de doscientos años de antigüedad. Randolph hizo imitaciones. Era Charles Chaplin en persona y también Mae West, y su cruel imitación de Amy hizo que Joel se doblara sobre la cama, finalmente entregado a la risa por la risa misma, y Randolph dijo, ¡ja, ja, ahora le mostraría algo realmente gracioso!

—Pero tendré que disfrazarme —dijo, con la mirada repentinamente viva. Hizo ademán de salir del cuarto. Luego, soltando el tirador de la puerta, miró hacia atrás—. Pero, si lo hago… no debes reírte.

Y la respuesta de Joel fue una carcajada; no podía detenerse, era como el hipo. La sonrisa de Randolph se le escurrió del rostro como manteca derretida. Y cuando Joel exclamó: «¡Vamos, me lo prometiste!», se sentó y se apretó la redonda cabeza rosada entre las manos.

—Ahora no —dijo con tono cansado—, otra vez.

Una mañana Joel recibió la primera correspondencia llegada al Desembarcadero. Era una postal y Randolph, que aparecía con un ejemplar de *Macbeth*, que habían planeado leer en voz alta, se la trajo en persona.

—Es de la chiquilla que vive carretera abajo —dijo, y a Joel se le cortó la respiración. De piernas largas, bravucona, Idabel caminó desde la pared y se hamacó en la mecedora. No había pensado directamente en ella desde la noche de la feria viajera, omisión que no podía explicar, pero que no le resultaba fantástica. Ella era, en definitiva, otra de las personas hundidas con la casa, de esas cuyos nombres tenían relación con el viejo Joel, cuyos nombres, ahora, en el retorcido octubre, las hojas de los árboles deletreaban en el viento. Pero Idabel regresaba, como un fantasma, quizá, pero estaba ahí, en el cuarto. Idabel, la pilluela decidida a apedrear a un barbero manco, e Idabel con rosas, Idabel con la espada, Idabel que decía que a veces lloraba. La hoja de sicomoro era todo el otoño y su rojo era el rojo del cabello de ella, y su tallo tenía el color oxidado de su tosca voz y su forma dentada era el esquema, el recuerdo de su rostro.

La tarjeta, que mostraba a alegres recolectores de algodón, tenía el matasellos de Alabama y decía: «1/2 hermana de Mrs. Collie y él es perdicador bautista El Domingo pasé el cepillo en la iglesia papá y F. mataron a henry Me dejaron aquí por toda la vida, ¿por qué te Escondiste? escribe a IDABEL THOMPKINS».

Bueno, francamente, no le creía. Ella misma se habría ido por toda la vida, y con *Miss* Wisteria, no con un «perdicador» bautista. Entregó la postal a Randolph, quien, a su vez, la entregó al fuego. Por un instante, mientras se enroscaban Idabel y sus recolectores de algodón, Joel habría perdido las manos para rescatarlos, pero Randolph, poniéndose gafas de oro, de lectura, comenzó:

—«Primera bruja. ¿Cuándo volveremos a encontrarnos? ¿En el trueno, en el relámpago o en la lluvia?» —y él se dispuso a escuchar, se durmió y despertó con un grito, porque había trepado la chimenea, en pos de Idabel, y sólo había humo donde ella había estado, y cielo—. Cállate, cállate —dijo

Randolph lenta, tiernamente, con una voz como la luz muriente, y se alegró de tener a Randolph, sereno en el centro de su piedad.

Y así, a veces estaba a punto de decirle con palabras todo su amor. Pero era peligroso dejar alguna vez que alguien adivinara la amplitud de los sentimientos o los conocimientos de uno. Supongamos —como a menudo lo suponía él— que lo raptaran. En cuyo caso la mejor defensa sería no dejar que el secuestrador supiera que uno lo reconocía como tal. Si el ocultamiento es la única arma, entonces el villano no es nunca el villano; uno sonríe hasta el fin.

E incluso aunque hablara a Randolph, ¿a quién estaría confesando su amor? Multifacético como el ojo de una mosca, ni hombre ni mujer, cada una de sus identidades cancelaba a la otra, un talego de disfraces… ¿quién, qué era Randolph? Un contorno en el que se pinta el personaje, el héroe ideal, con la ayuda de lápices de colores. Cualquiera sea su papel, es traído a la existencia por uno mismo. En verdad, trátese de concebirlo solo, no visto, no oído, y se torna invisible, es imposible imaginarlo. Pero las personas como Randolph justifican las fantasías, y, si apareciera un genio, por cierto que Joel le habría pedido que esos días secretamente guardados continuaran a lo largo de un siglo de almanaques.

Pero los días terminaron y el momento pareció suceder por culpa de Randolph.

—Muy pronto iremos a visitar el Hotel Nube —dijo éste—. Pequeño Luz de Sol quiere verte. Creo que ya estás bien. Es absurdo fingir que no lo estás.

La ansiedad le subrayaba la voz, un entusiasmo en el que Joel no podía creer del todo, porque presentía que el plan era impulsado por motivos privados, sin duda desagradables, y éstos, cualesquiera fueran, se oponían a los verdaderos deseos de Randolph. Y respondió:

—Quedémonos aquí mismo, Randolph; no vayamos a ninguna parte.

Y, cuando el pedido fue rechazado, viejos pensamientos triturantes e irritantes, acerca de Randolph, volvieron a asaltarlo. Se sentía lo suficientemente gruñón como para reñir. Ése, naturalmente, era un inconveniente de depender de otros. Nunca podía reñir con Randolph porque la ira aparecía, en definitiva, más insegura que el amor. Sólo

aquellos que conocen su propia seguridad pueden permitirse ira o amor. Aun así, estaba a punto de arriesgarse a pronunciar palabras airadas cuando afuera un sonido lo interrumpió y lo hizo rodar hacia atrás, a través del tiempo.

—¿Qué estás mirando de ese modo, tan fijamente? —preguntó Randolph.

—Es Zoo… la oigo —respondió él. A través de las ventanas nocturnas llegaba un estribillo de acordeón—. De veras que sí.

Randolph se disgustó.

—Si se siente obligada a mostrarse musical, preferiría que tocase la armónica.

—Pero es que se ha ido. —Y Joel se arrodilló en la cama—. Zoo se fue caminando a Washington…

—Me pareció que lo sabías —dijo Randolph acariciando la cinta que marcaba las páginas de *Macbeth*—. Durante lo peor de tu enfermedad, cuando estabas más grave, ella estuvo a tu lado con un abanico. ¿No puedes recordarlo?

De modo que Zoo había vuelto. No pasó mucho tiempo antes de que la viera él mismo. El mediodía siguiente le trajo su caldo. No se intercambiaron saludos, ni sonrisas; era como si ambos sintieran demasiado la fatigada turbación del anticlimax. Pero en el caso de ella se trataba de algo más. Parecía no conocerlo; estaba allí, junto a él, esperando serle presentada.

—Randolph me dijo que no podrías regresar —dijo Joel—. Me alegro de que se equivocara.

En respuesta se oyó un suspiro tan acongojado que pareció haber surgido de las profundidades de su ser. Zoo reclinó la frente sobre el poste de la cama y fue entonces cuando, con una aguda punzada, él advirtió que le faltaba el pañuelo del cuello. Desnuda, su cicatriz sesgada reía como labios torcidos y su cuello, dividido de ese modo, había perdido su grandeza jirafesca. ¡Cuán pequeña se la veía, cuán empequeñecida, como si una reducción del espíritu hubiera cobrado doble tributo y hecho exigencias sobre la carne! Con la ilusión de altura había desaparecido la gracia animal, la dignidad de flecha, desafiante emblema de su corazón distinto.

—Zoo —preguntó él—, ¿viste la nieve?

Ella lo miró pero sus ojos no parecieron establecer una conexión con lo que veían. En rigor aparecía en ellos un efecto de bizqueo, como si estuvieran fijos en una complaciente visión interior.

—¿Si vi la nieve? —repitió ella, tratando intensamente, en apariencia, de entender. ¡Si vi la nieve! —y estalló en una risita aterradora; echó hacia atrás la cabeza, entreabrió los labios, como una chiquilla boquiabierta que quisiera beber agua de lluvia—. No la hay —dijo, meneando violentamente la cabeza y sacudiendo el negro cabello engrasado, sacudiéndolo con un sonido ventoso, como si fuese pasto requemado. Es un montón de mentiras, eso de la nieve y demás. ¡Ese sol…! Está en todas partes.

—Como los ojos de Mr. Sansom —dijo Joel, pensando para sí.

—Es un sol de negros —continuó ella—, y, por mi alma, es negro. —Tomó el tazón de caldo y miró en su interior, como si fuera una gitana adivinando la suerte en las hojas de té—. Descansé junto al camino. El sol me hirió los ojos hasta dejarme casi ciega…

Y Joel dijo:

—Pero Zoo, si no hubo nieve, ¿qué es lo que viste en Washington D. C.? Quiero decir, ¿no te encontraste con ninguno de esos hombres de los noticiosos cinematográficos?

—… y tenía agujeros en los zapatos, donde las rocas habían perforado las sotas de diamantes y los ases de corazones; caminé todo el día y he aquí que me parece que no he caminado nada. Y heme ahí sentada junto al camino, con los pies como fuego y ni un alma a la vista. Dos lágrimas, siguiendo los bordes huesudos de su rostro, desaparecieron dejando manchas plateadas. —Estoy tan cansada que no tengo ninguna sensación cuando me pellizco. Y continúo sentada allí, en ese lugar solitario, hasta que levanto la cabeza y veo la Osa Mayor. Casi en seguida aparece un camión rojo, con enormes luces como insectos cubriéndome de pies a cabeza—. Había cuatro hombres en el camión, dijo: tres muchachos blancos y un negro que viajaba en la trasera, acurrucado sobre una montaña de sandías. El conductor del camión se apeó. —Un hombre realmente canallesco, fumando un cigarro, como un toro. No lleva camisa y tiene todo ese pelo rojo creciéndole en los hombros y las manos. Y camina

silenciosamente por el césped y me mira con tanta dulzura que yo creo que quizás está apenado porque tengo los pies tan heridos y posiblemente me pedirá que viaje en su magnífico coche. —«Vamos», le dijo él, golpeando el cigarro de modo que la ceniza cayó en el rostro de Zoo, «vamos, chica, métete en la cuneta. No preguntes por qué», dijo el hombre y la empujó de modo que rodó por el borde del camino y cayó de espaldas, indefensa como un escarabajo—. ¡Señor!, por cierto comencé a vociferar y gritar y este hombrecito toruno me dice que me calle o me hará saltar los sesos. —Se puso de pie y comenzó a correr, pero los otros dos muchachos, respondiendo al silbido del conductor, saltaron a la cuneta y le cerraron el paso. Ambos jóvenes llevaban sombreros panamá y uno de ellos tenía un par de pantalones de marinero y una camisa de soldado. Fue éste quien la atrapó y llamó al negro, ordenándole que trajera un rifle—. Ese maldito negro se parecía muchísimo a Keg, y me puso la boca del rifle junto al oído y me rasgó el hermoso vestido por delante y les dice a los muchachos de panamá que pongan manos a la obra. Oigo la voz del Señor hablando por el caño de ese rifle y el Señor dijo: Zoo, has tomado el camino equivocado y seguido la mala senda; cómete la manzana, dijo, y está completamente podrida, y mi Señor mira desde el cielo y me trae consuelo, y mientras esos demonios se sacudían como machos cabríos, allí mismo, en ese momento, en medio de mis vergonzosos sufrimientos, dije palabras sagradas: Sí, aunque transito por el valle de la sombra de la muerte, no tengo miedo a ningún mal porque tú estás conmigo, Señor, sí, en verdad, digo, y los idiotas rieron, pero mi Señor asumió la forma de ese muchacho marinero y nosotros, yo y el Señor, nos amamos. —Los muchachos se habían quitado los sombreros panamá. Ahora se los pusieron nuevamente y uno de ellos dijo al conductor, bueno, ¿qué le pasaba? Y el conductor chupó su cigarro y se rascó detrás de la oreja y dijo, bien, para decir la verdad, no le gustaba que lo miraran cuando… Está bien, dijeron los jóvenes, y subieron nuevamente al camino, con el negro siguiéndoles, los tres riendo, lo que hizo que se contrajeran las mejillas del conductor y que los ojos «se le pusieran amarillos como los de un gato viejo. Y fue extraño, porque en ese momento era un hombre asustado». No se movió para tocarla. Se acuclilló, impotente, a su lado, como un amante afligido, como un ídolo… Entonces

sonó la bocina del camión, los muchachos llamaron y él se inclinó, acercándose: «Me apretó el cigarro en el ombligo, Señor, en mí nació el fuego como un niño».

Joel se tapó los oídos. Lo que Zoo decía era feo; lamentaba que ella hubiese vuelto, se sentía enfermo, ella debería ser castigada.

—Cállate, Zoo —dijo—. No quiero escuchar, no quiero… —pero temblaron los labios de Zoo, y sus ojos se volvieron ciegamente hacia una visión interior.

Y en el rugido de silencio ella era una pantomima; la alegría de Jesús le enloquecía el rostro y lo hacía brillar como un sudor. Su dedo se agitó en el aire como el de un predicador, agonías de alegría le sacudieron el pecho, sus labios se abrieron para un grito bajo. Sus entrañas sorbieron aire, sus brazas se abrieron ampliamente, abrazando lo eterno. Era una cruz, estaba crucificada. El vio sin escuchar y era aún más terrible. Y cuando ella se hubo ido, llevándose consigo, dócilmente, el tazón de caldo, Joel mantuvo los dedos pegados a los oídos hasta que el tintineo se hizo tan fuerte que ensordeció incluso el recuerdo del sonido.

Estaban seguros de que John Brown no lograría subir la cuesta.

—Si, sencillamente, se acostara y rodara sobre nosotros, no lo culparía —dijo Randolph, y Joel endureció los músculos, esperando que eso pudiera aliviar la carga del mulo. Tenían un talego vacío como montura y una cuerda en lugar de riendas, pero aun así conseguían mantenerse a horcajadas, aunque Randolph se bamboleaba peligrosamente, gruñendo de continuo y comiendo interminables huevos duros que Joel le entregaba, sacándolos de un cesto de merienda que sostenía—. Otro huevo, mi querido. Me siento otra vez terriblemente mareado. Siempre que sientas que algo te sube, ponle algo encima para contenerlo.

Era un día humoso, con el cielo como un techo de hojalata llovida. El sol, cuando se lo veía, estaba pálido como la panza de un pescado, y Joel, que había sido arrancado de la cama y obligado a moverse con una prisa tan desconsiderada que no había tenido tiempo para vestirse decentemente, tenía la piel de gallina del frío, porque llevaba una delgada camisa (puesta del revés) y un par de pantalones cortos con la mayoría de los botones de la

bragueta arrancados. Al menos tenía zapatos correctos, en tanto que Randolph solamente llevaba pantuflas de felpa.

—Mis pies se han agrandado tan ominosamente que lo único que puedo hacer es introducirlos en estas pantuflas. En verdad, ¡qué espantajo debo parecer a la luz del día! Tengo la más horrenda sensación de que cada vez que esta triste bestia se mueve me cae el cabello en oleadas. Y mis ojos, ¿giran como dados? Es claro que apesto a bolitas de naftalina…

El traje que llevaba lanzaba un tufo como de gas. Un encogido traje de lino, rígido de almidón y planchado hasta quedar brillante, abultaba y crujía como una armadura medieval, y él se movía con exagerados cuidados, porque las costuras anunciaban continuamente obscenas intenciones.

Hacia las doce desmontaron y tendieron su merienda bajo un árbol. Randolph había llevado un frasco de frutas con vino de uva silvestre. Se hizo gárgaras con el vino como si se tratara de un enjuagatorio. Y, cuando ya no quedó más, Joel utilizó el frasco vacío para cazar hormigas. Randolph las llamaba El Insecto Piadoso, y a propósito de ellas dijo:

—Me llenan de tan grande admiración y, ¡ah!, de tanta tristeza… Hay un espíritu tan puritano en la irreflexiva marcha de su industria divina… Pero ¿es posible que un gobierno tan anti individualista admita la poesía de lo que está más allá del entendimiento? Por cierto que el hombre que se negara a llevar consigo sus migajas encontraría asesinos en su camino y condenación en cada sonrisa. En cuanto a mí, prefiero al topo solitario. No es una rosa que dependa de las espinas y las raíces, ni una hormiga cuyo tiempo de vida está organizado por el inalterable hormiguero. Ciego, marcha por su camino separado, sabiendo que la verdad y la libertad son actitudes del espíritu. —Se alisó el cabello y rió, aparentemente de sí mismo—. Si yo fuera tan sabio como el topo, si fuese libre y justo, entonces, ¡de qué admirable prostíbulo sería la *Madame*! Aunque lo más probable es que terminaría como una Sra. Nadie en Especial, una regordeta criatura no encorsetada, con un zoquete de esposo y chiquillos escalonados y un guisado en el fogón. —Apresuradamente, como si fuera portadora de un importante mensaje, una hormiga le trepó por el cuello y le desapareció en la oreja.

—Tienes una hormiga dentro de la cabeza —dijo Joel, pero Randolph, con un brevísimo asentimiento, continuó hablando. De modo que Joel se acurrucó junto a él y, tan cortésmente como le fue posible, le atisbo dentro del oído. La idea de que una hormiga estuviese nadando dentro de una cabeza humana lo atraía de tal modo que pasó un largo rato antes de que se diese cuenta del silencio y de la tensa y prolongada interrogación de la mirada de Randolph. Era una mirada tal que Joel sintió un misterioso cosquilleo—. Estaba buscando la hormiga —dijo—. Te entró en el oído. Eso podría ser peligroso; quiero decir, como tragarse un alfiler, por ejemplo.

—O como la derrota —replicó Randolph, con el rostro plegándosele en azucaradas arrugas de resignación.

El suave traqueteo del trote de John Brown entreabrió los quebradizos bosques. Los sicomoros soltaban sus hojas, morenas como especias, en una lluvia de octubre. Como venas, moteadas veredas giraban a través de tormentas de amarillo llovido. Encaramados en torres agonizantes de arándanos los escarabajos cantaban, y las ranas de San Antonio, no mayores que gotas de rocío, se deslizaban y chillaban, retransmitiendo las noticias a través de la luz que era penumbra todo el día. Siguieron los restos de un camino por el que rodaran alguna vez las ruedas de laqueados carruajes, transportando a damas perfumadas de verbena que gorjeaban como petirrojos a la sombra de quitasoles y a correosos caballeros, ricos algodoneros, que se gruñían unos a otros a través de una bruma violeta de humo de Habana, y a sus hijos, pulcras chiquillas que llevaban hojas de menta apretadas en los pañuelos y niños de malvados ojos de mora, chiquillos que hacían chillar a sus hermanas con relatos de tigres rugientes. Oleadas otoñales, exhaladas a través de las malezas heredadas, se lamentaban por los crueles niños aterciopelados y sus viriles padres barbudos. «Fueron», decían las malezas; «Idos», decía el cielo; «Muertos», decían los bosques, pero los totales lamentos de la historia quedaban a cargo del chotacabras.

Así como las gaviotas marinas informan al marinero de la cercanía de la tierra, así un rizo de humo desenroscándose más allá de una hilera de pinos anunció el Hotel Nube. Los cascos de John Brown producían un sonido absorbente en el fango pantanoso a medida que los jinetes circundaban las

verdes riberas del Estanque del Ahogado. Joel miró el agua, en la esperanza de ver al criollo o al jugador fullero. ¡Ay!, los taimados y escurridizos individuos no se dejaron ver. Pero anclado cerca de la costa había un árbol torcido, de forma de hombre, con musgo cayendo de su copa como los cabellos de un espantapájaros. Pájaros del ocaso, bullendo en tomo de ese refugio aislado, hacían estallar el paisaje con gritos sin alegría, y sólo unas pocas burbujas producidas por peces-gatos conmovían la lisa suavidad de anguila del estanque. En una explosión, como el chillido de los pájaros, Joel escuchó a las encantadoras, rientes, chapoteantes niñas jugando en fuentes diamantinas; a las encantadoras niñas de voces de arpa, silenciosas ahora, refugiadas en los brazos de sus amantes, el criollo y el jugador.

El hotel se irguió ante ellos como un montículo de huesos. Un apostadero empinaba el techo, y recostado contra la balaustrada se encontraba Pequeño Luz de Sol, que tenía un telescopio apuntado hacia la senda. Cuando la pareja se acercó, el hombrecito inició un furioso conjunto de ademanes que al comienzo pareció una bienvenida demasiado frenética, pero, como su frenesí no se calmaba, pronto se dieron cuenta de que les advertía que no siguieran avanzando. Conteniendo a John Brown, esperaron en la chorreante luz del ocaso, mientras el ermitaño descendía por la puerta-trampa del apostadero, para aparecer repentinamente en un tramo de escalones que retiñían sobre extensiones de prados feudales, descendiendo hasta el borde del agua. Blandiendo su bastón de nogal, avanzó junto a la costa con una reptante cojera patizamba. Los ojos le jugaron a Joel una mala pasada: vio a Pequeño Luz de Sol como un árbol que hubiera cobrado vida.

A varios metros de distancia el ermitaño se detuvo y, agachándose, apoyado en su bastón, los miró con fija mirada gomosa. Luego Randolph anunció su nombre y el anciano, parpadeando con incredulidad, rompió en retozonas risitas contenidas.

—¡Bueno, pero si son la maldad en persona! No puedo ver casi nada y heme ahí con mi viejo catalejo, preguntándome: ¿quiénes son esos que vienen a un lugar en el que no tienen nada que hacer? Bueno, ¡hermoso alboroto! Síganme con pasos largos, largos, cuidadosamente; muchas arenas movedizas.

Caminaron en fila india, con Joel, que cerraba la marcha, conduciendo el mulo y preguntándose, mientras seguía las húmedas pisadas de Randolph, por qué se le habría mentido; porque era evidente que Pequeño Luz de Sol no los esperaba.

Escaleras curvas como cuellos de cisnes, con mohosas alfombras, subían desde el vestíbulo del hotel. La diabólica lengua de un cuclillo, sobresaliendo de un reloj de pared, proclamaba mudamente una hora de cuarenta años atrás, y en el escritorio astillado del empleado encargado del registro de cuartos había deshidratados ejemplares de palmeras en tiestos. Después de atar una escupidera a la pata de John Brown, esto a fin de oírlo si se le ocurría irse, lo dejaron en el vestíbulo y atravesaron el salón de baile, donde una araña caída enjoyaba el polvo y cortinados rasgados por el tiempo yacían apilados sobre el ondulado piso como damas que hicieran una reverencia. Pasando ante un piano, sobre el cual las telas de araña estaban tejidas como las cubiertas de gasa de una pieza de museo, Joel golpeó las teclas esperando que, en respuesta se oyera *Chopsticks*. En cambio escuchó solamente el vidrioso repiqueteo de patas fugitivas.

Más allá del salón de baile, en lo que otrora había sido el departamento privado de Mrs. Nube, había dos cuartos espaciosos, sencillamente amueblados, ambos hermosamente aseados, en los que vivía Pequeño Luz de Sol. El evidente orgullo que él sentía por su alojamiento aumentó el encanto de la sorpresa de los visitantes. Y, cuando el hombrecito cerró la puerta, eliminó por completo la ruina qué los rodeaba. La luz del fuego bruñía maderas color rojo cerezo, doraba las alas de un ángel tallado, y el ermitaño, trayendo una botella de whisky de fabricación casera, la puso donde la luz pudiera adornar con encaje su confortante promesa.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vino, Mr. Randolph —dijo, arrimando sillas junto al fuego—. Era usted un chico, como este dulce chiquillo. —Pellizcó la mejilla de Joel, y sus uñas eran tan largas que casi le rasgaron la piel—. Solía venir aquí con esos libros de dibujo. Ojalá volviera a hacerlo. —Randolph inclinó el rostro hacia las sombras de la silla del hombrecito.

—Cuán tonto, mi querido. ¿No sabe que si vine aquí cuando niño, entonces significa que la mayor parte de mí nunca se fue de aquí? Siempre

he sido, por así decirlo, un pensionista gratuito. Al menos así lo espero; me desagradaría intensamente pensar que me he dejado a mí mismo en cualquier otra parte.

Joel se derrumbó como un perro en el suelo, ante el fuego, y el ermitaño le entregó una almohada para la cabeza. Todo el día, después de las semanas pasadas en cama, fue como si hubiese estado tratando de pasar por un remolino. Y ahora, adormecido hasta los huesos por un soñoliento calor, se dejó ir, dejó que el río de fuego lo barriera en su caída. En el intermedio azul-párpado, los sonidos palabreros de los bebedores de whisky se derramaban, distantes. Más distintos y reales eran los susurros de tras los muros, por sobre el cielo raso. Giros de zapatos de baile respondiendo a la exigencia de un violín; niños pasando ida y vuelta, con los pasos uniéndose en una danza; y, escaleras arriba y abajo, yendo y viniendo, ronroneando, taconeos de chicas parlanchinas. Y rodantes cabezas rotas, perlas estalladas, los aburridos ronquidos de gordos padres, las risitas de abanicos golpeados a compás y el murmullo de manos enguantadas mientras los músicos, en sus atavíos de muñequitos de azúcar, se levantaban para agradecer los aplausos. (Miró el fuego, ansiando verles también las caras, y las llamas vomitaron un embrión, una forma venosa, vacilante, de facciones formadas lentamente. Incluso cuando se completó quedó velado en un resplandor deslumbrante. Los ojos le ardieron a Joel como alquitrán caliente cuando los acercó más. Dime, dime, ¿quién eres? ¿Eres alguien que yo conozco? ¿Estás muerto? ¿Eres mi amigo? ¿Me amas? Pero la cabeza pintada, descorporizada, continuó nonata al otro lado de su máscara y no le proporcionó clave alguna. ¿Eres alguien que estoy buscando?, preguntó, sin saber a quién se refería, pero seguro de que para él debía de existir tal persona, tal como la había para todos los demás: Randolph con su almanaque, *Miss* Wisteria y su búsqueda a la luz de la linterna, Pequeño Luz de Sol recordando otros cuartos, todos ellos recordando o no habiendo conocido nunca. Y Joel retrocedió. Si reconocía la figura del fuego, entonces, ¿qué encontraría para que ocupara el lugar de ella? Era más fácil no saber, era mejor tener el cielo en la mano como una mariposa que en realidad no existe). ¡*Buenas noches señoras, dulces sueños, señoras, adiós, señoras, ahora las dejaremos*! Suspiros de despedida de abanicos plegados, la brutal caída de zapatos

masculinos, los pasos furtivos de rientes jóvenes negras caminando en puntillas de pies a través de la vasta colmena, despabilando velas y bajando cortinas contra la noche. Ecos de la orquesta arañan una casa de sueño.

Luego, sobre los pisos, comenzó el clan-clan ultraterreno, el tironeo, y Joel, con los ojos enormemente abiertos ante ese clamor, se volvió hacia los otros. Ellos también lo habían oído. Randolph, enrojecido de whisky y conversación, frunció el entrecejo y dejó a un lado el vaso.

—Debe de ser el mulo —dijo Pequeño Luz de Sol con una risita de borracho—, debe de estar caminando por abajo.

Y Joel recordó la salivadera que ataran a la pata de John Brown. Golpeteaba en la escalera, pareció pasar por arriba de las cabezas de los tres, tornarse remota, acercarse.

—¿Cómo habrá llegado arriba? —preguntó el ermitaño, ahora preocupado—. No es un lugar para él. ¡Maldito idiota, se matará!

Tendió un trozo de leña al fuego. Usándolo como una antorcha, salió tambaleándose al salón de baile. Joel lo siguió valientemente. Pero Randolph estaba demasiado ebrio como para moverse.

Alrededor de la tea se cernían blancos coros de alas cantarinas que trataban de saltar y se mecían todas al alcance de la furiosa luz. Agazapados sabuesos se precipitaban por los corredores, con las silenciosas patas de sombras pisoteando canteros de arañas. Y en el vestíbulo los lagartos se erguían como dinosaurios. El cuclillo de lengua de coral, para siempre acallado a las tres en punto, desplegaba alas anchas como las de un halcón, y tan feroces.

Se detuvieron al pie de la escalera. El mulo no se veía por ningún lado. Habían cesado los golpes de la salivadera denunciadora.

—¡John Brown… John Brown! —Los gritos de Joel agrandaron el silencio. Se estremeció al pensar que en cada cuarto escuchaba algún algo insomne. Pequeño Luz de Sol levantó más alta la antorcha e hizo aparecer la visión de un balcón que daba sobre el vestíbulo. Allí, rígido como el hierro, y por completo inmóvil, estaba el mulo.

—¿Me oye, señor? ¡Baje inmediatamente de allí! —ordenó el ermitaño. Y John Brown retrocedió, bufó, pateó el piso. Luego, como enloquecido de terror, se lanzó al galope y se zambulló, astillando la barandilla del balcón.

Joel se preparó para el estruendo que no ocurrió. Cuando volvió a mirar, el mulo, colgado de una viga por las cuerdas que hacían de riendas, enrolladas alrededor del cuello, se balanceaba en el aire, y sus enormes ojos como lámparas, encendidos por el fuego de la tea, estaban dorados como el imposible rostro de la muerte, la figura del fuego.

La mañana se reunió en el cuarto, revelando un bulto envuelto en una manta y acurrucado en un rincón: Pequeño Luz de Sol, profundamente dormido.

—No lo despiertes —susurró Randolph, quien, al levantarse, derribó tres botellas de whisky vacías. Pero el ermitaño ni se movió. Cuando se escurrieron afuera, Joel cerró los ojos y dejó que Randolph lo guiara, porque no quería ver el mulo. Una seca inspiración de aire fue el único comentario de Randolph, y ni una sola vez se refirió al accidente ni formuló una sola pregunta. Era como si desde el comienzo hubieran planeado regresar a pie al Desembarcadero. La mañana era como una pizarra limpia para cualquier futuro, y era como si hubiese llegado un final, como si todo lo existente anteriormente se hubiera convertido en un pájaro y huido al árbol aislado. Un loco alborozo hizo presa de Joel; corrió, zigzagueó, cantó… Estaba enamorado; atrapó un pequeño sapo arbóreo porque lo amaba, y porque lo amaba lo dejó en libertad, lo contempló saltar, saltar como los inmensos brincos de su propio corazón. Se abrazó a sí mismo, vivo y alegre, y golpeó el aire, brincó como una cabra, se ocultó detrás de un arbusto, salió repentinamente: «¡Buuu…!».

—¡Mira, Randolph! —dijo, poniéndose un turbante de musgo en la cabeza—, mira; ¿quién soy?

Pero Randolph no participaba de todo eso. Su boca estaba apretada en forma extraña, torva. Como si caminara por el puente de un barco zarandeado por las olas, se tambaleaba hacia adelante, se bamboleaba de un costado a otro, y sus ojos, rojos, inyectados en sangre, hacían pobre papel como brújula porque parecía no saber en qué dirección caminaba.

—Yo soy yo —aulló Joel—. Soy Joel, somos la misma persona. —Y miró en torno, buscando un árbol para treparse. Subiría hasta la misma copa y allí, a mitad de camino al cielo, extendería los brazos y exigiría la entrega

del mundo. Corriendo adelante de Randolph, se trepó a un abedul. Pero, cuando llegó a las ramas centrales, se aferró del tronco del árbol, repentinamente atacado por el vértigo. Desde esa altura miró hacia abajo y vio a Randolph, que caminaba en círculo, con las manos extendidas ante sí, como si estuviese jugando a la gallina ciega. Se le cayeron las pantuflas de felpa, pero él no lo advirtió. De tanto en tanto sé sacudía, como un animal mojado. Y Joel pensó en la hormiga. ¿No se lo había advertido? ¿No le había dicho que era peligroso? ¿O era solamente el whisky de maíz que le anegaba el cerebro? Pero Randolph estaba tan silencioso… Y los borrachos nunca están silenciosos. Era curioso. Parecía como si Randolph estuviese en una especie de enajenación.

Y entonces Joel se dio cuenta de la verdad. Vio cuán impotente estaba Randolph; más paralizado que Mr. Sansom, más infantil que *Miss* Wisteria, ¿qué otra cosa podía hacer, sino describir un círculo, el cero de su nada? Joel se deslizó del árbol. No había llegado a la copa, pero no importaba porque sabía quién era, sabía que era fuerte.

Buscó el resto del camino de regreso al Desembarcadero del mejor modo que le fue posible. Randolph no pronunció una sola palabra. En dos ocasiones se cayó y se quedó sentado en el suelo, solemne, con ojos de niño, hasta que Joel lo ayudó a incorporarse. En otra ocasión caminó rectamente hacia un viejo raigón. Después de eso, Joel lo tomó de los faldones de la americana y lo dirigió.

Larga como una nave lateral de catedral y oprimida de lóbrega luz de hojas, apareció una senda; luego, un mojón: Toby, Muerto por el Gato. Pasando ante el árbol de la luna, bajo el cual estaba enterrado Jesús.

Fiebre sin ninguna señal que marcara su tumba, llegaron al Desembarcadero por la parte trasera y entraron en el jardín.

Una ridicula escena se presentó ante la vista de la pareja. Zoo, agachada cerca de las columnas rotas, tironeaba de la campana de los esclavos, tratando, aparentemente, de arrancarla. Amy, con el cabello revuelto y el rostro manchado de tierra, como de pintura guerrera, se paseaba de un lado a otro, dirigiendo los esfuerzos de Zoo:

—¡Levántala, estúpida, levántala! ¡Pero si hasta un niño! Prueba otra vez. —Luego vio a Randolph, un tic comenzó a latirle en la mejilla y le

gritó—: ¡No creas que me podrás detener, porque no podrás hacerlo! ¡No eres el dueño de todo! Es tan mía como tuya, y más, si la gente supiera la verdad. Y haré lo que me plazca. ¡Déjame en paz, Randolph, o te haré algo! Me dirigiré al *sheriff*, viajaré por todo el país, pronunciaré conferencias… No crees que pueda hacerlo, pero lo haré, lo haré…

Randolph no la miró; siguió cruzando el jardín como si no supiese que ella estaba allí, y ella corrió detrás de él, tirándole del faldón de la casaca, ahora suplicando:

—Déjame que la tenga, Randolph, por favor. ¡Oh, me porté tan bien! Hice todo lo que me dijiste. Dije que se habían ido, dije que se habían ido en una larga cacería de ardillas. Me puse mi hermoso vestido gris, Randolph, e hice pastelillos para el té y la casa estaba tan limpia… Y en realidad le gusté a ella, Randolph; ella dijo que le había gustado, y me habló de esa tienda de Nueva Orleáns donde podría vender mis pinjantes, la campana y el espejo del vestíbulo… ¡Randolph, no me escuchas! —Lo siguió hasta la casa.

En cuanto se hubo ido, Zoo escupió vengativamente en la campana y le propinó tal puntapié que se volcó con un potente tañido.

—Nadie pagará un centavo por esa porquería. Esa mujer ha perdido el sentido, la que le dijo a *Miss* Amy esa cosa. Joel golpeó la campana como si fuese un gongo.

—¿Quién fue la que se lo dijo?

—Fue… no sé quién. —Y pareció como si Zoo se hubiese alejado mientras se quedaba inmóvil. Su voz, cuando volvió a hablar, se hizo más lenta, más distante—: Fue una dama de Nueva Orleáns… Tenía una chiquilla horrible que llevaba un aparato en la oreja, una chiquilla sorda. No sé. Se fueron.

—Mi prima Louise es sorda —dijo Joel, recordando cómo solía ocultarle su aparato acústico, cuán mal se había portado con ella. ¡Cuántas veces la había hecho llorar! Deseó tener un centavo. Pero cuando volviera a verla sería buenísimo con ella, le hablaría en voz muy alta, para que pudiese escuchar cada una de las palabras, y jugaría con ella a los naipes. Pero sería divertido hacerla enojarse. Pero Ellen nunca le había contestado las cartas. Al demonio con ella. Ya no le importaba. Sus propios parientes. Y ella le

había hecho tantas promesas… Y le dijo que lo quería. Pero se olvidó. Bueno, también él, es claro, uno se olvida, está bien, ¿qué importa? Y dijo que lo quería…

—Zoo —dijo, y levantó la vista a tiempo para verla escurriéndose a través del cerco de árbol de la vida, que se estremeció y se quedó quieto.

Un sonido, como si de pronto hubiese doblado la campana, y la forma de la soledad, verdosa, tornasolada, blancamente indefinida, parecieron surgir del jardín. Y Joel, como si persiguiese un barrilete, echó la cabeza hacia atrás. Las nubes se acercaban al sol para cubrirlo. Esperó que pasara, pensando que cuando se hubiesen alejado, cuando volviera a mirar, habría ocurrido alguna magia. Quizá se encontraría sentado en el encintado de la acera de la calle St. Deval, o estudiando las películas que darían la semana próxima en el Nemo.

¿Por qué no? Era posible, porque en todas partes el cielo es el mismo, y solamente abajo son distintas las cosas. Las nubes viajaban más lentamente que las agujas de un reloj y, mientras él esperaba, se hicieron negras como nubes de tormenta, se convirtieron en John Brown y en horribles chicos de sombreros de panamá y en el Hotel Nube y en el viejo sabueso de Idabel. Y, cuando se fueron, Mr. Sansom era el sol. Miró hacia abajo. No se había llevado a cabo ninguna magia. Pero algo ocurrió, o estaba a punto de ocurrir. Y él seguía sentado, envarado de aprensión. Ante él se erguía el tallo de un rosal, arrojando una sombra como la que proyecta la barra de un reloj de sol. Se dibujó una hora, otra… La línea de la oscuridad se disolvió, todo el jardín comenzó a mezclarse, a moverse.

Fue como si hubiese estado contando mentalmente y, al llegar a un número determinado, decidido por la vía de ciertas intuiciones, hubiese pensado: ahora. Porque, bruscamente, se puso de pie y levantó la mirada hasta ponerla al ras con las ventanas del Desembarcadero.

Su cerebro estaba absolutamente claro. Era como una cámara fotográfica que aguardara que su tema entrara en el foco. El muro amarilleaba con la minuciosa puesta del sol en octubre y las ventanas eran ondulantes espejos del frío color de la estación. Detrás de una, alguien lo vigilaba. Todo en Joel estaba paralizado, salvo los ojos. Y ellos sabían. Y era la ventana de Randolph, El cegado ocaso se vació gradualmente de la

ventana, se oscureció, y fue como si allí estuviese cayendo nieve, copos que fueran dando forma a ojos, cabellos de nieve. Un rostro tembló como una hermosa mariposa blanca, sonrió. La mujer le hizo una señal, brillante y plateada, y él supo que debía irse. Intrépido, sin vacilar, se detuvo solamente al borde del jardín, donde, como si se hubiera olvidado de algo, se volvió y miró el estéril azul descendente, contempló al chiquillo que había dejado atrás.

TRUMAN CAPOTE, nacido en Nueva Orleans en 1924, sigue siendo uno de los autores más controvertidos de la historia de la literatura norteamericana. Criado por su tía después de que su madre le abandonara, Capote pasó su adolescencia junto a ésta y su marido en Nueva York, donde a la temprana edad de diecisiete años empezó a trabajar para el «New Yorker Magazine». Pronto su rigurosa escritura llamó la atención de los editores del país, publicando su primera novela, *Other voices, other rooms* en 1948. El éxito editorial vino acompañado del éxito social y el joven escritor pronto se convirtió en un asiduo de las fiestas y celebraciones varias de la alta sociedad. Tachado de frívolo e interesado, lo cierto es que la élite norteamericana que le rodeaba le sirvió de inspiración para escribir —cuando ya había publicado *El arpa de hierba* (1951)— *Desayuno en Tifany's* (1958), que posteriormente sería llevada a la gran pantalla.

Sediento de experimentar con los géneros literarios, se aventuró luego en uno de sus proyectos más ambiciosos, *A sangre fría* (1966), la historia del asesinato de una familia de granjeros de Kansas, que el escritor había leído en el diario. Su intenso y laborioso trabajo de investigación dio los frutos que él se había propuesto recoger: crear una novela periodística, es decir, una obra que tuviera la credibilidad de una noticia, la inmediatez de una

película, la precisión de un poema y la profundidad de la prosa. Después de empezar a escribir la polémica *Answered Prayers* —que nunca terminó, en parte por el escándalo que ella causó entre su círculo de amigos—, Capote cayó en una depresión que lo arrastró al mundo de las drogas y el alcohol. De hecho, después de esta obra inacabada su producción literaria menguó notablemente.

Antes de morir, publicó *Música para camaleones*, una recopilación de cuentos y entrevistas que anteriormente ya habían salido a la luz en las distintas revistas donde colaboró a lo largo de su vida. En 1999 se publicó en nuestro país *Los perros ladran*, un conjunto de textos inéditos que constituyen, en palabras del autor, «un mapa en prosa, una geografía escrita de mi vida desde 1942 hasta 1972». Recientemente también se ha publicado su epistolario (*Un placer fugaz. Correspondencias*). y *Crucero de verano*, la primera ficción de Capote —escrita en 1943— y que éste se negó a sacar a la luz.